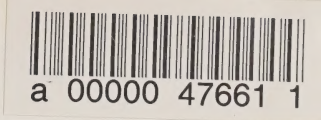
THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

DG571
.D6

DEMCO


a 00000 47661 1

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unadictaduraenla00domi

LA POLÍTICA

MARCELINO DOMINGO

UNA DICTADURA EN LA EUROPA DEL SIGLO XX

Juan B. Alfaro.

UNA DICTADURA EN LA EUROPA DEL SIGLO XX

Talleres tipográficos VELASCO.—Meléndez Valdés, 52.—MADRID

C
bmh

MARCELINO DOMINGO

DG571
.D6

Una dictadura en la Europa del siglo XX

HISTORIA NUEVA
Primera edición
1 9 2 9

ES PROPIEDAD
Derechos reservados
"HISTORIA NUEVA"

A la memoria de Mateotti, víctima de un Estado en el que la violencia está por encima de la Justicia, y que, imposibilitada para soportar la crítica de los adversarios, necesita imponerles, por la fuerza el silencio o arrancarles por la fuerza, la vida. A la sagrada e imborrable memoria de Mateotti y en apelación de solidaridad espiritual combativa contra las autocracias a la Europa democrática.

MARCELINO DOMINGO

"El valor de un Estado es, a la larga, el valor de los individuos que lo componen; y un Estado que prefiere, a la elevación y a la expansión intelectual de éstos un remedo de habilidad administrativa; un Estado que achica a los hombres, a fin de que puedan ser en sus manos dóciles instrumentos de sus proyectos, bien pronto se dará cuenta de que no pueden hacerse grandes cosas con hombres pequeños.
STUART MILL.

"La inteligencia de un hombre de Estado que los intereses y las pasiones de su tiempo lo empujan a la Dictadura se medirá, seguramente, por la resistencia que sepa oponer a esos empujes. Los tiempos actuales necesitan, no un César, sino un Augusto que restaure el Estado, comenzando por el principio, esto es, por la legitimidad".—GUILLERMO FERRERO.

"No hará falta levantar barricadas. Las piedras solas se levantarán contra ellos"
MAC-MAHON.

ÍNDICE

Págs.

Cap. I. El Estado fascista.

I.—Un estudio de Suckert..... 13
II.—La política exterior del fascismo..... 19
III.—El fascismo y el Estado europeo del siglo XX..... 25
IV.—La representación internacional..... 31
V.—El libro definidor de Nitti..... 36
VI.—La democracia, régimen superior..... 43
VII.—La definición de Guillermo Ferrero... 48
VIII.—Los adversarios de la democracia..... 54

Cap. II. El fascismo, forma de Estado inferior.

I.—Italia y Checoeslovaquia..... 63
II.—Italia e Inglaterra..... 68
III.—Las garantías de la libertad..... 74
IV.—Stuart Mill y los derechos del hombre. 80
V.—Un ciudadano universal sin vecindad nacional..... 85
VI.—Italia y la huelga inglesa..... 91
VII —Democracia y autocracia..... 97

Cap III. El fascismo, peligro para Italia y para el mundo.

I.—La economía fascista..... 105
II.—La tragedia económica de Italia..... 111
III.—La exoneración de Volpi..... 116
IV.—Elecciones en Italia..... 121
V.—La prueba de Palermo..... 127
VI.—La victoria pírrica del fascismo..... 133
VII.—Del Parlamento a la burocracia..... 140
VIII.—La cuestión moral del fascismo..... 147

Págs.

IX.—Matteoti y Cassalini..... 152
X.—Un atentado contra Mussolini..... 159
XI.—Los puños contra Europa..... 166
XII.—El fascismo, peligroso para la paz..... 172
XIII.—Mussolini, Trostky y Altamirano 178
XIV.—¿Qué has hecho de Italia?..... 184
XV.—¿En nombre de qué?..... 190
XVI.—Una nave pilotada por un loco..... 195

CAP IV. **El fascismo en la pendiente.**

I.—El fascismo y los antiguos políticos... 203
II. Mussolini y su tropa..... 209
III.—La extensión del antifascismo..... 214
IV.—La Nación inhibida..... 220
V.—Por encima de lo «pasado» y de la «anarquía»..... 225
VI.—Categorías de pueblos..... 232

EL ESTADO FASCISTA

I

Un estudio de Suckert

Uno de los estudios más profundos sobre el fascismo se debe a la pluma de Curcio Suckert. Lo contiene el libro la *Europa vivante*. Hay en este libro paradojas e ideas de honda sugestión. Sólo Aramgo Soffici, en sus análisis y comentarios, tan finos, tan hondamente interpretativos, puede hombrearse espiritualmente con Suckert. El fascismo ha encontrado en estos dos escritores sus más entendidos fiscales. A diario, y con magnífica claridad, le señalan el delito histórico que ha cometido y la pena en que incurre, pena que agrava la prolongación del tiempo.

La más destacada originalidad de la obra de Suckert es considerar el fascismo como un problema universal. Mussolini, sus evangelistas y sus devotos concibieron y vieron al fascismo como un movimiento italiano: no le dieron transcendencia histórica, ni lo consideraron por encima de las fronteras alpinas. Suckert sostiene que el fascismo es una idea muerta si no llega a ser una idea general, como Italia habría dejado de ser un pueblo si dejase de comprender que

aun ocupa un puesto en el mundo. Hasta Suckert, el fascismo era un instrumento del nacionalismo en un país. Italia, que exigía ser nacionalizado. Desde Suckert, el fascismo es un instrumento que ha logrado Italia pensando en Europa y en reincorporar Italia a la comunidad europea. ¿En qué postulados apoya Suckert su doctrina? Para Suckert, los italianos constituyen un pueblo incorregiblemente antiguo, incapaz de adaptar, de estructurar en su espíritu, las características de los pueblos modernos. Italia no sólo vivió al margen de la Reforma y de la Revolución, sino que fué, por el contrario, el país de la contra Reforma y la contra Revolución. La Democracia no ha podido ser nunca en Italia: lo propio de Italia, tanto en las Municipalidades como en los señoríos es la tiranía: la tiranía es el gobierno de esencia italiano. ¿No parecen estos postulados de la doctrina de Suckert, más que la incorporación de Italia a Europa, la exclusión, la negación de Europa? Suckert se formula esta misma pregunta y responde a ella negativamente. En su teoría, ser Europa no es aceptar las reformas anglosajonas; no es ser precisamente un pueblo industrial, capitalista y democrático. Ser Europa es acudir a ella con el máximo desenvolvimiento de la propia capacidad y el máximo rendimiento de las cualidades propias. El pueblo que sea agrícola, con la agricultura; el que sea militarista, con su fuerza armada; el que sea par-

tidario de la dictadura, con un dictador insuperable. Una regla común, sin matices, sin respeto a las modalidades particulares, unifica, pero no enriquece una civilización. La riqueza se produce con el desenvolvimiento de las variedades y la solidaridad entre ellas. ¿Es necesario escribir que Suckert sostiene que Italia ha encontrado en el fascismo su espíritu histórico y la posibilidad de incorporarse con él en toda la plenitud de su vida, a Europa? No sé en quién he leído ideas parecidas respecto a España, sosteniendo que este otro pueblo de la Reacción frente a la Revolución y del catolicismo frente al libre examen, reunía también características especiales y que sólo volvería a ser lo que fué cuando estas características reencontraran su órgano de expresión. Quien ha divulgado estas ideas ha dicho que la República, y el Parlamento no eran instituciones adecuadas a la psicología española.

Suckert detiénese ante el *Risorgimento,* el momento de exaltación italiana, para interpretarlo. No fué, según él, una explosión popular. Todo lo contrario. Fué la acción de una reducida minoría contra la mayoría inmensa. La mayoría resistíase a resurgir: no comprendía, ni sentía, ni anhelaba resucitar. Era una mayoría quieta, estática, conformista, resignada, acomodada en el embrutecimiento. La minoría selecta la sacudió con el látigo y la despertó y la excitó y la lanzó a las violencias heróicas. "No son Italia to-

dos los italianos—afirma Suckert—sino los grandes italianos": los grandes italianos reducidos a un mínimo número. Estos grandes italianos, no sólo no han representado nunca a su pueblo, sino que contra su pueblo han podido representar un valor universal. Ellos han hablado por Italia, pero Italia no estaba con ellos. "Ellos son—dice textualmente—la reacción, la negación, la contradicción de las cualidades y de los defectos del pueblo italiano: así de Dante y Mazzini, espíritus contrarios a la mentalidad italiana, han conducido al pueblo italiano allí donde él no habría ido nunca por su propio impulso". ¿No entraña este juicio del Risorgimento una contradicción respecto a las primeras afirmaciones de Suckert? Evidentemente. Si el valor espiritual de Italia está en la tiranía, no es un demérito para el que permanezca insensible ante los movimientos históricos y que se incorpore a ellos, no por su propia voluntad, sino por la voluntad de sus hombres de excepción. Si Italia por propio desengaño comprendiera estos movimientos y se sumara a ellos, no vería en la tiranía su mejor y más adecuada forma de gobierno. La contradicción llega a más. Si lo verdaderamente italiano es la multitud ablética, paralítica, incapaz de soberanía, lo extraño del espíritu italiano, es el hombre selecto que obliga a Italia contra su voluntad a realizar una obra que Italia no siente, lo más antiitaliano es en este caso el tirano, porque el

tirano es lo más antirepresentativo de Italia. Si Italia no puede hablar ante Europa más que por la boca de quien dice lo contrario de lo que Italia piensa, Italia no habla. ¿No acentuará Suckert este hecho de las minorías selecta y la mayoría insensible que se produce en todas las épocas y en todos los países; no sacará de este hecho una consecuencia contraria a la lógica y a la experiencia histórica? La acción de la minoría y la insensibilidad de la mayoría se observan aun en los pueblos de más intensa vida democrática. En Italia puede ser acentuado el contraste, como puede serlo en España. Pero ello no justifica la tiranía: sobre todo no justifica la tiranía en nombre de una doctrina que intenta incorporar la totalidad de un pueblo a una comunidad de civilización. En Italia como en España la posibilidad de la tiranía tiene tal vez una explicación más clara que los sofismas y las interpretaciones históricas de Suckert: es la cultura. A Italia y España les falta cultura para cumplir los imperativos europeos. Sólo con cultura serán sensibles a sus responsabilidades y sólo con cultura se incorporarán al mundo y sólo con cultura serán en el mundo una expresión definida.

Erradas, violentadas, las doctrinas de Suckert son, de todas maneras, un propósito de interpretar el fascismo. De interpretarlo y de exculparlo. Si se anhelaba decir que el fascismo era europeo, no se podía decir sino que el italiano es incapaz de ser soberano

de sí mismo. Esto ha dicho Suckert. El elevar el fascismo le ha llevado a hundir a Italia. Del examen de este nacionalista, se ha salvado la Sobre-Nación, Europa; se ha salvado el instrumento político, el fascismo: lo único que se ha perdido es la Nación, incapaz, según Suckert, de alzarse a Europa por sus propias alas. ¿Merece Italia que, por asentar el crédito del fascismo, sea ella tan desacreditada?

II

La política exterior del fascismo

¿Qué obra es la de Mussolini? Examinémosla en lo referente a la política exterior del fascismo. Mussolini, en una de estas solemnidades espectaculares que tan frecuentemente se celebran en Italia, anunció que el año 1928 sería el de la acción napoleónica del fascismo. Esta frase no quiere decir nada o quiere decir ésto: que el fascismo consagraría este año a extenderse militarmente, bélicamente sobre Europa. Inmediata a esta afirmación, Mussolini, en Bolonia, obligaba, a la multitud adicta que le atendía, a alzar las armas, diciendo: "Que todo el mundo contemple este bosque de bayonetas". ¿Qué puede significar esta invocación sino una amenaza al mundo? Mussolini por estos hechos, aparece como un hombre de guerra. Pero por otra parte, Mussolini, no sólo forma parte de la Sociedad de Naciones sino que alaba sus excelencias; no sólo suscribe el pacto de Locarno, sino que lo defiende; no sólo colabora con los gobiernos que pugnan por traer la paz a esta

pobre Europa desarticulada, desangrada y empobrecida, sino que declara en voz alta que está con ellos. ¿Cuál es, pues, la política exterior del fascismo, esa obra que necesita de la vida de Mussolini para cumplirse? ¿Es la del Kaiser o es la de Wilson? ¿Es la de someterse a la nueva ordenación internacional de los pueblos, o es alzarse contra toda ordenación? No es clara la posición de Mussolini. Y por no ser clara, es peligrosa. Peligrosa, por la actitud que Europa guarda respecto al fascismo; peligrosa por la actitud que mantiene el fascismo respecto a Europa. Europa, por una parte, aun con todas las promesas de paz de Mussolini, tiene clavado en oído lo del "año napoleónico" y no pierde de los ojos "el bosque de bayonetas": eso le obliga a no desarmar, a vivir atenta; aquéllo le imposibilita destruir en el presupuesto de los Estados y desvanecer en el ambiente de los pueblos, cuanto se refiere a gastos o a estímulos de guerra. El fascismo, por otra parte, encendido por estos ademanes de su caudillo, produce por el menor motivo hechos tan vidriosos como los que se realizaron en 1927 ante los consulados franceses. En síntesis: la obra del fascismo en política exterior es obscura y perturbadora. Obscura, porque parece de conciliación unas veces y de amenaza otras. Perturbadora, porque en esta época de reconstrucción de Europa, como unidad jurídica y unidad de civilización, una política exterior que no coincida y

colabore con palabras y actos en este afán, lo dificulta. Y dificultarlo, es perturbar. ¿Es para sostener esta perturbación para lo que Mussolini necesita su vida?

La política interior del fascismo, descubrirá otro aspecto de la obra de Mussolini. Esta obra ha sido cantada por Mussolini en sus últimos discursos. "Ma la legge rivoluzionaria per eccelenza destinata a rimanere nella storia del mondo, é quella sulla disciplina dei contratti collectivi di lavoro. Con questa lege lo Stato demoliberale, agnostico di fronte al fenomeno sindicale, é stato sepolto. Abbiamo creato lo Stato sindicale corporativo fascista, lo Stato della società nazionale, lo Stato che raccoglie, controlla, armonizza é contempera gli interessi di tutte le classi sociali, le quali si vedono egualmente tutelate" ¿Está claro? El fascismo ha sustituído el "Estado democrático-liberal, agnóstico y paralítico" por el Estado corporativo fascista. ¿Es ésta la obra? Pues si esta es la obra, ella, no sólo no significa ninguna novedad, sino que equivale a una lejana y superada regresión, porque el Estado sindical no es otra cosa que la organización gremial, y la organización gremial no es otra cosa que el tipo disminuído, inferior, de hombre y de solidaridad social que dió la Edad Media. ¿Es esta la obra renovadora, original, de trascendencia histórica del fascismo? ¿Volver del siglo XX al siglo XIII? Porque no vale decorar con

un nombre retumbante un espectáculo minúsculo. Esta organización gremial no puede llamarse pomposamente Estado corporativo. ¿Por qué? Por una razón. Porque el Estado italiano actual no son los gremios; no son los gremios, desde el momento que no son ellos quienes gobiernan. Gobierna Mussolini, que no está en ningún gremio; gobiernan las camisas negras que cobran sus soldadas como milicianos; gobiernan los fascios. Los gremios trabajan y callan. No es, pues, la creación del Estado sindical corporativo, sino la creación del Estado fascista que ha reducido a gremios las organizaciones patronales y obreras. ¿El Estado democrático-liberal, agnóstico y paralítico, enjuiciado, denostado y condenado por Mussolini? El Estado democrático creó en Italia el Estado nacional; la sola creación verdaderamente revolucionaria en un milenio de historia del pueblo italiano. El ha logrado que la unidad italiana sea un hecho, que "sus fundamentos, como escribía Amendola, llegaron a toda la extensión espiritual de la conciencia italiana". El Estado democrático-liberal hizo de Italia una primera potencia europea y del italiano un europeo de primera categoría. Por el Estado democrático-liberal el italiano no había descendido de hombre a obrero, sino que ascendió de obrero a hombre. El Estado democrático-liberal libró a Italia del analfabetismo; vigorizó la responsabilidad ciudadana; determinó la función y la juris-

dicción de cada uno de los Poderes. Por el Estado democrático-liberal, Italia colaboró en la edificación de unidad de civilización que llegó a ser, que ha llegado a ser Europa. El Estado democrático-liberal permitió que la Revolución francesa llegara a ser, sin sangre, Revolución italiana por ser la constitución del Estado democrático-liberal una aplicación en Italia de los Derechos del Hombre y del ciudadano. El Estado democrático-liberal logró que la Italia dividida del siglo XVII, bajo los pies de Napoleón y el dominio de los Borbones en el siglo XIX, alcanzara a ser la Italia soberana que en 1918, con los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, diera a Europa el Estatuto de paz. Los gremios bajo el fascismo, no el Estado corporativo fascista, equivalen a una organización de categoría social, de valor universal, de solidaridad nacional, de posibilidades históricas muy inferior a la organización jurídica que representa el Estado democrático-liberal.

Y la prueba de ello es que el Estado democrático-liberal ha podido articularse buscando la autoridad en la colaboración y la colaboración en la libertad. Y que el fascismo sobre los gremios, para tener poder—no autoridad—necesita suprimir la democracia y la libertad. ¿Suprimir la democracia y la libertad? ¿Es para esta obra para la que quiere Mussolini la vida? Pues aunque fuese eterno y cada día más poderoso, no lo conseguiría. Porque "la democracia y

la libertad son, como escribía Berthelemy, un hecho un hecho necesario, ineluctable, como la alternativa de las estaciones o la revolución de los astros; todos los individuos que componen una sociedad pretenden ejercer una influencia en la dirección de esta sociedad; es una tendencia irreversible, física, igual a la tendencia de los cuerpos a caer hacia el centro de la tierra". En efecto: la democracia y la libertad son un hecho. Un hecho indestructible por violento que sea el impulso de quienes, fuera del espíritu o contra el el espíritu de su tiempo, desconociendo o combatiendo los derechos de la personalidad humana, se propongan destruirlo.

III

El fascismo y el Estado europeo del siglo XX

¿Cuál es la solución fascista ante el problema del Estado? Alfredo Rocco, Ministro de Justicia en el gobierno que preside Mussolini, la expone minuciosamente en *La Revue des Vivants*. Para él, todas las concepciones políticas anteriores al fascismo—la liberal, la democrática y aun la socialista—derivan de la doctrina individualista que se afirma y desenvuelve partiendo del movimiento en favor del derecho natural, iniciado en los siglos XVII y XVIII, y que ha tenido su consagración en las revoluciones inglesa y americana y, por encima de todo, en la Revolución francesa. "El individuo, según esta doctrina—escribe Rocco, letra por letra—es el fin último de la sociedad, cuya razón de existencia se funda en posibilitar la vida y la prosperidad de los individuos" Estas finalidades particulares justifican la permanencia de la sociedad. En una sociedad constituída así, lo esencial son los derechos del individuo. Para

el liberalismo, este derecho esencial, es el derecho a la libertad, derecho natural, anterior y superior al Estado; para las democracias, este derecho es el dogma de la soberanía popular; para el socialismo, este derecho es la justicia económica.

El fascismo es antípoda a esta doctrina; se opone radicalmente a ella. "El individuo no puede, según la concepción fascista—escribe Rocco—ser considerado como el fin de la sociedad: es, solamente, un medio". La sociedad, para el fascismo, no es la suma de los distintos individuos que, en una fecha determinada, la constituyen: es otra cosa. Es la serie infinita de las generaciones pasadas, presentes y futuras que han formado, forman y formarán parte de ella. Por consiguiente, la sociedad tiene fines concretos y una vida, que superan los fines y la vida de los individuos, pues, pertenecen a la serie indefinida de las generaciones. "Los individuos—escribe Rocco—, no son más que los elementos ínfimos y pasajeros de la sociedad; nacen, se desarrollan, mueren, son sustituídos por otros, mientras que la unidad social a través del tiempo, resta siempre idéntica a sí misma, con su patrimonio propio, esencialmente espiritual, de ideas y de sentimientos, que cada generación recibe de las generaciones anteriores y transmite a las generaciones futuras". ¿Qué solidez tiene esta afirmación? Ninguna. La sociedad se conserva, se mantiene, se desenvuelve, se perpetúa por la ac-

ción de los individuos. No es el aire, ni el fuego, ni el agua el elemento vivo que constituye la sociedad: es el hombre. Y cuanto más el hombre sea el hombre en la plenitud de su personalidad humana, más la sociedad será la sociedad y cumplirá los fines que a la sociedad le son impuestos. La sociedad no existe por sí, como no existe por sí el Estado: la sociedad y el Estado existen por el hombre. Y no, según sean la sociedad y el Estado será el hombre, sino según sea el hombre serán el Estado y la sociedad. "El individuo—sentenciaba Jellineck—no debe al Estado, sino a su propia naturaleza de sujeto de derecho, los que tiene inalienables e inviolables". ¿Es que Alemania, Inglaterra, Francia, la Italia de los *risorgimentos* magníficos, donde la doctrina de los siglos XVII y XVIII se ha cumplido en su plenitud, no descubren una sociedad y un Estado, en los que siendo el hombre un valor superior, son ellos un valor superior en el mundo? Cristianismo, liberalismo, socialismo, son momentos de ascensión humana: cada uno de ellos tiende a asegurar la acción del hombre sobre la tierra. Y el hombre, y no la sociedad ni el Estado, es lo permanente. La sociedad y el Estado serán respetables en el grado que respeten y posibiliten esta superioridad del hombre.

"El Estado fascista—continúa Rocco—reposa esencialmente sobre estas dos bases: preeminencia y fortalecimiento del poder ejecutivo; control del

Estado sobre todas las fuerzas de la Nación." Esto tiene un nombre: autocracia. Y la autocracia tiene una tradición histórica que ha sido definitivamente superada. Así como el fascismo, en el orden social, pretendiendo dar un avance, ha retrocedido al gremialismo; en el orden político ha caído en el absolutismo. Fortalecimiento del poder ejecutivo, sí; preeminencia no; en lugar de preeminencia, responsabilidad. ¿Control del Estado sobre todas las fuerzas de la Nación? No. Control de la Nación sobre todas las fuerzas del Estado. Es el Estado el peligroso: no la Nación. El Estado puede ser Luis XIV o puede ser Napoleón III; puede ser el Imperio del Kaiser, que desencadena una guerra o puede ser el zarismo ruso. El Estado puede ser una burocracia inmoral costosa e inepta. La Nación sólo es peligrosa, cuando, por insuficiencia de medios, no cumple sus fines; cuando pasa por períodos de insensibilidad y depresión; cuando no siente el interés o el afán de controlar al Estado; cuando ha perdido la voz y el voto; cuando, en síntesis, ha dejado de ser Nación. "El gobierno fascista—sigue postulando Rocco—, no es un gobierno parlamentario; no es un gobierno parlamentario porque debe ser un gobierno verdaderamente fuerte, que tenga sus apoyos firmes en el país y que sea la pura expresión de todas sus fuerzas, mientras que el Parlamento no puede ser en el Estado actual de las cosas sino la representación parcial, y por ello, incompleta, de las fuerzas

efectivas de la Nación". ¿Cómo puede juzgarse el gobierno fascista más unido al país, más representativo del país, que el gobierno parlamentario? Los italianos expatriados, los periódicos suspendidos; las entidades clausuradas; los organismos sometidos a silencio forzoso; los sindicatos proletarios que, según confesión de Mussolini, no integran los sindicatos del Estado, podrían responder. ¿Gobierno parlamentario? No abona el liberalismo su constitución. El Parlamento tiene una misión: legislar. El gobierno tiene otra misión: ejecutar. Pero lo que ha trastocado esta norma es la dificultad de exigir la responsabilidad al gobierno. El gobierno ha de ser responsable. ¿Ante quién? En una República, puede serlo ante el Jefe del Estado, porque este puede ser responsable ante el país. En una Monarquía, irresponsable el monarca ha de someterse necesariamente la acción del gobierno al control del Parlamento; ello complica el funcionamiento del Parlamento y desvirtúa la doctrina liberal. Pero si el gobierno, en una monarquía no es responsable ante el Parlamento, ¿ante qué institución va a serlo y por qué procedimiento esta responsabilidad puede ser efectiva? Por ello, gobiernos como el fascista, en una monarquía, tienen para la monarquía el riesgo de que la suerte del gobierno sea ya la suerte de la monarquía, porque suprimido el Parlamento, la permanencia del gobierno sólo depende de una voluntad: la voluntad del monarca.

Para Rocco, movimientos como el fascista, se han producido en los momentos trascendentales de la historia de la humanidad. El Imperio romano ha sido la cumbre de la potencia organizadora del Estado: el fin del Imperio romano produce una desarticulación y disgregación que se extienden por espacio de siglos. Traspuesta la Edad Media, los siglos XVII y XVIII, representan con la Revolución francesa, una nueva articulación y agregación que culmina en Napoleón I: el liberalismo vuelve a desprender y deshacer. "El fascismo—dice textualmente—ha inaugurado el nuevo período de reconstrucción y de consolidación del Estado". Es difícil profetizar la historia que será y más difícil trazar la historia que pudo ser. Lo que no tiene dificultad es señalar esta profecía: que el fascismo, separando a Italia de la obra de reconstitución democrática de Europa, que cumplen actualmente Inglaterra y Francia, ha comprometido el porvenir de Italia y de Europa. Europa se salvará; pero Italia, apartada de su ruta gloriosa, vivirá un siglo XX tan encendido en guerras civiles y tan esterilizador como el siglo XIX que vivió España. De estas guerras civiles, la sociedad y el Estado inmanentes del fascismo saldrán destruídos, y el hombre, el hombre que el fascismo había considerado como medio, disminuído y rebajado en su personalidad humana, sería incapaz por tiempo para cumplir sus fines históricos.

IV

La representación internacional

El gobierno italiano ha presentado ante el Parlamento un proyecto de ley que fija la posición del fascismo con respecto a los mandatarios de Italia en el Extranjero. El artículo primero de este proyecto declara que quien se disponga a representar a Italia en el exterior, ejerciendo funciones permanentes o misiones de orden político cerca de los gobiernos o de instituciones públicas internacionales deberá declarar por anticipado su adhesión espiritual al actual gobierno; el artículo segundo dispone que el gobierno podrá, en todo momento, apartar a este representante de las funciones que ejerza; el artículo tercero determina que contra esta revocación no se puede recurrir por vía administrativa, ni por vía judicial; el artículo quinto señala a todos los italianos que en el momento presente ocupan cargos fuera de su país, un plazo de seis meses para acomodarse á los ordenamientos taxativos de esta ley, imponiendo a los que se resistan una multa, reclusión penal y,

desde luego, la pérdida de su nacionalidad. Conociendo la estructura del Parlamento italiano—Parlamento sin oposición; Parlamento de un solo partido—era de suponer que este proyecto de ley se convertiría en ley en una sola sesión y sin otros debates y enmiendas que los que pudieran acentuar y extremar la tendencia que el proyecto encerraba.

¿Es de extrañar que la lectura de este proyecto haya producido en los medios europeos, sensibles a la responsabilidad de Europa, una fuerte inquietud? Si el gobierno italiano se hubiese constreñido a dictaminar sobre las funciones diplomáticas, la gravedad del proyecto sería otra. Constituye ya una regla axiomática que las fluctuaciones de la política interior de un país no pueden traducirse en fluctuaciones exteriores; una misma persona puede y debe representar, dentro de un mismo régimen, a los distintos partidos que le apoyen y colaboren en él. No se ha de seguir, no sigue ya, a un cambio de gobernantes, un cambio de diplomáticos. Estos sólo han de considerar cancelado su mandato cuando el régimen se transforma en su esencia jurídica. En Inglaterra, por ejemplo, gobernando Mac Donaldy Baldwin bajo el rey Jorge, aunque uno sea el más alto exponente del liberalismo y el otro de las ideas conservadoras, la monarquía subsiste; la subsistencia de la monarquía permite y exige la subsistencia de los mismos diplomáticos. Rusia, al pasar del zarismo a

la República Soviética, ha debido sustituirlos; como ha debido sustituirlos Alemania, al caer Guillermo II y estabilizarse las instituciones legalizadas por la Constitución de Weimar; como los cambió España después del 11 de febrero de 1873. ¿No pretende ser el fascismo, aun dentro de la monarquía, un gobierno no sólo distinto de los anteriores, sino el único gobierno que cabe ya dentro de la monarquía? ¿No es, en síntesis, más el fascismo que la monarquía constitucional el actual sistema político de Italia? En el orden de las funciones diplomáticas, no es normal, permaneciendo en pie la monarquía, lo que se propone el gobierno fascista. No es, sin embargo, ilógico.

Pero las funciones internacionales no son las funciones diplomáticas. Las funciones diplomáticas ha de ejercerlas el representante de un Régimen; las funciones internacionales, el representante de una Nación. Fijemos el caso de la Sociedad de Naciones. La Sociedad de Naciones no es sociedad de Estados; mucho menos sociedad de gobiernos; mucho menos aún sociedad de partidos; es Sociedad de Naciones. ¿Cómo podrán ser sus representantes en ella, personas afectas a un partido y movibles con la movilidad de la política interior del país a que pertenezcan? Una dependencia de la Sociedad de Naciones, es el Bureau Internacional del Trabajo; ¿cómo podría constituirse éste si a los patronos y los obreros

que lo integran se les exigiese para ser nombrados la adhesión al partido que gobierna? Una institución nacida de la Sociedad de Naciones es la Conferencia Económica Internacional: ¿qué financieros, qué economistas, qué técnicos en las distintas actividades y modalidades de la producción podrán concurrir a ella, si más que su experiencia o su ciencia en las materias que han de tratarse se les exigiere la profesión pública de una disciplina de partido? Todo el esfuerzo espiritual de los europeos sensibles a la responsabilidad de Europa y deseosos de articular Europa en una unidad moral, política y económica, estriba en dar al europeo, sea cual sea su nacionalidad, una conciencia europea. En hacerle más de Europa que de su nación. En convencerle que salvando Europa se salvan las diversas personalidades nacionales que la constituyen. En clavarles en el alma esta idea y esta emoción: Europa como patria. La Sociedad de Naciones, elevándose por encima de una Sociedad de partidos, y por encima de una Sociedad de gobiernos, y aun por encima de una Sociedad de Estados, intenta defender como institución ninguna este fin de despertar o extender el patriotismo europeo. Por ello sus representantes, no han de ser servidores de un Estado, y menos de un gobierno y mucho menos de un partido; han de ser por encima de los Estados de los gobiernos y de los partidos, servidores de los intereses y de los ideales de la Sociedad de

Naciones. ¿Qué ello es difícil de comprender y más difícil de cumplir dentro de la actual estructuración jurídica de los pueblos y del espíritu de los hombres? Posiblemente. Pero el tiempo que tarde en comprenderse y en cumplirse, será el tiempo que tardará Europa en crear el equilibrio que le permita ir al desarme, suprimir las aduanas, crear, en síntesis, una cultura, una economía y una política continental.

Gobernar en la Europa de 1929, con las normas de 1914, no es gobernar para la Europa de 1929: gobernar en 1929 con las normas de 1914, es gobernar contra la Europa de 1929. Es más: es impedir que en 1929, Europa, haya recobrado plenamente su personalidad y su seguridad.

V

El libro definidor de Nitti

En su libro—"Bolchevismo, Fascismo y Democracia"—Nitti, el gran político italiano, desenvuelve y documenta esta tesis: un sistema democrático y liberal es superior a cualquiera de las modalidades de un sistema autocrático; pero las instituciones democráticas y liberales han de evolucionar adecuándose a las exigencias de nuestros tiempos. Es decir: el régimen de los poderes elegibles, de los derechos inmanentes y del Parlamento superior al Régimen del hombre que puede decir: "el Estado soy yo"; pero el Parlamento y los otros poderes no pueden producirse en 1929 con las doctrinas y los medios de trabajo de que se servían en 1914. ¿Por qué? Porque de 1914 a 1929 va, en la orientación histórica y en el espíritu de los hombres, mayor distancia y mayor diferencia que la que separa y distingue a Luis XIV de la Convención.

Nitti pasa revista a las grandes monarquías que existían antes de la guerra europea: la austriaca, la

alemana, la rusa. Eran tres tipos distintos de Estados autoritarios. En Austria-Hungría, la doble monarquía concentraba casi todas las facultades en el arbitrio del Emperador. Este escogía los hombres que habían de ocupar los altos cargos y regir oficialmente los destinos del país. El Emperador se valía de ellos como secretarios. Ante el Emperador que los escogía, pensando que habían de acatar sus órdenes y sus insinuaciones, tenían el valor que merece el siervo al caballero; ante el pueblo, el Emperador se valía de toda la fuerza del Imperio para sostenerlos. Al Emperador le bastaba a veces el pie para desentenderse de ellos; el pueblo, habría necesitado para librarse de tales políticos una revolución. "Yo he conocido muchos hombres—escribe al pie de la letra Nitti—que disfrutaban de la confianza del Emperador y que, gobernando un gran país en el que se encontraban reunidas once nacionalidades distintas, habrían debido ser espíritus esclarecidos y cultivados. Con pocas excepciones, yo no he encontrado sino palatinos, servidores más o menos elegantes, cínicos sin escrúpulos, reaccionarios sin ideas. Entre los grandes responsables de la guerra, es necesario citar al Presidente del Consejo, el Conde Leopoldo Berchtold, Barón de Ungarschitz, Franting y Putliz. ¿Qué era sino un escéptico crapuloso y corrompido?" Alemania, por su Constitución del 71, era un Estado Federal constitucional bajo el mando supremo

del Emperador, a quien correspondía el poder ejecutivo y el derecho de concluir Tratados y de declarar la guerra. La política exterior del Imperio, apesar del Parlamento, era orientada y maniobrada personalmente por el Emperador. Los cancilleres dependían más del Emperador que de las instituciones representativas. El modo de producirse la guerra: la manera de llevarla adelante, descubren claramente los peligros que un sistema así entraña para el porvenir de un pueblo y la paz universal. La Rusia de Nicolás II, en la rotulación oficial , era: una monarquía constitucional bajo un zar autócrata. En esencia era sólo ésto: un zar autócrata. "Todos los poderes—escribe Nitti—estaban en manos del zar, un místico sin inteligencia y sin energía. Mejor dicho: el poder efectivo lo ejercían un reducido número de grandes duques crapulosos, de políticos venales, salvo alguna excepción, de extraños personajes de corte y camarilla, de los que no se sabía qué destacaba más: su fatuidad o su incapacidad. Quienes no posean referencia de la Corte de Rusia, no tienen sino leer las *Memorias* de los Embajadores y los escritos de los personajes oficiales para percibir a qué aberración del orden político y del orden moral puede conducir el absolutismo. Fenómenos de degeneración como el de Raspoutine, no son posibles en República y en Democracia alguna, ni aun en las peores y más corrompidas." ¿Qué otro tipo de Estado auto-

crático puede ofrecerse? ¿El imperio plebiscitario de Napoleón III? Sedán, es la respuesta. ¿El Rey Sol? ¿El Rey magnífico que podía repetir "el Estado soy yo"? Para que un rey de esta naturaleza fuera posible, habría de ser posible borrar o reverter el curso de la Historia; olvidar que Luis XIV trajo a Luis XVI y Luis XVI trajo la Revolución; olvidar que la Revolución clavó en el alma de los hombres la idea inmortal de la soberanía de los pueblos.

La ascensión prodigiosa de la Francia destrozada de Sedán a la Francia contemporánea; la articulación y dignificación de Alemania; el orden severo y austero de Suiza; el extraordinario poder logrado por los Estados Unidos en menos tiempo de medio siglo descubren la eficiencia de las instituciones democráticas. Por el sufragio debidamente ejercido, el habitante se eleva a ciudadano, y, al elegir, no sólo selecciona, sino que adquiere una responsabilidad directa en el gobierno de su país. ¿Los poderes elegibles? No quebranta el orden, pasar normalmente de unas personas a otras, las más altas magistraturas del Estado. Lo quebranta, por el contrario, unir el porvenir de una magistratura a las características de una persona determinada. El Estado no ha de ser cerco para la Nación, sino expresión de sus evoluciones y de su espíritu; no ha de ser dique, sino válvula; no ha de ser obstáculo, sino cauce por donde pueda dilatarse indefinidamente; no ha de ser el

Estado una forma impermeable y cristalizada sea cual sea la modalidad que en la historia puede alcanzar la Nación sino una forma que vaya acomodándose a las actividades nacionales. Un Poder permanente, que puede no ser un peligro en un país estático, lo es, siempre, en un país dinámico. ¿El Parlamento? Es la voz y el voto de la Nación. Es la única autoridad capacitada para debatir y dictar una ley. Es el órgano que controla y fiscaliza los otros Poderes. Estados en que el Parlamento, por su constitución y su actuación, no era sino una simulación—Alemania, Austria, Rusia, Italia—, han perdido la guerra unos; habrían perdido, otros, la guerra, si hubieran sido factores decisivos en ella, y han pasado todos por revoluciones o reacciones violentas que han dado forma completamente distinta a los organismos históricos. Estados en que el Parlamento había alcanzado el grado de pureza y eficacia que permite la vida humana—Inglaterra, Francia, Norteamérica—dirigieron la guerra, vencieron en ella y mantienen en pie sus Instituciones.

Pero, los Poderes de la Democracia, han de sujetarse a las reformas que les permitan responder a las necesidades y a los ideales de nuestro tiempo. El medio de organizar el Parlamento y de dar eficacia y estabilidad al gobierno es el problema que tienen planteados todos los demócratas del mundo. Ha de evitarse que el poder ejecutivo varíe a cada momento

y esté a merced de las más deleznables veleidades políticas: ha de fortalecérsele, ha de dignificársele; sin que fortaleza y dignidad equivalgan a independencia absoluta. No ha de haber autoridad sin responsabilidad: y la responsabilidad no ha de confiarse al juicio de Dios o a la exigencia violenta de los hombres sino a un órgano sereno, adecuado a este fin. "Al gobierno—escribe Nitti—le incumben demasiadas gestiones económicas, excesivos servicios de carácter técnico para que él pueda, sin daño, cambiar continuamente, y para que los puestos de dirección puedan ser confiados a ministros incompetentes." Estabilidad, pues, unida a la elegibilidad y a la responsabilidad porque siendo un peligro la inestabilidad lo es mayor la estabilidad irreelegible e irresponsable. Ha de evitarse, también, que el poder legislativo sea una de estas dos cosas: el fiscal del gobierno y una Academia. La función primordial del poder legislativo debe ser la de legislar. Y para legislar el organismo lento y retórico, ha de convertirse en un órgano ágil y capacitado. Ha de poder obrar rápidamente, uniendo la rapidez a la competencia. Y la rapidez y la competencia, a la autoridad. La autoridad, que sólo se poseerá siendo soberano. Y si es soberano cuando nace de la soberanía popular y está sostenido y defendido ardientemente por ella.

En síntesis: Democracia, superior a autocracia; la democracia peor, superior a la autocracia mejor. Pero, incumbe a las generaciones actuales elevar a la categoría ejemplar de democracia mejor todas las instituciones democráticas.

VI

La democracia, régimen superior

Nitti, exonerado de la ciudadanía italiana ha aceptado una única categoría: la de ciudadano del mundo. Con ella, interviene en todos los problemas de su tiempo. Como no ha sido creada todavía la institución que permita a hombres de la calidad universal y de la situación legal de Nitti, ser voz y voto oficiales en la aclaración y resolución de estos problemas, Nitti lo es del único modo posible: escribiendo. En el espacio de cinco años, Nitti ha producido un número igual de libros; libros actuales y vibrantes; libros con tanta emoción como documentación; libros en los que se descubre al estadista que articula y edifica, y al combatiente que irrumpe con audacia en todos los reductos que son conquistables y derruíbles. Nitti es un magnífico ejemplar de político en el destierro: en él debieran mirarse esos ex-soberanos y ex-ministros, expatriados forzosos, en los que la tierra ajena ha parecido y parece un pozo que los haya tragado sin dejar rastro de ellos. Para Nitti, la tierra ajena

ha sido un escabel desde el que ha podido ver y hablar al mundo; y en el que el mundo ha podido percibirle y oirle.

El libro de Nitti es un proceso de las dos dictaduras: la de Italia, y la de Rusia; y un análisis de las causas que han motivado y motivan la crisis de la democracia. El bolchevismo y el fascismo representan en el fondo lo mismo: dos negaciones integrales del sistema que se estableció en Europa al promulgarse los *Derechos del Hombre y del ciudadano*. El fascismo, es un fenómeno de reacción blanca; el bolchevismo es una dictadura comunista. "La admiración que los fascistas italianos tienen por el bolchevismo—escribe Nitti—y su tendencia a imitar los procedimientos son característicos; el hecho de que el gobierno de Moscou haya manifestado en diversas oportunidades la simpatía por el fascismo, con el cual ha mantenido siempre relaciones de cordialidad, es igualmente característico". ¿Por qué será ello? Por lo siguiente: el fascismo necesita para sostenerse que en Europa se realice la contrarrevolución; el bolchevismo, por el contrario, precisa, para imponerse, que la revolución se extienda. El fascismo sabe que la contrarrevolución la desencadena el miedo a la revolución y hoy la revolución temible y temida se simboliza en Rusia: de modo que el fascismo, la más significada fuerza contrarrevolucionaria, le interesa la permanencia de Rusia, y le interesaría más que Rusia

extremara o precipitara su revolución. El bolchevismo sabe, por otra parte, que la revolución la desencadena el deseo en los hombres y en los pueblos de librarse de un régimen contrarrevolucionario: y hoy la contrarrevolución de la que desean manumitirse los Estados y los espíritus liberales se simboliza en Italia; de manera que al bolchevismo, la más destacada fuerza revolucionaria, le conviene la subsistencia de Italia y le convendría más que Mussolini extremara y agudizara la contrarrevolución. El bolchevismo, no lo produjo una organización socialista trabada, convencida y resuelta; no lo determinó un estado de cultura superior prendido en las clases sociales más modestas: lo produjo la autocracia zarista, un régimen de tiranía corrompido y corruptor, sin respeto a la personalidad humana y a la ley, de las delaciones, de destierros y de ajusticiamientos: el bolchevismo no podría producirse en Francia ni en Inglaterra: había de producirse necesariamente en Rusia. El fascismo, no lo inició un núcleo conservador, con una doctrina y una técnica de la producción y del poder nuevas; lo inició y lo dilató, entre otras causas que no importan ahora, la reacción contra un comunismo que amenazaba avasallarlo todo: tierras, fábricas y órganos e instituciones de la autoridad. Este comunismo desorbitado se dió en Italia, y en Italia, como contragolpe, se dió el fascismo. ¿No es la eterna e inconmovible dinámica de la Historia? Una amenaza de revolución o una revolución que no llegue a cumplir

se, produce una contrarrevolución; es decir, un régimen más reaccionario que aquel que la revolución ha pretendido sustituir. Una contrarrevolución, incuba, alienta y desata, indefectiblemente una revolución: una revolución que si llega a realizarse cristaliza en un régimen en su totalidad distinto al que la contrarrevolución, dando vuelta hacia atrás, ha querido salvar.

La democracia representa la comunidad y la estabilidad. No hay situación más angustiosa para la historia y la conciencia de un pueblo que aquélla, en que se viva con el presentimiento de una catástrofe política; en que, por pasar una zona de reacción o de revolución, la gente haya de preguntarse constantemente: "¿Cómo y cuándo acabará ésto?" Todo está paralizado y todo está en riesgo en un país así: la vida, los derechos, los intereses, la estructura y el porvenir de la Nación... La democracia es el único régimen político donde esta inquietud torturadora no existe; al facilitar la ley la intervención de todos en la vida pública y la alternativa por la ley de todas las tendencias y todas las personas en los poderes, queda, en absoluto, excluído hasta del pensamiento más rebelde la idea de la violencia. ¿Por qué la democracia está en crisis? La democracia no es régimen de inhibición, sino de colaboración. La depresión espiritual que el fin de la guerra ha traído, es causa, tal vez, de esta desgana, de este apartamiento que, en unas y otras partes, se siente por la vida pú-

blica. Otra causa, esté tal vez, en no haber adecuado las instituciones democráticas para las funciones que se les impone ahora, 1927 no es 1914; es un mundo totalmente distinto. Problemas unos de orden económico, de orden internacional, de orden social se someten a la solución, inmediata y rápida de Gobiernos y Parlamentos. No pueden ser los gobiernos lo que eran; no pueden ser lo que eran los Parlamentos. Los gobiernos han de ser más estables, más competentes; los Parlamentos han de ser más ágiles, menos retóricos. Estas son las causas principales. ¿Pero, no señalan estas mismas causas los remedios? "Europa no puede renovarse—escribe Nitti—rehacer su fortuna y restablecer su crédito y su potencia, sino volviendo a la paz. Los problemas de la libertad y de la paz son, sin embargo, del mismo orden; o bien, un estado permanente de revolución, de reación y de guerra y, como consecuencia, la caída de Europa, o bien el retorno a la democracia, a la libertad y a la paz. La paz, la libertad, el federalismo pueden solamente preparar las nuevas uniones económicas y políticas." Evidente. Ni fascismo, ni bolchevismo: democracia. Ni fascismo, para no ir al bolchevismo; ni bolchevismo, para no caer en el fascismo. Pero la democracia no es regalo de los dioses: es obra de los hombres. Sólo cuando los hombres se deciden a conquistarla la poseen y sólo cuando se resuelven a purificarla y a defenderla, no la pierden.

VII

La definición de Guillermo Ferrero

Uno de los cerebros más preocupados ante los efectos que en Europa ha producido la última guerra es el de Guillermo Ferrero; y es, por ello, su pluma de escritor, una de las que más certeramente ahonda en las realidades y más claramente deja al descubierto hechos y fenómenos que desconciertan a otros cerebros menos reflexivos o menos luminosos. Su hábito de investigador de las horas de crisis del mundo antiguo no le ha deformado los ojos para asistir a estas horas de crisis del mundo moderno. Al contrario. Parece que ha dado a su retina ricas cualidades de excepción.

En uno de sus trabajos estudia Guillermo Ferrero las determinantes del fascismo italiano, al que considera "la última crisis del sistema monárquico en Europa". El fascismo no es comprensible en Francia, ni en América, países que se constituyeron ya definitivamente en República, salvado el tránsito lleno de trastornos, ensayos, reac-

ciones y saltos hacia adelante que va de un régimen de gobierno a otro. Tampoco es comprensible en Inglaterra donde, aun con Monarquía, el Parlamento logró la máxima autoridad y la máxima eficacia". "El fascismo—escribe Guillermo Ferrero—es el primer episodio importante de la gran crisis de la Europa monárquica, que comenzó con la caída de los Romanoff, de los Habsburgos, de los Hohenzollern, de los Wittelsbath y de las dinastías alemanas menores entre 1917 y 1918" ¿Cómo, si esta crisis la han sufrido o la sostienen las Monarquías de más ahincadas raíces, de más disciplinada defensa, de más vigorosos sostenes, no habrán de sufrirla o sostenerla otras monarquías que no reúnen ninguna de estas características fundamentales y que de tiempo ya viven en el aire?

La tesis de Guillermo Ferrero es ésta: "La crisis del sistema monárquico europeo es el nudo vital de las mayores dificultades para lograr al presente en Europa una estabilidad económica, social y civil que traiga y garantice la paz. ¿Por qué? La totalidad de las monarquías había aceptado en su organización del Estado la institución parlamentaria, el Parlamento: el Parlamento que en letra de ley se consideraba cosoberano con el Jefe de Estado, fiscal de los actos de Gobierno, órgano de la voluntad popular, único poder legislativo". "Pero en ninguna monarquía—sigue escribiendo Ferrero—el Parlamento en esencia

era considerado así. Servía de desahogo a la opinión pública y de tribuna, a los partidos más o menos activos e influyentes; colaboraba en el gobierno, lo controlaba a menudo, más en apariencia que en realidad; pero la fuerza directiva del Estado en los grandes negocios exteriores e interiores, residió en la Corte y en un pequeño grupo de parlamentarios y de altos funcionarios estrechamente ligados a la Corte, que servían de intermediarios entre el Soberano y el Parlamento, entre el soberano y la burocracia". Es decir: la monarquía había creado el Parlamento para acomodarse al ritmo del tiempo; lo aceptaba con el propósito de corromperlo, como pensó Cánovas del Castillo del sufragio; cuando fué estatuído, o con aquella disposición espiritual con que Sagasta llamaba derechos inaguantables a los derechos individuales. La monarquía, fuerte, poderosa, inconmovible, soberana, alzó sin temor y sin pudor en todos los solares de Europa que dominó las paredes del Parlamento; le dió el cetro al Parlamento; pero le dió un cetro de caña. Sólo podía acabar con el sarcasmo dotando al Parlamento de todas sus prerrogativas, una opinión civil, educada, convencida y resuelta. Esta opinión no existía.

¿Podía creer la monarquía que llegaría un momento de debilidad para ella y de quebranto personal en las personas o dinastías que le representaban?" "Los Romanoff caen—continúa escribiendo Ferrero—,

caen los Habsburgos, los Hohenzollern y las otras dinastías alemanas. Al mismo tiempo la caída de las grandes dinastías de la Europa central y septentrional debilitaba las pocas dinastías supervivientes. Hay todavía en Europa monarquías perdidas en medio de repúblicas rojas; no existe, sin embargo, ya, un sistema monárquico. Por ello, hasta en los países que han continuado siendo monárquicos la autoridad de la Corte, que había sido hasta 1914 la mayor fuerza directiva del Estado, se ha debilitado. "En efecto: esta es la realidad. ¿El Parlamento? En los países que se constituyeron en República, como Alemania, el Parlamento, órgano del sufragio universal, expresión de la voluntad soberana del pueblo, debió recoger los elementos de gobierno que absorbía la monarquía: pero, para que ello sucediera, se requería un hábito de preparación, de disciplina, de competencia, que la monarquía alemana, celosa únicamente de sofisticar o burlar los derechos del Parlamento no había cuidado; y por este hecho, el Parlamento alemán no puede salir ahora adelante con las responsabilidades que inopinadamente han caído sobre él. Ha desaparecido el monarca, sin autoridad, pero el Parlamento no ha podido aun recoger la herencia de autoridad que dejó el monarca. En los países que viven aun en monarquía, el panorama histórico es aun más dramático: por un lado, el monarca, mermado su poder, no cuenta con instrumentos ni

con ambiente para imponerse; por otro lado, el Parlamento, sin haber acrecido su poder, no puede resolver amplia y soberanamente en ninguno de los problemas que se someten a su resolución. "El fascismo—escribe como conclusión Ferrero—es solamente una primera y un tanto confusa tentativa para resolver esta tormentosa situación, para dar vida a un órgano de dirección que pueda interponerse entre la antigua fuerza dirigente, demasiado debilitada y la nueva, que debería substituirla, y que no es aun bastante fuerte". Es una voz audaz entre dos voces mortecinas. Es un puente entre un Poder que decae y otro Poder que no fué dotado de la suficiente vitalidad para sostenerse en pie.

¿Considera Ferrero el fascismo como un bien o como un mal? Debe considerarlo como un mal cuando lo juzga transitorio y lo diputa una sorpresa. "La primera de las sorpresas de esta revolución formidable que conmueve a dos tercios de Europa". Lo que juzga indudablemente un bien Ferrero es la suerte de los países que se constituyeron ya de tiempo en Repúblicas y salvaron las dificultades que representaba capacitar al sufragio y apoyar en él todo un régimen de gobierno; o la suerte del país que viviendo aún en monarquías, Inglaterra, ha sabido dar, de tiempo, al Parlamento toda la autoridad que en otros lugares tenía el monarca. En definitiva, Guillermo Ferrero piensa que en Europa no es posible la paz,

porque no ha desaparecido el régimen monárquico y no se ha solidificado el régimen parlamentario; que acontecerán sorpresas como la del fascismo, por esta ausencia de autoridad en las instituciones, y que la paz no será posible hasta que el régimen parlamentario haya logrado con su máximo poder su máxima eficacia.

VIII

Los adversarios de la democracia

La Democracia, ofrece en estos momentos la siguiente realidad: extensión de ella en Checoeslovaquia, Austria y Grecia; afirmación de ella en Alemania y Francia; apetencia de ella en Portugal, Italia y España. En el occidente europeo, hogar de una civilización fecunda, aún conserva con brío juvenil la antorcha encendida; la Democracia permanece como único régimen de gobierno compatible con la dignidad del hombre y la solidaridad de la Nación y del Estado.

¿Significa esta realidad que la Democracia carezca de adversarios? No. Lo son quienes destruyen las instituciones democráticas. Pueden invocar estos destructores las razones más diversas: exigencias de contener el desorden; fortalecer la autoridad; salvar una situación económica difícil; contener la crítica contra determinados Poderes; oponerse a ciertas campañas políticas; considerar periclitados los principios libera-

les consagrados por dos Revoluciones: la francesa y la inglesa. Pero esos destructores adeptos a la Democracia, acaban por contraposición, siendo tácitamente los más ahincados propugnadores de las instituciones democráticas. Porque no basta, para condenar un sistema, con derrocarlo: precisa sustituirlo con otro que lo supere. La autocracia fué sustituída por la democracia. La democracia, ¿por qué institución ha de ser sustituída? ¿Por la autocracia otra vez? La autocracia pudo sostenerse, mientras el autócrata se consideró de derecho divino, y en el pueblo no había nacido la conciencia de su soberanía. Una autocracia supone estas dos conclusiones: estar el autócrata por encima de la voluntad de los hombres, y no haber alcanzado los hombres la razón suficiente para considerar sagrada su voluntad. Cuando el derecho divino ha desaparecido y ha aparecido el derecho humano, la autocracia no puede subsistir. No pudo subsistir ya en el siglo pasado. La democracia, no puede, pues, ser sustituída por la autocracia. ¿Qué régimen la sustituirá? Este nuevo régimen, superior a la democracia, es el que no han sabido definir ni crear los destructores de las instituciones democráticas. La figura política representativa de la autodemocracia es el fascismo. Se ve lo que se ha destruído; y se vé más lo que, conservándose aún en pie, está destruído más definitivamente. ¿Dónde está lo que se ha edificado y puede mantenerse sin

la expulsión y desnacionalización de los disidentes; sin la supresión de la libertad de prensa; sin la aplicación de las leyes de excepción; sin la constante presencia de las camisas negras armadas? ¿Dónde está lo que se ha edificado con más firmeza que las instituciones democráticas y mantiene la seguridad humana, la sustitución de los gobiernos, la elevación nacional, la hermandad de la Nación y el Estado, el desenvolvimiento económico, la paz interior, la colaboración en la paz universal? El francés, piense como piense, en sus derechos y en su persona, está más seguro que el italiano. Los gobiernos pueden sustituirse en Francia sin catástrofe y en Italia es una catástrofe la sustitución de Mussolini; Francia, después de la guerra, ha adquirido, proporcionalmente, mayor categoría que Italia; la Nación soberana constituye en Francia el Estado y en Italia, el Estado soberano, sojuzga a la Nación; económicamente, Francia se eleva e Italia desciende; más paz interior hay en Francia que en Italia y Francia colabora en el mantenimiento de la paz universal con una autoridad y una decisión que no puede reconocérsele a Italia. Sin ninguna duda: los detractores de las instituciones democráticas han alzado frente a ellas distintos nombres: fascismo, corporativismo. En realidad sólo han restablecido un Poder que no se han atrevido a reivindicar: el del autócrata. Un Estado más ágil, más competente, más rápido, más justo, más eficaz

que el Estado democrático, ni han podido difundirlo, ni, mucho menos, crearlo. Han destruído; no han construído. Y es que la democracia—ha escrito Willian Martín—o sea el derecho para el pueblo de participar en la dirección del Estado nos parece una necesidad inseparable de la civilización moderna. Los Estados que la desconocen se exponen a los más graves peligros. Pretender desenvolver, como hace el fascismo, la prosperidad material del país, y negar al pueblo el derecho a controlar la marcha del Estado es querer conciliar los contrarios".

Existe otra especie de adversarios de la Democracia. Son quienes desean conservar una ficción de las instituciones democráticas o se empeñan en mantener inconmovibles las instituciones democráticas, sin acomodarlas a las exigencias de los tiempos. Aquellos que respetan en la ley el sufragio, pero lo falsean en la práctica; que respetan la vigencia del Parlamento, pero lo bastardean con representaciones impropias o con la sumisión del Parlamento al Poder ejecutivo, son adversarios de la Democracia. La Democracia impone en sus servidores un *faïr play,* un juego limpio. Mussolini, no; pero Cánovas, tampoco. Aquéllos, por otra parte, que, jugando limpio, se empeñan en mantener inconmovibles las instituciones democráticas, son también, inconscientemente, sus adversarios. 1929 no es 1914. Ha pasado entre estas dos fechas la guerra europea y

la guerra europea ha sido una Revolución. Una Revolución es equivalente a ésto: ideales y necesidades nuevas. Ha de acomodarse, pues, la esencia, si no el funcionamiento de las instituciones democráticas, a estos ideales y estas necesidades que constituyen preguntas apremiantes, a las que han de dar respuesta categórica las generaciones actuales. El sufragio universal, no sólo no ha de imitarse, sino que ha de extenderse: desde el punto, que en nombre del Estado, se imponga un deber, ha de otorgarse a quien lo cumpla el derecho de poder expresar sobre aquel deber su voz y su voto. El Parlamento ha de rodearse de instituciones complementarias que representen el conocimiento y la voluntad de los intereses nacionales: la agricultura, la industria, el comercio, la banca, el capital, la técnica, el trabajo... El Poder ejecutivo, sin manumitirse nunca de la fiscalización parlamentaria, ha de estar dotado de mayor independencia para la ejecución: de mayor independencia y de mayor responsabilidad. En síntesis: el siglo XIX se incendió en problemas de dignificación humana que en el siglo XX aún vuelven a plantearse en algunos pueblos que habrán de resolver urgentemente estos problemas y situarse en el siglo XX; el siglo XX, en su período de la transguerra, plantea a su vez problemas nuevos. Para resolver estos problemas las instituciones únicas son las de la democracia, pero acomodando las instituciones

democráticas del siglo XIX a los imperativos del siglo XX.

La Democracia se extiende, afirma y ambiciona en occidente. Ha sido, en algunos puntos, destruída, pero no ha sido sustituída. Son, sin embargo, sin saberlo sus adversarios más peligrosos quienes corrompen o empantanan las instituciones democráticas. Porque aquéllos que las destruyen, no pudiendo sustituirlas, producen una reacción que determina a reedificarlas heroicamente y servirlas con una pureza y dotarlas de una eficiencia totalmente desconocidas antes de su destrucción.

EL FASCISMO FORMA DE ESTADO INFERIOR

I

Italia y Checoeslovaquia

Dos Estados han podido celebrar ya su aniversario: el de Italia y el de Checoeslovaquia; el fascismo y la República democrática; Mussolini y Masaryck. Italia ha conmemorado su marcha sobre Roma; Checoeslovaquia la independencia y la soberanía nacional. ¿No merecen estos hechos paralelos que profundicemos en ellos y deduzcamos lecciones históricas?

Mussolini ha repetido en esta efeméride solemne que, desde hace cinco años, Italia no tiene un ministerio sino un gobierno; que ha restablecido las finanzas y revalorizado la lira; que los servicios públicos funcionan más intensamente y rápidamente que antes; que dentro de las fronteras del país existen en grado insuperable el orden y la disciplina. Podríase replicar a estas afirmaciones terminantes, diciendo que también Francia tiene un gobierno y Alemania; y Suiza; y Rusia; y la Argentina; y los Estados Unidos. Podríase argüir que la

revalorización artificial de la lira ha causado gran quebranto a las industrias y que, prueba de ello, es el malestar económico de Italia superior al de los otros Estados del continente. Podríase contestar que los servicios públicos funcionan como es debido en todos los pueblos donde la democracia purifica, controla y simplifica la burocracia y que el orden y la disciplina no pueden juzgarse por el silencio y la quietud forzadas, sino por la espontánea, libre, y aún tumultuosa participación de todos en la revolución del país. Pero aceptamos íntegramente, sin reservas, las afirmaciones de Mussolini. Y las acrecemos aun en la acentuación de beneficios. Sí, todo esto ha conseguido el fascismo. ¿Ha conseguido Checoeslovaquia menos con la República? La República checa no recoge un país soberano, sino un país que se inicia en la soberanía; no gobierna un Estado de tradición histórica, sino un Estado naciente. Tiene hoy su Presupuesto nivelado; su moneda sana; ha resuelto el problema de la enseñanza con un ímpetu como el Ferry en Francia; ha afrontado el problema de la propiedad con una reforma agraria que ha permitido retener en la tierra, fecundándola, a trescientos mil campesinos; no ha necesitado armar a nadie para sostener el régimen, ni espera esta hora *crucial* que Mussolini vaticina entre 1935 y 1940 y en la que la guerra volverá a desencadenarse; Massaryck, el anciano presidente, vestido de hombre ci-

vil, sin tropas que le guarden, puede discurrir tranquilamente por su patria y salir de ella recibiendo por donde pasa el homenaje popular; no hay en Checoeslovaquia atentados, atracos ni motines, y el orden y la disciplina, colaboración de todos los checos en la misma obra nacional, puede ofrecerse como ejemplo.

Desvirtuando el paralelismo, quisiéramos nosotros que Checoeslovaquia con la República, pudiera aparecer vacilante, convulsa, sin orientarse rectamente por su camino, y que Italia, con el fascismo, apareciese rotunda y categórica en su marcha y en sus triunfos. Votaríamos, a pesar de ello, por la República y no por el fascismo. ¿Por qué? ¿Por acatamiento a los principios? Sí. Los principios son sagrados en un hombre de conciencia. Ellos constituyen la ejecutoria de su vida. No hay dignidad humana donde no exista una norma inflexible, y quien se vende o se alquila—más vil el que se alquila que el que se vende—no encuentra justificación en la sociedad por rendidos e insensibles que ésta sostenga resortes morales. Sí. Aunque la República nos ofreciera la zozobra y el fascismo la paz; aunque la República obligara a nuestro país a un período de turbulencias económicas y el fascismo nos brindara un período de prosperidad, postularíamos por la República. Primero, por religioso acatamiento a los principios, sagrados para un ciudadano como para un cris-

tiano, los mandamientos de la ley de Dios. Después, por tener el pensamiento, no en el presente histórico, sino en la continuación histórica. Mirad Italia. Mussalini en el *Foglio d'ordene*—el *Boletín Oficial* del fascismo—se dirige exclusivamente a las organizaciones fascistas, a las legiones armadas: a las legiones armadas "que destruirán a cualquiera que pretenda interrumpir nuestra marcha". ¿No advierte esta amenaza la existencia de italianos fuera del fascismo y a los que se conmina con la destrucción? Massaryck, en cambio, dirige a cuantos habitan Checoeslovaquia, incluso a los nacionales germánicos, a quienes, con absoluta libertad de pensamiento, se ha permitido conservar sus organismos políticos y sus instituciones de enseñanza. No conspuye Massaryck a nadie ni fulmina contra nadie el rayo. No grita; persuade; no anuncia catástrofes interiores y exteriores. Para el interior invita a la paz civil que es la colaboración de todos los ciudadanos en la obra del Estado y la posibilidad de prevalecimiento dentro de la ley en todas las tendencias; para el exterior, señala la firmeza de la Sociedad de Naciones y la aportación eficaz que Checoeslovaquia con la acción de Benes ha cumplido. No sólo por principio, pues, sino por previsión de este porvenir que de tan distintos modos se anuncia en Italia y en Checoeslovaquia, nosotros postulamos por el régimen que Checoeslovaquia sustenta. Checoeslovaquia con fascismo sería

un nuevo volcán en Europa; con República es una de las promesas que la unidad de Europa tiene.

Un sistema de gobierno no ha de juzgarse por los beneficios que en un momento determinado pueda reportar, sino por las posibilidades de su desenvolvimiento. Un Poder autocrático, activo, sumario, enérgico puede aparecer en circunstancias superior, como ejecutivo, a un Poder democrático, que tiene las lentitudes de toda acción controlada siempre y sometida previamente a deliberación. Pero en los Poderes del Estado no ha de verse sólo la acción, sino respondiendo a imperativos biológicos mejorables, la posibilidad de rotación en ellos de ideas y personas; ha de verse no sólo la permanencia en un momento sino la evolución y el cambio en el devenir histórico. Y la rotación insensible, pacífica en los Poderes democráticos es casi siempre en los Poderes autocráticos, una revolución. En esta revolución se consumen, como en pira que alumbre a los ciegos, todos los beneficios que podrían atribuirse a la celeridad e irresponsabilidad de los Poderes autocráticos.

II

Italia e Inglaterra

Italia. Se apoderó del Poder el fascismo. Creó una milicia de partido—uniformada, equipada y pagada hoy con fondos del Estado—para sostenerse en él. Y en el Poder se sostiene. ¿Cuenta el fascismo con los intelectuales? Crocce, el más alto valor filosófico de Italia, está contra él; Papini, el más popular novelista ha pronunciado, juzgando al fascismo y a sus hombres, las más duras palabras de repudio; Guillermo Ferrero, la más rica capacidad histórica del mundo latino, ha constituído, con otros hombres insignes, una entidad denominada "Il Controlo Democrático", sin otra finalidad que enjuiciar al fascismo y defenderse de él. ¿Cuenta el fascismo con los políticos? Desde los populares cristianos de don Sturzo a los socialistas, están todos en la oposición. Los únicos que se acercaron a él en la hora crítica para el fascismo del asesinato de Matteoti—en que parecía que Mussolini iba a rectificar radicalmente su política—, fueron los liberales de Giolit-

ti. Pero estos liberales, reunidos después en el Congreso de Livorno, han acordado que el Estado vuelva a ser, libre de hegemonías de partidos o de grupos, el supremo regulador de la vida nacional; que no sea desfigurado el régimen constitucional y que sea respetada la separación de poderes; que la sola base legítima de gobierno sea el consentimiento del país, expresado en la forma que determinan las leyes fundamentales; que las libertades establecidas por la ley sean restauradas y respetadas; que el Estado sea el único que goce del privilegio de tener fuerza armada; que las instituciones locales sean devueltas a sus administraciones legales, elegidas por los ciudadanos; que la política económica respete al principio de la libertad respecto a las organizaciones de clase. ¿Cuenta el fascismo con los industriales? Estos han dirigido una Memoria al Gobierno; en ella detallan la situación económica del país, exponen los quebrantos sufridos en estos últimos meses y señalan la conveniencia de aceptar las siguientes conclusiones: Primera. Necesidad de normalizar la situación política del país, restableciendo la confianza en el interior y en el extranjero, volviendo al orden constitucional. Segunda. Restauración de la libertad constitucional de Prensa, y de reunión, que son las garantías necesarias para el desenvolvimiento de una vida nacional pacífica y ordenada. Tercera. Solución efectiva al problema de la milicia fascista,

como condición esencial de la normalización del país. ¿Puede haber más elementos nacionales frente al Poder público? La situación actual de Italia, queda expuesta con máxima claridad en las palabras de su periódico "El Sereno", "El tiempo es negro—escribe—. Si el Jefe del Gobierno no rectifica y continúa creyéndose en situación de dar cara al temporal, tememos que su obstinada adhesión a la dictadura—que la nación en sus corrientes constitucionales más significativas y más altas ha hecho comprender que estaba injustificada—, acabará por desencadenar la tempestad de la cual el Jefe del Gobierno, con su idolatría por la lucha hiperbólica, parece que quiere asumir íntegra la trágica responsabilidad". ¿Hay que advertir cómo Mussolini responde a esta actividad únicamente adversa de la opinión? "No me iré del Poder—ha dicho, después de conocer la actitud de los liberales y de comentar un opúsculo publicado por los socialistas, en el que se detalla que del 29 de julio al 28 de septiembre los fascistas han muerto a 16 personas, han herido a 36, han realizado 172 agresiones y han invadido y desvastado cuarenta y seis casas u oficinas—. No me iré del Poder. No me iría aún en el caso de que en el Parlamento hubiese una votación contraria a mi política". ¿No significa ello que el problema de la constitución del fascismo es un problema de fuerza, que habrá de resolverse probablemente de

manera primitiva y violenta, con las armas en la mano?

Inglaterra. Ascendió al Poder el laborismo en virtud de un voto popular adicto. Logró por su política exterior una intensa y extensa opinión universal. No hubo necesidad de armar a persona alguna para sostenerse en su puesto, ni menos tuvo necesidad de atentar contra persona alguna para defenderse. Cuenta, indudablemente, como toda fuerza política, con otra fuerza política adversa como toda organización social, con otra organización social enemiga; como toda doctrina, con otra doctrina antípoda; como todo hombre o grupos de hombres con otro hombre u otro grupo de hombres en posición hostil. Pero en figuras intelectuales, en representaciones políticas, en elementos económicos, suma una formidable masa de partidarios. Pero aconteció en Inglaterra el caso Campbell. Campbell es un escritor que en un semanario comunista, "El Worker's Weekly", publicó un artículo dirigido a los soldados y marinos y que se consideró como una excitación a la rebelión. Fué encarcelado; fué puesto en libertad después. Y los conservadores y los liberales acusan a Mac Donald de haber ejercido influencia cerca del Poder judicial, obligándole a adoptar esta decisión. ¿Tiene este hecho, que, de ser cierto, sólo evidenciaría una extralimitación de las funciones de gobierno, como creen liberales y conservadores; o un respeto a

la libertad de pensamiento y a los derechos individuales, por encima de los Poderes constituídos, como aclaran los partidarios del laborismo; tiene este hecho la gravedad del asesinato de Matteoti, en que se ven complicados los hombres más destacados en nombre y en representación oficial del fascismo? Pues ha bastado que se presentara en el Parlamento, contra Mac Donald el voto de censura de los conservadores—que después fué retirado con objeto de que prevaleciese el criterio de los liberales que solicitaban la constitución de una Comisión investigadora de lo ocurrido—; ha bastado de esta actitud levemente adversa, para que Mac Donald se apresurase a declarar que él no podía gobernar así y que necesitaba saber por una elección cuáles eran el pensamiento y la voluntad del pueblo inglés para acomodarse respetuosamente a ellos. Y en fecha inmediata a la declaración, el pueblo, en la plenitud de su soberanía, en unas elecciones serenas, puras, decidió los hombres y la política que habían de prevalecer. No fué necesario sacar las armas ni acudir a procedimientos de fuerza. En el campo del Derecho tan opuesto al de la violencia, se resolvió. Y la resolución quedó acatada desde el Rey, que está en la cima, al minero que vive en lo más hondo de las entrañas de la tierra de Gales.

Mussolini y Mac Donald. El primero afirma: "No me iré aunque los votos me sean contrarios".

El segundo dice: "Me iré si el voto popular me es adverso". No es que sean sólo dos temperamentos morales, que lo son: es que son, por encima de ello, dos tácticas, dos espíritus, dos normas políticas. Una es sólo la autocracia, rebajada a sus más caracterizados límites de absolutismo; la otra es la democracia, elevada a sus más altos límites de pureza. Una es la fuerza; la otra es el Derecho. Por aceptar la primera, Italia ha dado en su prestigio histórico un doloroso paso hacia atrás; por acomodarse a la segunda, Inglaterra ha señalado un glorioso paso hacia adelante. ¿Ha de advertirse cuál de las dos debe constituír un ejemplo?

III

Las garantías de la libertad

El libro de Nitti—"Bolchevismo, Fascismo y Democracia"—que, tiene por lema, como airón magnífico, estas cinco palabras de Leonardo Da Vinci: "*Umana, Libertà, come sei cara*!", lo ofrenda el autor a varias personas familiares: a su abuelo, el doctor Francesco Nitti, carbonario y liberal, muerto por la libertad en la reacción borbónica de 1861; a los hijos de su abuelo que, en 1848, fueron perseguidos, condenados y expatriados; a su padre, apóstol ferviente de la idea liberal, miembro de la *Joven Italia,* tribuno superior de la *Falange sagrada* de Mazzini, y soldado de Garibaldi en las guerras que Italia libró por su independencia; a su hijo Vicenzo, voluntario de guerra a los diez y seis años, con la fe de quien rinde la vida a la libertad de los pueblos y a la democracia de Italia. ¿No es ya esta prosapia toda una ejecutoria que constituye, más que un honor un deber, y que, más que un título nobiliario, es un imperativo de conducta? Digamos que Nitti, con

su proceder en la adversidad no ha desertado de la norma que impone su patronímico. No ha dado drásticamente su vida por la libertad; pero ha consagrado a la libertad su vida.

Tiene este libro de Nitti un primer capítulo que es una encendida profesión de liberalismo. Se titula *La crisis de la libertad después de la guerra mundial.* Anota en él varios recuerdos pasados. Uno es de Gladstone, el gran político inglés. Era ya Gladstone muy viejo; quería abandonar la vida pública para poder viajar y rememorar con su verbo fluyente y rico todo lo que había vivido. No era Nitti que hablaba inglés para conversar con Gladstone, sino Gladstone que hablaba italiano para dialogar con Nitti. En italiano, Gladstone habló a Nitti de la visita que hizo a Nápoles, pasados los acontecimientos de 1848; de la simpatía que significó en voz alta por los liberales y de los esfuerzos que hizo para impedir condenas y persecuciones. Al llegar a Inglaterra, pretendió levantar al país un gesto de adhesión a Italia y de protesta, sobre todo, contra los borbones. "Yo no podía resignarme—dice Gladstone a Nitti—a ver un gran pueblo en servidumbre, y lo que es peor, en servidumbre vulgar. Sin libertad no hay gran obra posible. La libertad es como el aire: no se advierte su necesidad y su valor sino cuando empieza a faltarnos. En una cima o en una cárcel, se puede permanecer con una limitada cantidad de aire. Pero no sen-

timos la alegría de vivir y la salud que proporciona el espacio donde el aire es puro y libre". Otro recuerdo personal, refiérese al marqués de San Giuliano. El Marqués de San Giuliano, era, en 1912, ministro de Estado en un Gobierno del que Nitti era ministro de Comercio. Pasaban los dos sus vacaciones en el bosque de Vallombrosa y discurrían sobre temas de arte con preferencia a los políticos. "Una noche—escribe Nitti—le encontré abstraído en la lectura y estudio de la correspondencia de Ricardo Wagner. En estas cartas, Wagner relataba las conversaciones que más le habían interesado. Recuerda en una de ellas que Garibaldi, en 1848, en la defensa de Roma, a pesar de la mala situación de sus hombres, hizo esfuerzos para no apelar a la artillería, temeroso de producir daño a los tesoros artísticos de la villa. A esta consideración, Wágner replicó colérico: "Pero qué importan las obras de arte. El arte sin la libertad, qué miserable!" Estas evocaciones lejanas y egregias afirmaron a Nitti en su fe y le elevaron con angustia los ojos hacia esta Europa de la trasguerra, amenazada en su civilización por estar amenazada en su libertad.

¿La democracia? ¿El Parlamento? ¿Los derechos y garantías del hombre? Todo ésto que parece inferior a las exigencias de nuestra época, es lo superior de esta época: y esta época no le salvaría si con unción religiosa no lo incorporara a su vida. Por estas

conquistas, Europa salió de la Edad Media y se elevó a ser la unidad de cultura que era en 1914; por estas conquistas, América se independizó y de Norte a Sur va afirmando su personalidad; estas conquistas son el ideal por el que mueren en Asia y en Africa los hombres y los pueblos mejores. Algunos autócratas, las minorías rojas, y los nuevos ricos son sus enemigos. Las minorías rojas, por el peligro fantástico más imaginario que el real, con que se le señala, no van a la revolución, pero provocan la contrarevolución; son incapaces de un bolchevismo que sólo fué posible en Rusia y en aquellas circunstancias, pero suscitan el fascismo como frente ofensivo al bolchevismo. Nada conviene tanto al fascismo como la permanencia y audacia del bolchevismo: lo justifica. Como, a la larga, nada conviene tanto al bolchevismo como el fascismo: éste es capaz de desencadenarlo y extenderlo. Sin el régimen tiránico del Zar, no habría habido bolchevismo en Rusia: el Zar lo engendró; sin los ademanes teatrales e ineficaces en su tendencia del comunismo italiano, no habría sido posible en Italia el fascismo. ¿Los nuevos ricos? "Los nuevos ricos—escribe Nitti—constituyen la clase más inmoral de toda Europa. La riqueza también exige una educación. Para no ser vulgar siendo rico, precisa tener el hábito de la riqueza. Actualmente, los nuevos ricos no tienen ni escrúpulos ni la menor idea de la ley. Están corrom-

pidos y creen que la corrupción es lícita. Sus fortunas, tanto como en la sangre, están hechas en el fraude y en la aventura". Evidente. Temerosos los nuevos ricos de medidas fiscales que busquen la reparación de los quebrantos de la guerra en quienes en la guerra hallaron sus beneficios, son, en gran parte, los sostenedores de una prensa abierta y descaradamente reaccionaria. Quienes aspiran a ser ricos en un régimen de clandestinidad y de ausencia absoluta de responsabilidad y de control, son con los nuevos ricos, preteridos los enjuiciadores severos de la democracia, del Parlamento y de los derechos del hombre. Las minorías rojas y los nuevos ricos han contribuído, principalmente, a formar esta atmósfera de quietismo y de indiferencia en la que se pudren las raíces de una civilización excelsa. "En un siglo—dice Nitti—hemos pasado de Lord Byron, presto a morir por la independencia de un pueblo; de Garibaldi, presto siempre a combatir por la libertad de todos los hombres y todas las razas; de la admirable falange de los idealistas y los románticos franceses, a los jefes de bandas y a los aventureros de la reacción". Un descarado cinismo internacional, considerando como hechos internos los atentados a la libertad y desatendiéndose de toda acción, justifica si no alienta la acción adversa.

¿Será duradera esta experiencia? Durará el tiempo que los pueblos tarden en recobrar el impulso

fáustico o en enterarse de que con la pérdida de su libertad pierden la dignidad; o en convencerse de que la mayor garantía de severidad es la libertad, y que los gobiernos de libertad son los únicos gobiernos que duran lo debido y se sustituyen sin catástrofe.

IV

Stuart Mill y los derechos del hombre.

Stuart Mill en *La Libertad* habla del despotismo como forma de gobierno y lo abona. ¿Cuándo? "El despotismo—son sus palabras textuales—es un modo legítimo de gobierno cuando se trate de pueblos bárbaros siempre que tenga por objeto un adelanto y que los medios de justificación alcancen realmente este fin". Es decir: el despotismo sólo en un caso: el de los pueblos bárbaros; y, pone un fin: el adelanto. En un pueblo que haya salido de la barbarie, no es posible el despotismo; como no es posible el despotismo para sojuzgar a los pueblos bárbaros, sino para capacitarlos con objeto de hacer imposible el despotismo. La colonización, por ejemplo, para Stuart Mill, no sería una guerra militar o una aventura financiera, sino la acción de una civilización superior, sobre una civilización inferior, no para descubrir a la civilización superior los procedimientos de lucha de la inferior, sino para elevar la inferior a la categoría civil de la superior. ¿Dónde existe la pa-

ridad entre esta doctrina inconmovible de Stuart Mill y la teoría de Rocco, defensor del Estado que repose sobre estas dos bases: preeminencia y fortalecimiento del poder ejecutivo y control del Estado sobre todas las fuerzas de la Nación; o sea, en esencia, el Estado despótico?

Para Stuart el pensamiento de un hombre es sagrado y santo e inviolable el derecho de expresarlo. "Si toda la especie humana, menos una persona—postula Stuart Mill—fuesen de un mismo parecer y solamente éste fuese de parecer contrario, el imponerla silencio sería tan injustificable como el imponer silencio a toda la especie humana, si esto por acaso fuese posible. Si una opinión fuese una posesión personal que no tuviere valor más que para el poseedor, y el ser perturbada en el goce de esta posesión ocasionarse solamente un perjuicio personal, se podría marcar una diferencia entre el perjuicio inflingido a pocas personas o a muchas; pero lo que hay de particular al imponer silencio a la expresión de una opinión es que ésto constituye un robo a la especie humana, a la posteridad tanto como a la generación existente, a los que se apartan de dicha opinión aún más que a los que le sostienen. No podemos, jamás, tener seguridad de que la opinión que tratamos de ahogar sea falsa, y aún cuando de ello estuviésemos seguros, el ahogarla sería un mal." ¿Cómo puede argüirse que Rocco, exaltador y, desde el ministerio de

Justicia, servidor oficial del fascismo, puede apoyarse en Stuart Mill? Stuart Mill aboga por la sociedad, la considera viva y con derecho a la permanencia; y con el deber de defenderse contra los atentados de hecho a mano armada que sufra. Pero la sociedad para él subsiste por la subsistencia espiritual de quien la compone. Y no es permisible en nombre de la sociedad sacrificar ningún pensamiento. El silencio impuesto a los hombres con la excusa de salvar la sociedad causa terror a Stuart Mill. Para Stuart Mill, la sociedad se renueva por la sinfonía de todas las voces. Aún por la de los herejes. "Oporten hæreses esse", conviene que haya herejes, dijo San Agustín. Ortodoxia que no puede soportar el diálogo con el heterodoxo, ortodoxia muerta, sociedad muerta, por guardada que esté, por orden que haya en ella, por riqueza material que represente, la sociedad que sólo ampara a los que, hallándose conformes con ella, no sientan la necesidad o no tengan ni el derecho de expresar la conformidad. Los disconformes de hoy son los ordenadores de mañana y conviene oir y respetar a estos disconformes para que la sociedad pueda con sus inexorables evoluciones ascender normalmente.

"El individuo no puede, según la concepción fascista—escribe Rocco—, ser considerado como el fin de la sociedad; es, solamente un medio". ¿Quién, con conciencia de lo que dice, ha de sostener que Stuart Mill es un evangelista

de esta doctrina? Para Stuart Mill, la Nación es primero que el Estado; y el individuo es primero que todo. Y para que el individuo se desenvuelva en su plenitud es, según Stuart Mill, condición inexcusable, la libertad". La única fuente infalible y permanente del progreso—expone—es la libertad, puesto que gracias a ella, puede haber tantos centros independientes del progreso como individuos". Individuos diferenciados, cultivados, pudiendo ser voz y voto en todos los momentos, para que haya Nación; libertad para que haya ciudadanos; no Estado despótico para que haya Nación: Nación libre por la libertad de sus individuos para que haya Estado. Las palabras con que Stuart Mill cierra su libro *La Libertad* son inconfundibles y definitivas: "El valor de un Estado es, a la larga, el valor de los individuos que lo componen; y un Estado que prefiere a la elevación y a la expansión intelectual de éstos un remedo de habilidad administrativa en el detalle de los negocios; un Estado que achica a los hombres, a fin de que puedan ser en sus manos dóciles instrumentos de sus proyectos (aún siendo benéficos), bien pronto se daría cuenta de que no pueden hacerse grandes cosas con hombres pequeños; y que la perfección del mecanismo a la que ha sacrificado todo acabará por no servirle de nada, falta del poder vital que le plugo proscribir para facilitar las funciones de la máquina gubernamental". ¿Puede señalarse más

categóricamente una diferencia con quienes sostienen que el Estado es el fin activo y el individuo el medio pasivo para servirlo? Stuart Mill prefiere la extravagancia, el gesto aislado de mayor rebeldía, a la sumisión abyecta, al aborregamiento de la multitud. La individualidad es sagrada. No sólo ha de respetarse sino que ha de estimularse su producción. "Todo lo que destruye la individualidad es despotismo, désele el nombre que quiera—insiste e insistimos con él—; porque es tanto como querer sujetar la voluntad de Dios a los mandatos de los hombres".

V

Un ciudadano universal sin vecindad nacional.

¿Con qué cara habrá recibido Nitti la noticia de que, definitivamente, había sido exonerado de su nacionalidad italiana? Su libro, *La Paz*, claro, ordenado, apasionado, optimista como ninguno de sus anteriores, descubre que la cabeza y el corazón de ese hombre se han fortalecido en la adversidad. No hay en *La Paz* tonos jeremíacos, ni gestos descompasados: sólo unas palabras elegantes y altivas de repudio al topar con el fascismo y su corifeo, señalan su posición irreductible y aristocrática frente a la dictadura italiana. Pero esas palabras quedan tan diluídas en la magnífica torrentera de conceptos, juicios, observaciones y orientaciones respecto del problema europeo, que se advierte que la preocupación central de Nitti, como de todo pensamiento egregio de este tiempo, no es su país, sino el continente en que su país está enclavado. Nitti se siente europeo más que italiano en esta hora en que el deber estri-

ba en la reconstitución de la unidad europea para lograr que las variaciones europeas, las distintas nacionalidades, se salven. ¿No es de suponer, pues, que Nitti haya recibido con una amplia y sonora carcajada esa extremada e inútil determinación de Mussolini?

Es aplaciente, sin embargo, al espíritu reflexionar sobre este hecho. ¿De qué se priva a Nitti privándole de la nacionalidad? No se le puede privar de haber nacido en Italia. Grande es el poder del dictador italiano: puede disponer contra Corfú; puede alzar la voz a Alemania; puede concitar los odios del Vaticano; puede recrearse con el incendio de cooperativas y Casas del pueblo; puede forzar a los adversarios que no lleguen al final trágico de Matteoti a que ingieran ricino; puede elegir un Parlamento a su gusto; puede impedir que los aventinianos entren en él; puede prohibir la publicación de periódicos; puede deportar, encarcelar; puede considerarse *duce*, emperador, césar, dios... Con todo, no podrá evitar que Nitti haya nacido en Italia; que Nitti, a pesar de todas las providencias dictatoriales y de todas las exoneraciones, sea italiano. ¿Es que de lo que quiere privársele es de ser vecino italiano? No representa ninguna categoría apetente para un alma sensible el ser vecino. Vecino lo puede ser cualquiera. Puede ser un hotentote vecino de París. Los esclavos podían ser vecinos de la Atenas de Pericles. Pueden

los antiguos burgueses, desposeídos de todos sus derechos, ser vecinos de Moscou. Ser vecino no es ser nada, como no es nada dejar de serlo. El vecino sólo tiene una noble jerarquía cuando asciende a ser ciudadano. Lo humillante es tener el deber de ser ciudadano y, por carencia de impulso, reducirse a ser vecino. Lo degradante es poseer todas las preeminencias ciudadanas, y por vileza o acobardamiento del espíritu, descender a ser vecino. Ser vecino es esa permanencia vegetativa en cualquier parte del planeta; ser ciudadano es la elevación del vecindaje a categoría humana. ¿De qué se priva a Nitti? ¿De ser vecino de Italia? Si se le priva de ésto, no se le priva de derecho que pueda afrentarle ni dolerle. El mundo no es Italia. En un hombre como Nitti, el mundo puede ser su vida interior y toda la extensión del universo. Y si, para su vida interior, que es ya un mundo, se siente un ciudadano digno y militante, y si, por su voz y su actitud presentes en todos los problemas, puede ser considerado ciudadano universal ¿qué castigo representa para él no ser vecino de Italia? El castigo es para el país, que le niega el vecindaje. No fué el Dante quien perdió al partir de Florencia: fué Florencia. Castelar hablaba de la cobardía, de levantar y mantener poderes que no pudieran soportar el oleaje de las ideas. ¿Qué habrá de decirse de aquéllos poderes que no puedan tolerar siquiera la presencia de los hombres que le sean adversos?

Es que no es el vecindaje, sino de la ciudadanía italiana de lo que se priva a Nitti. ¿Qué es la ciudadanía? ¿Tener por mandato de la ley constitutiva derechos inalienables e imprescriptibles y ejercerlos? Es indudablemente, ésto. ¿Y perder la ciudadanía es ser desposeído de estos derechos? Esto es también. Ser ciudadano, en síntesis, es tener voluntad para expresarse y para reunirse; es poder ser elector y elegido; es no quedar sometido a otros tribunales que los determinados terminantemente por la ley. ¿De esta ciudadanía es de la que se exonera a Nitti? No es posible serlo de otra. ¿Pero está seguro Mussolini, que al inferir esta sanción punitiva a Nitt, es al único italiano a quien se niega la nacionalidad? Son muchedumbre incalculable, los vecinos italianos—socialistas, liberales, populares, comunistas—a quienes se les impide formular en público su pensamiento; y congregarse para tomar acuerdos; y asistir a los comicios; y tener representación en el Parlamento o en los municipios. ¿No han quedado de hecho estos acogidos a la vecindad italiana tan exonerados de la ciudadanía como Nitti? No es de Italia, únicamente, este espectáculo histórico de los ciudadanos descendidos a ser vecinos y obligados por imperativos de la vida maternal a ser vecinos; y, por falta de vida espiritual, imposibilitados de ascender de vecinos a ciudadanos. Sobre muchos ciudadanos de Europa, de esta Europa tan necesitada de ciudadanos que edifi-

quen, pesa la pena de ser sólo vecinos que vegetan. Vecinos sin ansia de ser ciudadanos, unos; vecinos condenados a ser vecinos por aspiración, a ser ciudadanos o por temor a que sean ciudadanos, otros.

"Una Nación es un plesbicito diario"—escribía Renan—. Donde este plesbicito falte no hay Nación. ¿Qué importa, en este caso, el destierro, si la tierra de donde se expulsa no puede ser la patria en que pongamos con amor la palabra y la voluntad para conducirla? "Yo no tengo patria, porque no puedo transigir con la ignominia"—gritaba el duque de la Torre en el Castillo de San Sebastián, de Cádiz, cuando fué allí deportado. ¿De qué patria se expulsa a Nitti si no siendo Italia un plesbicito diario, no es Italia actualmente una Nación? Italia, la Italia eterna, la de los risorgimentos gloriosos, la que se eterniza en el Dante y en Mazzini; la que vibra en Garibaldi, la que se articula en Cabour; la que logra categoría de primera potencia en Europa, no está en las camisas negras, que ahogan la voz disidente, ni en el régimen que necesita ser tiranía para ser Poder. Está, posiblemente, en ese hombre, Nitti, que se negó a ser vecino cuando no pudo ser ciudadano y que ahora se ve por la ley desposeído de un derecho del que están desposeídos de hecho los ciudadanos italianos que se han resignado a ser vecinos. ¿Que el fascismo es una religión, como grita Mussolini, y

Nitti era un hereje? Sí. Posiblemente el fascismo es una pasión mesiánica y Nitti un incrédulo impenitente. Pero un hereje no pierde a una religión. La que está perdida, es la religión que no puede soportar al hereje.

VI

Italia y la huelga inglesa.

Posiblemente ha sido Italia uno de los países que ha seguido con más interés el desarrollo de la huelga inglesa. Por una razón principal: porque Inglaterra es la encarnación de la democracia y el fascismo, posesor actual del Estado italiano, pretende ser en el mundo una experiencia, más que de la autocracia, de la antidemocracia. "En Italia ya no puede darse una huelga general—clamaba Mussolini—; la huelga general es ya sólo fruto de los pueblos con Parlamento y con libertad". Y ésto produce su efecto. Porque, como Lloyd George escribía, "el orden, la tranquilidad, la disciplina, la seguridad y la prosperidad son los alicientes más poderosos para los europeos fatigados y empobrecidos". Pero, ¿qué lección, ya terminada la huelga, no habrá representado ella para quienes veían ya a un César inglés entrar a caballo en Wesminster?

No significa el quebranto de un régimen político, la declaración de una huelga. El quebranto es-

taría en que la huelga no fuera justa; en que no se hubiera intentado evitarla; en que se desarrollara violentamente. ¿Se han dado estos casos en la huelga inglesa? La huelga ha sido justa. Basta, para convencerse, con leer el dictamen de Sir Hebert Samuel. El dictamen dice que la principal causa del encarecimiento del carbón estuvo primero en que la propiedad de las minas no está concentrada: en efecto, por 2.500 minas de carbón se cuentan 1.400 propietarios; segundo, en el canon de *"royalties"*, esto es, de los derechos que, por cada tonelada de carbón que se extrae del subsuelo, devengan los propietarios de la tierra; estos derechos ascienden a una cantidad incalculable de miles de libras; tercero, al descuido en el empleo de utillaje moderno para el laboreo: ello se evidencia apuntando que el coste de producción de una tonelada de carbón en unas minas cuesta 12 chelines y en otras, 30; que el número de obreros en bocamina es en unas de 50, y en otras, de 3.000. ¿No es justa una huelga, en la que se pide la nacionalización de estas minas con el objeto de concentrarlas, de utillarlas debidamente y de redimir la cantidad que se abona a los señores de la superficie de la tierra? Huelga justa, pues. Justa, porque en los hombres como en las colectividades sociales la justicia no está por respeto al orden material sin someterse a la injusticia, sino en alzarse frente a ella, por respeto al orden moral. ¿Huelga

que se ha intentado evitar? Indudablemente. Han intervenido para ello todas las instituciones que el Estado inglés ha creado con el fin de que cumplan esta función de arbitraje. Intervino, a su debido tiempo, el Parlamento, votando una cantidad que permitiera mantener los mismos salarios durante el espacio de tiempo que se necesitaría para estudiar la situación real de las minas y encontrar sus posibilidades de rendimiento al consumo nacional, a la exportación, a los obreros y a los patronos. ¿Desarrollo de la huelga? No precisa, sobre este tercer aspecto, escribir comentarios. Una huelga que moviliza a tres millones de hombres, que paraliza totalmente la vida económica de un país, que dura una semana y que puede desenvolverse sin utilizar las ametralladoras, sin suspender las sesiones del Parlamento, sin que haya un solo muerto, sin que se limite ninguno de los derechos ciudadanos descubre la fortaleza de un Estado y de la sociedad que este Estado rige. ¿Es que no es el mismo *Popolo d'Italia,* uno de los pocos periódicos que quedan en Italia, el más afecto al fascismo, quien, sin advertirlo, señala la realidad. Es en un artículo dedicado a la Prensa inglesa. "Si una huelga parecida—escribe—hubiera estallado en Italia, veríamos en los periódicos ingleses informaciones escalofriantes, sensacionales, catastróficas. Habría titulares de este grueso: "Italia a las puertas de la revolución"; "Los huelguistas saquean las poblacio-

nes"; "El rey se prepara a abandonar Italia", etcétera. ¿De qué se vanagloria el *Popolo?* ¿De que la Prensa italiana se haya conducido gentilmente con Inglaterra y haya tratado la huelga ajustándose austeramente a lo ocurrido? Lo que conviene saber es, para apreciar la licitud del reproche, si, cuando Inglaterra ha puesto estos titulares, refiriéndose a Italia, se ajustaba a la realidad también; o si éstos titulares supuestos respecto a una supuesta huelga en Italia podrían ajustarse a las posibilidades.

Para Inglaterra no servían ninguno de estos epígrafes detonantes, porque ninguno de estos hechos se ha producido. ¿Sirvieron para Italia? Si en Italia se hubieran desenvuelto conflictos sociales como el actual en Inglaterra, ¿en qué habría justificado el fascismo su marcha sobre Roma? Ha sido el mismo Mussolini quien ha dicho cien veces que amenazaba la revolución social en Italia; que no podían tolerarse los desmanes de los comunistas; que la monarquía perdía toda su autoridad; que era preciso un esfuerzo supremo para salvar a la Nación. Pudieron, pues, poner estas titulares, refiriéndose a Italia, porque eran exactas; ¿podrán ponerse el día que en Italia se produzca un nuevo conflicto de esta naturaleza? Mussolini, y con él el Jefe de los sindicalistas fascistas, Rossini, creen que con la ley del trabajo que instituye los sindicatos nacionales se llega a una armonía absoluta entre patronos y obreros y

que habrá paz perdurable. El que los representantes de los sindicatos fascistas quieran conservar su organización unitaria actual para defender los intereses del proletariado; el que los patronos tuviesen en contra, el derecho de reunir todas sus fuerzas en una confederación única, con objeto de poseer los mismos beneficios que el proletariado; el que haya patronos que se desentiendan de su labor antes que asociarse y obreros socialistas, comunistas, aun católicos que no abandonan sus viejas organizaciones de carácter universal, prueba que, ni aun con la dictadura, es tan fácil conseguir que todo se produzca al dictado. Lo evidente es que Inglaterra, con huelga, puede tener el Parlamento abierto y que Italia, sin ella, ha de tenerlo cerrado; que Inglaterra, con huelga, puede mantener a sus policías desarmados, y que Italia, sin ella, ha de tener en pie de guerra y con las armas en la mano, no sólo al ejército, no sólo la policía, sino la milicia fascista, compuesta de miles de hombres; que Inglaterra, con huelga, puede conservar en el ciudadano todos los derechos, y que Italia, sin huelga, ha de tenerlos en suspenso; que Inglaterra, en huelga, puede ver cómo los italianos la elogian, y que Italia, sin huelga, ha de dictar leyes severas contra los mismos italianos que en el extranjero se producen contra el régimen de gobierno de su país de origen. ¿No le descubren al fascismo estas realidades que la huelga no se evitaría en Italia y

que, cuando se produzca, dará lugar a que con razón, las titulares escalofriantes, sensacionales, catastróficas, aparezcan, no sólo en los periódicos ingleses, sino en todos los periódicos del mundo?

No es débil un Estado porque tenga válvulas de expansión de válvulas, la envoltura más frágil encierra la mayor potencia flúida. Débil es el Estado, por recia, por férrea que sea su envoltura, que por no tener válvulas, vive en peligro constante de explosión. Y acaba por explotar. Inglaterra es el ejemplo—lo ha probado esta huelga—de la envoltura suave, segura siempre y eterna. Italia—lo testimonian sus huelgas pretéritas, su aparente paz y la evidencia de su huelga primera—es el ejemplo de la envoltura fuerte, peligrosa siempre y perecedera.

VII

Democracia y autocracia.

Gobierna un país, el que fuere, una autocracia. Este Poder autocrático dicta leyes que no producen daño ni provecho: son leyes que pueden, por su inanidad, cumplirse o dejarse de cumplir. No remueven nada, ni edifican nada. Pero de súbito, el Poder autocrático decreta una reforma substancial. Cambia ella, por ejemplo, el sentido jurídico de la propiedad. La reforma causa tal sensación que el mismo Poder autocrático que la ha propuesto, se ve forzado a dar explicaciones sobre ella, a comentarla prolijamente. ¿No es importante señalar en un caso así los caminos distintos que a gobernantes y gobernados ofrecen la autocracia y la democracia?

Se propone un proyecto de ley ante las Cortes. Este va a una comisión que dictamina. ¿Qué merma sufre en su autoridad el gobernante si la comisión enmienda el proyecto? Ninguna. De la comisión pasa a la sesión pública, donde se debate y vota. ¿Qué menosprecio se inflige al gobernante con las adicio-

nes o supresiones que el Parlamento imponga a la ley? Ninguno. Pueden acontecer dos casos; primero: que el Gobierno, unido al Parlamento, no considere viable la ley que propone el gobernante: ello se resuelve sustituyendo dicho gobernante por otro, cuyo espíritu se halle de acuerdo con el del gobierno y el del Parlamento. Segundo: que el Parlamento no esté de acuerdo con el gobierno. En este caso, el gobierno dimite y se constituye otro gobierno que represente el sentir del Parlamento, o el gobierno disuelve el Parlamento, buscando en el sufragio el criterio definitivo. ¿Todo ello son dilaciones? ¿Es que una ley que puede modificar sustantivamente los impuestos, el ejército, la escuela, las relaciones exteriores, etcétera, no merece pasar por todos estos trámites en que se determina claramente la conveniencia en la reforma y la adaptación de la reforma a las características nacionales? En un régimen autocrático, el gobernante lleva la ley a la Gaceta. Y ya no hay más. ¿Objeciones a ella? ¿Quién, autorizadamente, puede hacerlas? Ha de suponerse que todas las objeciones han sido ya hechas por los elementos que representan la autocracia, antes de decretar la ley. Pero ya discutida, ¿de dónde han de salir las objeciones y cómo pueden ser ellas atendidas? Si la ley produce un descontento público que satura el ambiente, ¿qué conducta sigue el gobernante autocrático? ¿Retira o modifica la ley? Una autocracia que

procediera así perdería ya toda autoridad para dictar leyes en lo sucesivo. ¿Mantiene la ley por la fuerza? La Historia enseña la imposibilidad de estas medidas. ¿Se considera fracasado el gobernante y renuncia el Poder? No ha habido un solo autócrata que haya hecho confesión de sus errores. ¿Se advierte la posición difícil del gobernante? Y es que el gobernante autócrata, era posible cuando no existía opinión, o cuando, considerándosele por designio divino no se atrevía nadie a exteriorizar la desconformidad. Cuando la opinión existe, y existe reconocida por el mismo gobernante autócrata, encuentra éste tantas dificultades para gobernar, prescindiendo de los órganos de opinión como ésta para acomodarse al gobierno que prescinde deliberadamente de ella.

Veamos el caso del gobernado. Se publica un proyecto de ley que le afecta. En el régimen democrático no hay obstáculos. El gobernado puede expresar su criterio junto al gobierno o frente al gobierno por sus representantes directamente elegidos. ¿Qué éstos no interpretan la voluntad del gobernado o la falsean? En países donde la democracia ha adquirido su más alto grado de pureza y eficacia, el gobernado tiene medios de intervenir directamente él y de exonerar a sus representantes si éstos no le representan como es debido. No hay caso, además, en que, ante un gobernado con conciencia viva de su

jerarquía ciudadana y con ejercicio austero de su soberanía por el sufragio, el representante elegido se haya producido torcidamente. Si éste tiene también una conciencia viva de su categoría representativa en voz y voto que respondan a la voz y al voto de la opinión y que, en divergencia, ésta es para significar la superioridad ideal del elegido ante el elector. ¿Que las Cámaras esterilizan la acción del legislador? Si las Cámaras funcionan regularmente, no; si no funcionan regularmente, la responsabilidad en la mayoría de las veces es del Poder ejecutivo, que interviene deshonestamente en su composición y que las suspende o las disuelve, cuando, fiscalizándole o enmendándole su acción, las considera él como un estorbo. El día que, por ejemplo, en España se realice un estudio serio del régimen parlamentario durante la Restauración, se advertirá que la menor culpa del trastorno cultural, económico, militar y social de España corresponde a él: corresponde a quien, de arriba y no de abajo, suspendieron o disolvieron el Parlamento cuantas veces éste intentaba impedir austeramente, heroicamente, sus funciones soberanas. En un régimen democrático, en síntesis, el gobernado, ante un proyecto de ley tiene medios de expresar su criterio y de imponer su voluntad. ¿En un régimen autocrático? No cuenta con medios. Puede disponer de los que en circunstancias extraordinarias se le conceden por gracia. Pero, ¿quién, pose-

yendo conciencia del derecho, acepta la gracia, que es un reconocimiento tácito del derecho y una negación expresa de él? El gobernado en un régimen autocrático, carece de voz y de voto: de voz y de voto aún en aquellos problemas que más directamente le afectan. Dentro del régimen no tiene posibilidades de intervenir, ni aun para mejorar la ley; ni aun para modificarla en el sentido que al gobernante puede convenirle para su aplicación.

EL FASCISMO, PELIGRO PARA ITALIA Y PARA EL MUNDO

I

La economía fascista.

Posiblemente el capítulo más aleccionador y concluyente en el libro del escritor francés Ludovic Naudeau, "L'Italie fasciste ou l'autre danger", es el que se refiere a la economía del fascismo. La anulación del Parlamento, la supresión de los derechos individuales, la implantación y el sostenimiento violentos de la dictadura, han servido para resolver rápidamente los problemas de las subsistencias, de los impuestos, de la moneda, del desenvolvimiento de industrias que eran en Italia, como en toda Europa, los problemas angustiosos de la trasguerra.

Las subsistencias han encarecido en Italia enormemente. El pan ordinario cuesta de 2,90 liras a 3 liras 10 céntimos el kilo; el pan de mejor calidad, cuatro liras el kilo; el azúcar, 7,60 liras el kilo; el café, 42 liras el kilo; el arroz, de tres liras a 4,50 el kilo; las pastas alimenticias, de 3,70 a 3,80 el kilo; el chocolate, 16 liras el kilo; el cacao, de 12 a 18 liras el kilo; el filete de buey, de 28 a 30 liras el kilo. Ita-

lia es, esencialmente, un país vinícola; el vino corriente, cuesta, sin embargo, 3 liras un litro y medio. Un sello de correo, importa 0,60 lira. El paquete de 10 cigarrillos ordinarios vale 1,60 liras. El precio más bajo de una comida en el restaurant más modesto es de 10 liras; el precio más reducido de una pensión, en un hotel pequeño a orillas del mar o en el monte, es de 55 liras. ¿El coste de los alquileres? Hasta junio de 1926, se autorizó a los propietarios para que pudieran elevar hasta el quíntuplo la renta que los inmuebles producían antes de la guerra. En Roma, en el barrio de Porta Trionfale, una habitación para obreros compuesta de dos piezas y una cocina que, antes de la guerra, pagaba 34 liras, paga actualmente 280 liras por mes. "Confirmación significativa—escribe Naudeau—; los obreros italianos ocupados en Francia, cuando vuelven a Francia después de una temporada vivida en el país natal, testimonian que el pueblo soporta en Italia una existencia de extremadas privaciones".

¿Y los impuestos? En Italia existen todos los impuestos directos y todos los impuestos indirectos que forman en el mundo los distintos sistemas tributarios. "El rigor de los impuestos—declara Naudeau—es causa en gran parte de las privaciones que sufre el pueblo italiano". El impuesto sobre la renta es más alto que el francés. Existen impuestos indirectos verdaderamente insoportables que llegan al límí-

te de gravar la fabricación del azúcar, en la fábrica misma, con una tasa de 4 libras por kilo. Las sociedades anónimas—sigue diciendo Naudeau—y, en general, todas las explotaciones, de cualquier orden que ellas sean, tienen tasación más alta que en Francia. Los agentes del fisco son numerosos, rigurosos, inquisidores, ponen en duda la exactitud de los libros que les son presentados, exigen pruebas; obligan, en fin, al contribuyente a batallar, a mercadear, a justificarse". Se ha aumentado, durante el periodo fascista, en 873 millones de liras el impuesto de aduanas; en 500 millones, los impuestos sobre las transacciones; en 500 millones los impuestos directos y 313 millones, los indirectos. "Estos propietarios agrícolas—concluye Naudeau—que reclaman "orden", no estarán satisfechos, posiblemente, de la especie de orden que ha establecido Mussolini". ¿Que despidió, por exceso de número, 54.260 empleados y obreros de los ferrocarriles? Sí. Pero, al salir éstos por una puerta entraron por otra puerta, 33.157 asalariados fascistas. ¿Que se han suprimido 8.279 funcionarios? Sí. Pero se han creado 7.300 cargos de *podestà* o comisarios fascistas espléndidamente retribuídos.

¿Cuál es la situación del comercio? La balanza comercial ofrecía, a fines de 1926, un déficit de once mil millones. El gobierno fascista había adoptado recientemente medidas aduaneras destinadas a favorecer

la agricultura del Mediodía, suponiendo, por anticipado, que estas medidas por contra golpe habían de dañar a los industriales del Norte. De ello, la caída sensacional y fulminante de los valores industriales. Actualmente estos valores sufren una verdadera parálisis. Se observa por ello, en Italia, una falta evidente de capital circulante. El dinero es caro. Los Bancos prestan a tasas elevadas. Las casas industriales aparentemente más sólidas no abonan con regularidad sus cuentas. La lira que, con relación al franco, había parecido antes de la estabilización de éste una moneda sana, con relación al oro, se percibe su enfermedad. El fascismo encontró la libra esterlina valiendo 112 a 115 liras; la pagaba a 126,75 liras en junio de 1925 y a 120 en agosto de 1926. Siempre, en todo momento, más alta que la encontró. ¿Qué, en un momento, llegó a estabilizar? Sí. Pero atender la operación que hubo de realizarse para ello. En el verano de 1925, fueron adquiridos 50 millones de dólares de la Banca Morgan bajo forma de una apertura de crédito, y, a fin de año, se transformó esta operación en un empréstito de 100 millones de dólares; la tasa del interés era de 7 por 100, pero el empréstito fué cerrado a 94 y medio y costó 20 por 100 pagados en diversas comisiones. Estos acuerdos coincidían con la reglamentación de la Banca italiana en los Estados Unidos. Italia se comprometía a pagar a los Estados Unidos aunque Alemania no pagase a ella. Significa

esto que Italia ha depositado en los Estados Unidos bonos del Estado por valor de 2.042 millones de dólares, que serán pagados a la par, aumentados por los intereses en moneda oro de los Estados Unidos o con valores del Estado americano. Los Estados Unidos podrán, en todo momento, poner a la venta estos bonos, lo que representa tener a su arbitrio el crédito de Italia y el curso de la lira. El crédito de los Estados Unidos sobre Italia, representa, por consiguiente, una quinta parte de la riqueza total del país. En síntesis, quiere decir esto, que el fascismo con la operación realizada, ha convertido Italia en una colonia de los Estados Unidos. Con todo ello, el paro es en Italia creciente. Las industrias metalúrgicas, vegetan; los altos hornos apenas trabajan; la industria del automóvil y de la seda artificial, sufren una crisis espantosa; en las fábricas de tejidos, no se labora más que algunas horas por semana. "Buen número de magnates—escribe Nardeau—que han sostenido con sus fondos el fascismo, cuando este marchaba a la conquista del Poder, se alarman hoy por el rumbo tomado y presienten la proximidad trágica de los días de prueba".

Otros extremos señala el estudio de Naudeau, adverados todos ellos por testimonios documentales irrefutables: unos se refieren a los juegos de prestidigitación que se hacen con las cifras del Presupuesto, con objeto de ocultar, entre otras cosas, las su-

mas enormes que el fascismo destina a los gastos militares; otros se relacionan con la cantidad de obras públicas que se realizan y con los rumores que, en torno de cada una de estas obras, circulan por el país; otros dedican su atención al decreto de 7 de noviembre de 1926 que establece que los bonos del Tesoro a uno, tres, cinco o siete años serán obligatoriamente convertidos en deuda consolidada, coincidiendo esta resolución con la baja rápida del consolidado italiano; otros... ¿Para qué más? ¿No son suficientes los transcritos para evidenciar que la economía del fascismo—economía sin control, secreta, de efectos brillantes más que de ordenación racional—es una economía de bancarrota? La historia es inflexible con quienes en las horas exigentes no le sirven. Esta ruina material es la pena que merecen los pueblos que se desentienden de la soberanía y no cuidan de sus destinos y sus tesoros morales.

II

La tragedia económica de Italia.

Mussolini ha tenido que declarar ya públicamente la verdad: la situación económica de Italia es grave. Grave por la baja continua de su moneda; por el encarecimiento constante de las subsistencias; por la paralización de las industrias metalúrgicas, mecánicas, de automóviles, de tejidos; por la inmovilización de unos capitales y la expatriación de otros; por la falta de trabajo que va extendiéndose de las zonas más pobres a las zonas más ricas del país.

Es "un fenómeno mundial", ha dicho Mussolini, queriendo justificar en esta universalidad del trastorno, el trastorno local. Sí: es un fenómeno mundial. Pero agravado en Italia por la extensión que abarca. En Inglaterra, por ejemplo, el fenómeno se significa por la crisis del carbón; pero en Inglaterra, la moneda continúa manteniendo su alta cotización y las subsistencias conservan su precio normal. En Francia, por ejemplo, la moneda está baja; pero en Francia, las industrias se desenvuelven con flo-

recimiento desconocido. Es un fenómeno mundial, sí; pero presentando en el mundo aspecto de problemas parciales, y en Italia, por el contrario, ofreciendo características de catástrofe. ¿A qué otras causas atribuye Mussolini la gravedad de la situación? Al dinero extranjero que quiere ahogar a Italia o comprarla para reducirla a la esclavitud; a las maniobras de los antifascistas que extienden la mentira de que el fascismo caerá sobre el terreno económico, explotan las variaciones del cambio, los encarecimientos de los géneros alimenticios y ridiculizan las medidas del gobierno; a la desorganización que existía en Italia como consecuencia del régimen parlamentario. He querido traducir íntegramente las palabras del *duce* italiano para que se advierta la flaqueza de su argumentación. No. La gravedad no es debida a ninguna de estas causas absurdas que, al ser expuestas, evidencian la pueril credulidad del fascismo y la necesidad que tiene éste de seguir anatematizando a sus enemigos completamente pasivos hoy, para sostenerse en pie. No. Las causas reales se hallan: primero: en la equivocada política monetaria del gobierno fascista; en el empeño de estabilizar y desinflar artificialmente que produce siempre, como consecuencia, una crisis industrial; en la intromisión diaria en la Bolsa del reino con maniobras complicadísimas; segundo: que el sostenimiento, con protecciones desmedidas, de muchas producciones sin bases

propias de sostén, con el fin de acreditar una sobreproducción abundante cuando lo que comienza a producir se produce mejor y a mejor precio; tercero: al pánico que existe en todo país la anormalidad política y que fuerza a cuantos elementos tienen disponibilidades financieras a retraerse de toda empresa o a buscar la garantía de su capital en el suelo de otros Estados menos movedizos. Estas son las causas efectivas, y ellas no pueden atribuirse al extranjero ni al antifascismo, sino a la existencia y a la naturaleza de una fuerza como el fascismo, imperialista, frente a Europa, excluyente de las otras tendencias políticas dentro de Italia.

Al señalar Mussolini la gravedad de la situación, anuncia los remedios heróicos. "La batalla económica iniciada por el gobierno es decisiva para el porvenir, la grandeza del régimen y la revolución fascistas. Es necesario dar al mundo otra prueba formidable de la tenacidad y de la fuerza del fascismo". ¿No se vé en esta apelación desesperada al fascismo, causante en gran parte de la crisis, la imposibilidad de que la crisis sea remediada? Este hecho es otro aspecto de la excepción que constituye Italia en este "fenómeno mundial" de la anormalidad económica. Una anormalidad así no la salva un hombre sólo, ni un sólo partido: la salva una conjunción de todos ellos. Una conjunción como la que acaba de producirse en Francia. ¿Es posible esta conjunción

en Italia? Hoy, no. Vive Italia en guerra civil. El gobierno ha sido conquistado y está mantenido por la fuerza. Se considera a una parte de italianos por encima de toda ley y por debajo de toda ley otra parte de italianos. No está la Nación integrada totalmente en la forma actual del Estado. Existe para unos italianos, los fascistas, un problema previo: sostenerse en el Poder; como existe para otros italianos, los antifascistas, otro problema previo: abrir el Poder a las representaciones que por sufragio puedan lograr el acceso a él. En síntesis: hay una cuestión política que sobremonta a todas las demás, incluso a las económicas, que afecta directamente a la vida de cada individuo y a la vida del país. ¿No se advierte en una hora angustiosa así el peligro que significa haber existido y aceptado una autocracia absoluta? No importa para ello que Mussolini, hable como dicen sus panegiristas, mejor que Cicerón; y sea más justo que Arístides; y comprenda los problemas del Estado con más claridad que Pericles; y sea más enérgico que Augusto. No importa que Mussolini sea, según testimonian las camisas negras, el hombre genial, más puro, más recto, más grande del siglo XX. "Los grandes hombres, decía Heraclio de Sicilia, pierden a los pueblos". La sentencia tiene un valor dogmático más firme hoy que en la época en que se pronunció, porque hoy, como nunca, no son los hombres, grandes o pequeños, los que sal

van a los pueblos, sino los pueblos por sí mismos. Y solo es un régimen político conveniente aquel que permite variar sin trastornos los hombres representativos y que puede lograr sin violencia la solidaridad cordial y disciplinada de todos los ciudadanos para una obra común.

Unión de la Nación con el Estado para que el Estado cumpla su fin; unión de los Estados entre sí, para que cumpla su fin la sociedad. Esta es la norma de esta hora exigente y angustiosa. Los Estados que se constituyan contra las Naciones apartan a éste de su función propia y perturban la obra de la sociedad. La pena que por su pecado, sufren estos Estados excepcionales es ésta: que, en ellos, más pronto o más tarde, los "fenómenos mundiales" se convierten en catástrofes. La Italia de hoy es un irrebatible testimonio de esta conclusión axiomática.

III

La exoneración de Volpi.

¿Qué ha motivado la dimisión del Conde Volpi, ministro de Hacienda del Gobierno de Mussolini? En un país como Italia es difícil saber la verdad, porque no existe otra Prensa que la afecta al gobierno, por una parte; y, porque, por otra parte, no es permisible transmitir al exterior telegráficamente sino aquellas noticias o aquella versión de las noticias que el gobierno autoriza. Imposibilita, además, este conocimiento de la verdad la propia naturaleza del régimen fascista: en él, los hombres que ejercen el Poder se mueven en la sombra y no transciende a la luz sino aquéllo que les interesa y en la forma que les interesa. En Inglaterra, en Francia, en Alemania, una crisis política se plantea, discute y resuelve en el Parlamento. Se analizan sus causas, se profetiza sobre sus efectos, se discierne su solución: el país sabe si el gobernante que se va merece censura o aplauso; si debe ser sostenido o derribado; si ha cumplido austera e inteligentemente con su alta

función o si ha faltado a ella. Por la voz y el voto de los representantes del país, el país interviene desde el primero al último momento, en todo el proceso de la crisis. Recientemente, en Francia, se produjo un hecho político que advierte la pureza, la limpieza, la firmeza de una democracia. Era ministro con Poincaré, ocupando la cartera del Trabajo M. Fallieres, hijo del que fué Presidente de la República. Vinieron las elecciones. ¿Quién con el criterio de los países regidos por autocracias, en los que las elecciones eran y son una simulación, puede pensar que un ministro, y un ministro de apellido y ascendencia tan insignes, había de ser derrotado? Pues Fallieres lo fué. Y, en el mismo momento que conoció su derrota, advertido de que no contaba con la confianza pública, dimitió, siéndole, por los mismos motivos, aceptada inmediatamente la dimisión. Las cartas de despido cursadas entre Poincaré y Fallieres son un testimonio del alto concepto que del gobernante tienen estos hombres a los que las normas de la República son una ética política que puede elevarse a principio universal.

Mussolini explicó la dimisión del Conde Volpi, diciendo que precisa renovar frecuentemente el personal del gobierno con objeto de que los órganos del Poder funcionen siempre con la mayor agilidad. ¿No equivale esta explicación al juicio más acusatorio que se ha formulado contra el fascismo? El fascismo se

erige frente a la democracia con esta justificación: la necesidad de mantener la permanencia en los gobernantes. Lo que dificulta en los gobiernos, según el fascismo, una obra trabada, de dilatado horizonte, de trascendencia histórica, es la inestabilidad de quienes gobiernan. ¿Cómo esta inestabilidad ahora, en el fascismo, se decreta como medida conveniente y se aplica? La contradicción es diáfana. Y la contradicción se convierte en una contradicción mayor, cuando, al mismo tiempo que se dimite al Conde Volpi, se decreta la inamovilidad de la persona que por su absorción de cargos y de responsabilidades, más exige, según esta nueva doctrina fascista, ser sustituída. ¿Es que el Conde Volpí es, en el gobierno y en el fascismo, un personaje de segundo orden, que puede ser, de esta manera, residenciado? No. El fascismo se ha consternado por la escasez de figuras sobresalientes. Ha tenido camisas negras; cabezas claras, no. Ha contado con multitudes para coger el fusil, prender fuego a las cooperativas socialistas y entonar la *giovinerzza;* aristócratas de la inteligencia, para emplearlos en los altos puestos del Estado, ha podido contarlos con los dedos de una sola mano. Uno de ellos fué Gentille, el filósofo, que dió la nueva ley de Instrucción pública: ya está lejos del ministerio. Otro, es este Conde Volpí, a quien ahora se exonera desde arriba, o que, decide él, irrevocablemente, libertarse. ¿Qué otros hombres de acusada personalidad tiene

a su lado Mussolini? Una autocracia sólo puede considerarse superior a la democracia cuando contribuye a la edificación de los espíritus o cuenta con la asistencia de los espíritus edificados ya. No es este el caso del fascismo.

Ni es la explicación que se ha dado de la dimisión del Conde Volpi la que responde a la realidad. El Conde Volpi se ha ido por el fracaso rotundo que ha significado en Italia la revalorización de la lira. El camino a seguir con la lira es el seguido en Francia con el franco. El fascismo, que, por la fuerza, ha creado unas instituciones políticas artificiosas, se empeña en crear una moneda artificiosa también. Empezó por hipotecar su independencia financiera—lo que no hizo nunca Francia—basando toda la reforma monetaria en los créditos exteriores, americanos principalmente. La moneda artificiosa elevada a un valor que no podía sostener, desbarató toda la economía nacional. Los precios de las cosas llegaron a cifras que no alcanzó ningún otro país; cerrados en absoluto en el interior los créditos bancarios, multiplicáronse las quiebras; el paro adquirió proporciones gigantescas; la vida industrial, a excepción de la metalurgia que se sostiene por los extraordinarios pedidos militares que recibe, está en la linde de la catástrofe; últimamente, una gran banca del Norte, cuyo jefe es adicto al fascismo, se vió en la precisión de presentar su balance. Esta situación angustiosa decidió a Mussolini a reconstituir el Ban-

co de Italia, confiriendo por medio de decretos, poderes excepcionales a su nuevo gobernador, Gringlar. ¿Fué una situación, insoportable, por una parte, y, por otra parte, esta última medida, que disminuyó en alto grado los poderes del ministro de Hacienda, lo que decidió al Conde de Volpi a abandonar su cargo? Si en Italia, como en Francia, hubiera Parlamento, y por el Parlamento se controlase la acción de los ministros, una conducta desatentada como la del Conde Volpi no habría sido posible: el Parlamento lo habría impedido. Y si, a espaldas del Parlamento o burlando sus acuerdos, la hubiera realizado, habría de responder ante el país. No se dará en Francia, como se da ahora en Italia, el caso de que los yerros de un régimen que producen la ruina en muchos y fundamentales aspectos de la vida nacional, pueden ser cultivados y aun disculpados, con unas dimisión que se justifica en motivos que afrentan, por su mendacidad, al Poder que los expone y al país que los soporta. Una democracia no tendrá la teatralidad espectacular de unas autocracias del siglo XX; no procederá sumarísimamente: no tendrá sus gustos difundidos en los que se concentra la violencia y la riqueza de la fuerza; pero procederá más prudente, más inteligente y más limpiamente. No asombrará al mundo que necesita le asombren las frases y los gustos histriónicos; pero no le falseará la verdad ni, simulándole una ascensión gloriosa, lo conducirá al despeñadero.

IV

Elecciones en Italia

Pocos dramas tan sugestivos y tan hondos como el drama que lleva desencadenado en su espíritu ese hombre que ha alterado violentamente el ritmo de la historia de su país: Mussolini. De un tiempo a esta parte, él, que quería aparecer como el hombre de las afirmaciones incontrovertibles y de los actos prontos, orientados todos en el mismo sentido, se contradice de un día para otro y deshila hoy la tela que hiló ayer. Declara, en un momento, que no se irá del Poder aunque toda Italia se conjure contra él, y declara, en otro momento, que bastaría que el rey se lo indicara para que el Poder fuese abandonado. Se sitúa en una ocasión al frente de los extremistas adictos, alentándolos para los mayores desmanes, y se pronuncia en otra ocasión terminantemente contra ellos, conminándolos con la expulsión o degradación. Y es que los primeros pasos de toda dictadura triunfante, en cualquier época de la Historia o en cualquier lugar de la tierra que la dictadura se

haya producido, han sido siempre fáciles y expeditos, y han sido siempre difíciles y torpes los últimos. ¿No fué Pericles quien sentenció que en una dictadura se entraba sin obstáculos; que los obstáculos se encontraban al querer salir de ella, y que estos obstáculos se alzaban, en primer término, ante el dictador?

Las distintas posiciones de Mussolini respecto al Parlamento descubren la línea de su conducta. El primer propósito de Mussolini, cuando acaudilla la marcha sobre Roma y llama a las puertas del Quirinal, es disolver fulminantemente y sin respetos de ninguna clase el Parlamento. Así se lo anuncia y lo solicita del rey. Pero el rey, no sólo se niega a ello, sino que además le invita a que sea el Parlamento quien le conceda las facultades de excepción que el dictador pide al monarca. Mussolini se acomoda a estas condiciones que el rey le señala para entregarle el Poder. Mussolini, pues, que se pronunció contra el Parlamento, ha de respetarlo. Esta es su rectificación inicial. Pero vivo su odio al Parlamento, gobierna sin él; lo mantiene en pie como una supervivencia grotesca de un pasado que él repudia y mina en sus cimientos; pero no cuenta ni quiere contar para nada con él. ¿Quién no creía que mientras hubiera fascismo no habría Cortes? Cuando menos podía esperarse, Mussolini rectifica por segunda vez, disolviendo el Parlamento viejo, y, den-

tro de un sistema electoral único en el mundo, convoca elecciones para constituir un nuevo Parlamento. Después unos meses de las elecciones italianas, en las que el fascismo logró las tres cuartas partes del total de las actas; en las que Mussolini con la apariencia de unas Cortes constitucionales que acreditarán la constitucionalidad del régimen fascista, podía gobernar dictatorialmente como si las Cortes no existieran, ¿qué sucede? Que Mussolini rectificando por tercera vez, disuelve el parlamento suyo y convoca un nuevo Parlamento, adoptando como sistema electoral el mismo que se seguía antes que la dictadura se pronunciara y alzara contra todo "Ritorno all'antico", ha dicho Guillermo Ferrero, significando en esta frase toda la inutilidad de la dictadura y toda la versatilidad del dictador. Cada rectificación de las hechas por Mussolini le ha restado fuerza adicta, sin sumarle fuerza adversa. La primera, le restó los absolutistas, sin sumarle los parlamentarios; la segunda le restó los devotos del sufragio universal y de los procedimientos claros, sin sumarle los partidarios del sufragio restringido y de los procedimientos oscuros; la tercera le restó los extremistas que aún subsisten, con Farinaci al frente, y no le suma estas oposiciones, a favor de quien la rectificación se formula. Y es que una dictadura, por el carácter personal y dogmático que tiene, se debilita de día en día, al perder los amigos que creyeron que la persona y

el dogma eran superiores a las normas de la vida, y al no poder ganar como amigos a los enemigos; que no se ganan, aunque el dictador haga la política de los enemigos, y, por hacerla, pierda a los amigos. Quien fué adicto a un dictador, podrá dejar de serlo y rebelarse contra él; quien fué hostil a un dictador, no le será adicto nunca. Es la ley esta que ha prevalecido también en todas las épocas y en todas las zonas de la tierra.

¿Cuál es la actitud de las oposiciones ante la última rectificación de Mussolini, rectificación que equivale a la rectificación de todo el ideario de la dictadura? La actitud de las oposiciones se expresa unánimemente así: "Mussolini no es una garantía de imparcialidad en las elecciones y, por consiguiente, no es él quien debe presidirlas". El periódico "Il Corriere della Sera", confirma esta actitud en los siguientes términos: "No se puede dejar de contrastar un hecho: que Mussolini no ha logrado dividir a las oposiciones. Las oposiciones están convencidas de que lo que importa no es tanto como la determinación de un sistema electoral, la garantía de que la consulta al cuerpo electoral se cumpla en una atmósfera de libertad". La situación de Mussolini se agravó, pues, en esta nueva rectificación. Las oposiciones no depondrán su actitud y se lanzarán unidas y resueltas a la lucha electoral. ¿Se las respeta en su derecho? Triunfarían por una cantidad inmensa

de sufragios. Mussolini lo sabía, lo sabía, sobre todo, al ver cómo se separaban de las filas fascistas los excombatientes; al ver cómo se pronunciaban contra el fascismo los intelectuales; al ver con qué velocidad y en qué considerable número disminuía la tirada de los diarios adictos; al ver, en fin, cómo de día en día era más ostensible la divergencia entre el fascismo y la nación. En una atmósfera de libertad, las oposiciones lograrán la mayoría parlamentaria. ¿No se las respeta en su derecho? Las oposiciones seguirán en el Aventino, y Mussolini se encontrará con un Parlamento tan suyo y tan inservible como el que se propone matar apenas nacido. De una o de otra manera, siguiendo uno u otro camino, Mussolini no podrá dar ya un paso hacia adelante sin que represente una claudicación, de las que le acusarán los correligionarios que se le separen, o una concesión a los adversarios, que los adversarios no le estimarán. Haga lo que haga, como aquel ciudadano indeciso en devaneos amorosos, que pedía consejo al filósofo sobre si debía o no casarse; haga lo que haga, como contestó el filósofo, será después motivo de arrepentimiento.

El drama íntimo de Mussolini, forzado del propio trabajo que se ha buscado, y la situación de Italia, turbulenta y oscura en su política interior, disminuída en su crédito, son un buen índice para el balance de las dictaduras. De la prueba fascista, que

aun no se sabe de qué modo acabará, ni qué derivaciones trágicas puede tener, ni por qué precipicios es aún capaz de lanzar a Italia, un hecho es indubitable: que la prueba fascista ha perdido todo aquello que quiso salvar y ha avivado la llama de todos los incendios que se propuso extinguir. Posiblemente, en un análisis lejano de este momento histórico que a trancas y barrancas pasa Italia, se advertirá que el fascismo, que vino a ser un formidable dique contrarrevolucionario, fué, en definitiva, un acicate revolucionario de poderoso empuje y de ostensible eficacia. Y tampoco sería este efecto de un Gobierno de fuerza, contrario al efecto que se propuso, nuevo en el tiempo y en el espacio.

V

La prueba de Palermo

¿Qué fueron esas elecciones? Es sabido que en Italia, donde los municipios en el régimen pasado constituían ya en su mayoría un austero, libre y eficaz gobierno local, fueron en casi su totalidad, destruídos por el fascismo y sustituídos por un comisario real, nombrado por el gobierno de Roma. Se hablaba, constantemente, a pesar de ello, por Mussolini de la necesidad de restituirlos a la vida legal, prueba tácita del fracaso que significaba el procedimiento que el fascismo había empleado cuando se apoderó violentamente de ellos. La elección de Palermo, primera elección municipal que se celebró en Italia, descubriría el propósito en el Poder público de ir restableciendo la normalidad, testimonio ingenioso también de que el mismo Poder público actual conviene en que la normalidad no es él. ¿Por qué el Gobierno en su arbitrio sin los límites de poder convocar las elecciones en la época y el lugar que se le antoje escogió aquellos días y Palermo? Por una

sola razón: porque creyó esos días los más propicios y Palermo más adicta, más suya que cualquier otra ciudad italiana. La campaña que la Prensa fascista llevó a cabo respecto a estas elecciones y la lista de sus candidatos, acaban de enseñarnos que con el resultado de ellas se preparaba Mussolini una de esas apoteosis triunfales de las que él es tan entusiasta y de las que requieren constantemente para no sentir desmayos de la voluntad los hombres que se han creado un ambiente artificial u ocupan un puesto que no les pertenece.

Resultado de las elecciones: Palermo contaba en el censo electoral con 105.000 inscritos. En horas de entusiasmo, en cualquier país de alma civil, educado para las funciones de la ciudadanía, un comicio consigue el ochenta por ciento de los sufragios. ¿Qué número de electores pronunció en Palermo su voluntad? Sólo cuarenta mil: es decir, menos del cuarenta por ciento. ¿No descubre este hecho la insensibilidad, el cansancio de la opinión? Es la consecuencia lógica de la permanencia de un régimen de la naturaleza del fascismo. En países de alta tensión espiritual, cada señor ciudadano de sus derechos y cumplidor de sus deberes; voz destacada, cada hombre en el concierto público que se dignifica por los imperativos de la voluntad popular, un régimen como el fascista, si en un momento de locura pudiera implantarse, no podría prevalecer un

día: desencadenaría inevitablemente la Revolución. Inglaterra, con el gesto frente a Carlos I, es un ejemplo de ello. En países donde aún no se ha formado la conciencia pública y los movimientos populares más que grandes corrientes bien dirigidas y con una finalidad determinada que se cumple siempre, son sacudidas histéricas que lo mismo pueden manifestarse en una inconcebible exaltación que en una injustificada aspiración; un régimen como el fascista no consigue, aparte otros daños, que éste fundamental: el que la conciencia pública se anquilose, se pervierta o retarde su floración. En los países que ya hablan en la Historia, es imposible labor, utilizando la violencia, empeñarse en callarla; en los países que sólo balbucean o que aún no han dicho en la Historia contemporánea una palabra definitiva, es condenable error, aún invocando motivos superiores, ahogarles el balbuceo: el interés superior está en que hablen. Estos cuarenta mil votos obtenidos entre 105.000 votantes y en la ciudad posiblemente más inflamada aún de Italia, evidencia a lo que ha quedado reducido el espíritu de Italia. ¿No merecen compararse estas elecciones con las últimas comunales celebradas en Francia en las que hubo villas donde sólo los enfermos y los ausentes quedaron sin exponer su voto político? Un pueblo sin espíritu, al que no interesa la acción del gobierno, su colaboración con él, apoyándola o contrastándola, no es el

pueblo ideal que aspira a esculturar el estadista que anhele realizar una obra histórica.

La conducta del Gobierno es aún más significativa. Ocupó el centro de Palermo con las bandas fascistas; dejando los arrabales abandonados, temiendo sin duda que en los suburbios las bandas fascistas en vez de la ofensiva que pudieran acometer impunemente en los barrios aristocráticos hubieran de haberse mantenido a la defensiva. En los suburbios casi toda la elección fué para la lista liberal, que llegó a alcanzar en algunos colegios el ochenta por ciento; en el centro, la totalidad de la elección, el treinta por ciento de los sufragios, se los llevó la lista ministerial. ¿Cómo se consiguió el treinta por ciento? Encarcelando, apaleando las bandas fascistas a cuantas personas eran reconocidas por desafectas al régimen actual. La violencia agresiva llegó a tales límites que no se detuvo ante Orlando, el anciano y respetado político, ni ante significadas personalidades de la Iglesia. Orlando exteriorizó su protesta, abandonando su acta de diputado y su país. Las palabras del trascendente documento en que consigna con solemnidad esta actitud, son reveladoras: "Las últimas elecciones administrativas de Palermo, dice, menos por sus resultados aparentes que por la manera como ellas se han desarrollado, por las repercusiones que han tenido, me han confirmado esta verdad: que en la vida pública italiana actual no hay puesto

para un hombre de mi partido y de mi fe". Los términos en que se producen los representantes de la Iglesia han sido más categóricos todavía: han empezado por las protestas del *Oservatore Romano* y han seguido en la carta que el cardenal Gasparri, en nombre del Papa Pío XI, dirigió al Presidente de la Semana Social, de Lyon. "El programa de la Semana Social, dice el documento, tiene por objeto la autoridad y es éste, sin duda, en la ciencia social uno de los problemas más vitales, más comprensivos; este es, uno de los más oportunos en nuestros días, en que vemos a la sociedad humana, por haber negado o falseado el concepto de la autoridad, debilitarse entre las consecuencias contrarias del error, entre el desorden de la licencia y de la anarquía y el recurso desesperado a la violencia, supremo expediente para mantener un orden cualquiera, cuando la fuerza moral ha dejado de ejercer su saludable imperio". ¿Cómo ha reaccionado el fascismo ante estos dos golpes, que son, después del asesinato de Matteoti, los que, con toda seguridad, le han inflingido más daño? *Cremona Nuova,* el periódico de Farinaci,, que era por la influencia de Farinaci sobre Mussolini la gaceta del partido, se desentiende de Orlando con ese gesto despectivo tan usual en los hombres incapaces de dialógo; y se dirige al "Oservatore Romano" en este tono: "El periódico del Vaticano debe saber que la política del

justo medio que se fatiga en aconsejarnos no tiene ninguna probabilidad de ser tomada en consideración y de triunfar. Nosotros aconsejamos al periódico romano ocuparse con mayor cuidado en el clero para refrenar la actividad de ciertos prelados que hacen abiertamente profesión de antifascismo. El "Oservatore Romano" debe saber una vez para siempre que el partido fascista está más dispuesto a acentuar que a atenuar su táctica intransigente".

¿Para que analizar estas respuestas? Las elecciones, la expatriación de Orlando y las palabras del Vaticano, descubren los distintos matices de la opinión: de una opinión que va de las extremas izquierdas a las extremas derechas. Los procedimientos del Gobierno en Palermo y las palabras de Farinaci, evidencian la posición de las fuerzas que hoy aprisionan el Poder. A esto ha quedado reducida la Italia que salió de la guerra europea siendo con los Estados Unidos, Inglaterra y Francia uno de los cuatro pueblos que daba su luz a Europa. Su cuerpo, disminuído, empeñado, sangrante y convulso es un doloroso, pero claro ejemplo del quebranto que producen ciertas experiencias.

VI

La victoria pírrica del fascismo

La primera característica de las elecciones italianas fué ésta: ser unas elecciones locales, ilimitadamente, confinadamente locales. No han irradiado por encima de las fronteras del territorio como las pasadas de Inglaterra y las de Francia. Son elecciones que han quedado reducidas a Italia, como si Italia fuera un mundo a parte o no estuviera en el mundo.

Después de las elecciones inglesas, en que triunfó el laborismo, toda Europa inició el rumbo hacia la izquierda; este rumbo se pronunció más marcadamente después de las elecciones francesas en que venció el cartel. Las elecciones italianas no han desviado ni un milímetro la dirección de Europa; más o menos fascistas triunfantes, si el fascismo, después de las elecciones, hubiera prevalecido, no habría alterado en lo más mínimo la política continental. Y es que Italia por ese anormal régimen del gobierno, que la audacia de un hombre ha impuesto y la man-

suetud del pueblo ha tolerado, ha dejado de tener la influencia que antes de la guerra tuvo y que elevó con su intervención en la guerra. El fascismo ha rebajado la jerarquía universal de Italia y vive hoy en absoluta irresponsabilidad. Ha pasado de ser el Estado que hacía austeramente lo que debía, a ser el Estado y ya puede hacer alegremente lo que quiera. Antes del fascismo, en Italia tenía valor la categoría; con el fascismo todo tiene en Italia valor de anécdota. Pasar de la anécdota a la categoría, es ascender; pasar de la categoría a la anécdota, es descender. Y en este descenso, en este acentuado descenso se halla, dolorosamente para Italia y para Europa, la Italia ascendente de los risorgimentos.

¿Quién ganó en esas elecciones italianas? En número, el fascismo, Mussolini. En número nada más, y aún en número electoral que no es siempre el número honradamente matemático. Pero el número no expresa siempre un valor político; no significa tampoco el diámetro y la intensidad de una opinión. Lo indudable es que todo lo que quiso establecer o elevar a Mussolini con el fascismo salió quebrantado en estas elecciones en que el fascismo, Mussolini, aparecen cuantitativamente triunfantes. Veámoslo. Fué empeño de Mussolini dignificar en Italia la autoridad, purificar las costumbres y prestigiar a Italia en el exterior. ¿Qué crédito ha

logró para tal empeño Mussolini con su victoria? La autoridad no ha alcanzado, en su dignidad de principio y de eficacia un grado más. Al contrario: la busca del sentido de la autoridad constituye la preocupación de la Europa salida de la guerra. "¿Dónde está la autoridad? ¿Qué característica habrá de tener la autoridad que rija la vida de los pueblos?" En la autocracia no está la autoridad; dejó de estar en ella cuando, una tras otra, fueron cayendo las más sólidas Monarquías europeas. ¿Está en la democracia? Evidentemente. Pero la democracia, para ejercer la autoridad, sólo ha construído un órgano, el Parlamento, y el Parlamento no ha logrado aún la majestuosa dignidad y la suprema eficacia para que pueda magnificarse con el manto de la autoridad soberana. Inglaterra y Francia van a dar este valor al Parlamento, porque la opinión es en el Parlamento la autoridad, lo que lo rodea de máximo prestigio. Mussolini parecía que también lo comprendía al no disolverlo, al convocarlo, al solicitar que fueran dos laboristas a dar fe del desenvolvimiento de las elecciones. El curso de éstas y su resultado prueban que su deseo estaba en una corrupción del régimen parlamentario. ¿Gana en ello el principio y la eficacia de la autoridad? No. Hoy, en la inquietud que vive el mundo, no puede falsearse ningún órgano del Poder. Puede suprimirse el que se crea estéril, como han hecho los soviets con el Parlamento, su-

poniendo que la autoridad radica en otras instituciones; puede arrojarse de su puesto al que se crea nocivo como ha hecho Alemania con el Káiser; lo que no se puede, es mantener soberanos con cetros de caña. Un Parlamento desprestigiado,—y lo es el que salió, más que de las urnas italianas de la simulación tejida en torno de las urnas—no desprestigia el sistema parlamentario, sino que desprestigia el tono que la autoridad debe tener y la obra que la autoridad debe realizar. Y es en estas horas en que la crisis de los Estados y la angustia de las naciones reclaman la institución que encarne la autoridad, un quebranto grande para el principio y la eficacia de la autoridad, edificar autoridades falsas; autoridades atadas de manos o de manos impotentes, rodeadas del desprecio o del desvío de la multitud; de una multitud que se sentirá también atada de manos o con manos impotentes, al encontrarse sin una autoridad representativa.

¿Purificación de las costumbres? Esto se proponía Mussolini al enfrentarse con los contadini, que se apropiaban las tierras, y con los comunistas, que se adueñaban de las fábricas, creyendo que estos actos eran de desenfreno, y lo eran únicamente porque no pudo sostenerse después de ellos, por quienes lo realizaron, un nuevo régimen económico y una distinta ordenación social. Las elecciones han probado hasta qué punto el desenfreno se ha inten-

sificado. Muertos, golpes, asaltos a centros, destrucción de imprentas, falseamiento de documentos; todo lo han creído lícito los fascistas y a todo se han lanzado. Ni los contadini, ni los comunistas, en sus fugaces y estériles y tal vez contraproducentes momentos de poderío, llegaron a tanto. ¿Que ello le ha dado a Mussolini un triunfo electoral? En España se tiene buena experiencia del pago que, con el tiempo, logran estos triunfos obtenidos por tales procedimientos. Más que el Gobierno que cada pueblo merece, tiene cada Gobierno al pueblo que hace; y este pueblo que bajo su gobierno personal está haciendo Mussolini sabrá responder algún día. Y, sobre todo, sabrá responder Italia, que en la hora en que fríamente piense sobre su presente y sobre su porvenir advertirá que el mayor daño se lo han inferido quienes, cultivando la violencia desmandada, han alcanzado al final la insensibilidad ciudadana y el desprecio a las leyes, el desarraigo del sentido de la justicia y la insolidaridad de los hombres. ¿Será esta una consecuencia de una purificación o de una corrupción de costumbres? No es recomendable ningún ambiente social propicio a una conducta como la que en Italia se ha seguido ahora; lo es menos que en otro ambiente en el de Italia, minado ya de tiempo por vicios que si algún trato exigían era, sobre todo, el de un claro ejemplo de rectitud en las alturas. ¡Qué diferencia entre el desenvolvimiento de estas

elecciones italianas y el de las elecciones inglesas, transcurrido con el mayor respecto para todas las ideas y todos los hombres, coronado por el triunfo de los adversarios al Gobierno y por la cesión de éste, ante el juicio público de la opinión, del puesto que ocupaba! ¡Qué distancia de la preparación de estas elecciones italianas, con estacas, revólveres, y hachas incendiarias, y la preparación de las elecciones francesas, en que la máxima pasión se detiene ante el respeto que merece la vida de los hombres y el íntimo afán de triunfar no cae nunca en el uso de medios de triunfo reprobables! Inglaterra y Francia, con la apelación al pueblo y al respeto a la voluntad del pueblo, hacen a éste apto para elegir Gobiernos y para ser gobernado por los Gobiernos que elija. Italia, con Mussolini, está haciendo un pueblo a quien no llegará a preocupar el elegir Gobiernos, y que por este hecho acabará siendo, como otros pueblos mal aventurados, un pueblo ingobernable.

¿El prestigio de Italia en el exterior? Baste decir que si esas elecciones fueron locales, confinadamente locales—al revés de las de Inglaterra y Francia, que son universales—, después de estas elecciones serán más locales, más confinadamente locales, todos los actos del Gobierno italiano. Y es que ser universal exige el acomodo disciplinado a normas universales, y no son normas universales la autocracia dictatorial, ni el Parla-

mento falseado, ni los atentados a las personas, ni la simulación de los sufragios. Brevemente han hablado de estas elecciones los periódicos de fuera de Italia, y las pocas líneas se han dedicado más aún a la reseña de los incidentes que al comentario de los resultados. Otro intento de elecciones y otra victoria electoral como la de Mussolini, y no hablan de ello ni los periódicos italianos.

VII

Del Parlamento a la Burocracia

Con motivo del aniversario de la muerte del diputado fascista Armando Cassalini, los periódicos italianos han publicado las epístolas cruzadas entre Mussolini y Farinaci. En ellas se canta al fascismo, se intenta definirlo, se habla de sus glorias pretéritas y de su dilatado porvenir. "Somos fuertes—escribe épicamente Farinaci—; nunca lo fuimos tanto. Contamos con 9.000 secciones, que suman 700.000 inscritos; las secciones femeninas son 590, con 25.000 afiliadas; 70.000 jóvenes forman 18 legiones; 16 vanguardias constituyen 90.000 entusiastas resueltos a todo. El fascismo domina 317 Ayuntamientos, 68 gobiernos provinciales y una Asociación ferroviaria de 80.000 obreros. Toda esta fuerza—le dice el ras de Cremona a Mussolini—está a vuestras órdenes, dispuesta a obedeceros sin discusión, en la vida y en la muerte. Tenemos, pues, un poderoso ejército, que podéis movilizar en la forma que creáis conveniente para conseguir nuestro tan

deseado objetivo: el Estado fascista". ¿Se ha hecho nunca a ningún jefe político italiano un ofrecimiento tan rotundo?

Pero con esta cantidad voluminosa de secciones y de afiliados, un hecho sorprende a quien sigue de cerca los fenómenos de la política italiana. Es éste: que un día dimite el ministro de la Guerra del Gobierno fascista, y Mussolini no lo sustituye con otro personaje sobresaliente, sino que se queda él la Cartera; que otro día es el ministro de Marina quien se va, y se repite el hecho de no ser reemplazado; que otro día es el ministro de Aviación quien deja el cargo, y se ve obligado Mussolini a desempeñar este cuarto Ministerio. ¿Es que en los cientos de secciones y en los miles de afiliados no hay tres hombres con capacidad para desempeñar esos puestos? ¿Es que si tiene capacidad no reúne las otras cualidades que le permitan a Mussolini confiar en ellos y con ellos repartir el abrumador trabajo que sobre él pesa? Ha de advertirse que esta absorción de representaciones se realiza en un momento en que Mussolini, visiblemente enfermo, se ve forzado, con frecuencia desacostumbrada en él, a abandonar Roma para pasar en un sanatorio o en el campo varios días. No es, pues, afán de concertar la dictadura en una sola voluntad para servirla más cumplidamente. Es, entre la multitud fascista, ausencia de cabezas y conductas clasificadas para ejercer una función direc-

triz. ¿Se va a pensar que éstas secciones y estos afiliados son más nominales que efectivos; están más en las listas que en la vida; constituyen más un número de gentes a quienes se ha arrancado la promesa de formar en el fascismo por los procedimientos con que puede imponerse un régimen de fuerza, que militantes convictos, disciplinados y resueltos? No. Vamos a pensar que se han inmolado todos por devoción y no por coacción, y que son todos elementos activos. Pero con ellos dispone Mussolini de elementos para estar en los Ayuntamientos; cuenta con servidores para confiarles las prefecturas provinciales. Los valores acreditados para depositar en ellos las altas y delicadas funciones de gobierno no los ha encontrado Mussolini entre esos miles de hombres de los que Farinaci hace ostentosa y gallarda ofrenda.

No es extraño. En el antiguo régimen, el Parlamento, no sólo servía para hacer las leyes; servia también para destacar, descubrir y preparar al alto personal político. Por abyecto que fuera el cuerpo electoral; por corruptor del sufragio que fuera el Gobierno; por reducido que fuera el número de los elegidos, cuya elección equivalía a una selección, ésta selección representaba el verdadero Parlamento. En esta selección había los fiscales y los legisladores; en ésta selección se producían los nueve estadistas. ¿La parte del Parlamento debida a la pre-

sión del Gobierno y al envilecimiento de las masas incapacitadas para la soberanía? Esta parte de Parlamento no contaba, no cuenta ya en ningún país de régimen representativo. Podía esta parte ser número: no era ni es voz. No es esta parte, fruto de un cuerpo electoral pervertido o adormecido, lo que temía Mussolini y lo que quiso derribar con su marcha sobre Roma. ¿Qué le importaba esta parte de Parlamento, dispuesta a ser esclava de cualquier señor? Era la parte de Parlamento seleccionada, fruto de un cuerpo electoral consciente, la que constituía el verdadero Parlamento, contra la que él se pronunció. Se pronunció contra el Parlamento que producía o preparaba los hombres de Gobierno. Y como no creó otro órgano capacitado para la selección y la capacitación, tiene multitudes, multitudes que a veces le estorban; pero no halla entre ellas las cumbres insignes, las cumbres que ahora le faltan, y cuya falta observa el mundo que sigue con interés el desenvolvimiento del régimen fascista. El régimen fascista, al cabo de los años, sólo tiene rebaño. No es extraño. Guillermo Ferrero, hablando de la preparación del personal político, ha estudiado detenidamente esta anómala y peligrosa situación del Estado italiano: "El nuevo régimen—escribe—ha deshecho el sistema parlamentario. El Parlamento, tal como lo ha constituído el fascismo, no puede servir para preparar al alto

personal político, porque no hace otra cosa sino aprobar sin discusión y por unanimidad las leyes propuestas por el Gobierno. Todas las actividades que podrían, al mismo tiempo, capacitar y revelar, a las personalidades caracterizadas, han sido suprimidas. Y poco a poco, un problema de día en día más grave se plantea ante el nuevo régimen: ¿dónde encontrar ministros? ¿Cómo escogerlos? La organización del partido no puede reemplazar, en esta obra, al Parlamento, porque las cualidades que sirven para brillar entre los correligionarios no son las mismas que se requieren para desempeñar los Ministerios. El nuevo régimen ha hecho un llamamiento a los intelectuales; los ha discernido para las funciones políticas, distinguiendo a quienes, en las funciones políticas, no se habían significado nunca. Pero las negativas han sido tan declaradas y los ofrecimientos han sido tan desdichados, que ha abandonado completamente la idea. Ahora se dirige a los hombres de negocios. Obtendrá idéntico resultado". Obtenga el resultado que obtenga, lo evidente es esto: la necesidad de buscar fuera del fascismo los hombres de gobierno, y la imposibilidad, acentuada de día en día, de encontrarlos.

El siglo XVIII se significa por alcanzar la nación su soberanía. Es la nación la soberana y la que designa los hombres que, en su nombre, han de regir el Estado. La determinación de estos hombres has-

ta esta trasguerra, tan fecunda en enseñanzas, no la ha realizado con más eficacia otro régimen que el régimen parlamentario. País donde el régimen parlamentario ha sido deficiente, la determinación se ha producido con dificultad; país donde el régimen parlamentario ha llegado casi a su perfección, la determinación se ha producido normalmente y con extraordinaria fecundidad. ¿No es una sorpresa que Inglaterra y Francia, como ningún otro pueblo, tenga para cada momento, y para cada problema, y para cada puesto su hombre? Se debe al Parlamento, que los destaca, que los selecciona. ¿No admira que Francia e Inglaterra ensayen y lleven adelante sin trastornos, las más audaces experiencias políticas? Se debe al Parlamento, que cuenta con conductores autorizados. Inglaterra y Francia, por su Parlamento, por tener Parlamento, por ser verdad en esos países el Parlamento, han cruzado la guerra y salido de ella sin ninguna de las convulsiones porque han pasado Alemania, Italia y Rusia; y han llegado a la victoria, no sólo por la pericia y el valor de sus generales, sino por tener, al principio, un Viviani y un Lloyd George, que supieron articular la unidad nacional; por tener, después, un Clemenceau que supo continuar la guerra; por tener, ahora, un Mac Donald y un Herriot que pusieron los cimientos de la paz, y un Caillaux que posiblemente llegará a dar una orden a las finanzas. Sin Parlamento se cae en la

burocracia: en la burocracia infecunda, en la burocracia limitada. Y la burocracia, que es peligrosa cuando tiene el control y la espuela del régimen representativo, es disolvente de los mejores valores de un Estado y de una nación cuando se convierte en soberana e irresponsable. Esa Italia del fascismo, colmada de camisas negras en lo bajo y huérfana de cabezas claras en lo alto, es un doloroso ejemplo de las consecuencias que produce la supresión del Parlamento sin crear inmediatamente un órgano que quiera, pueda y sepa superarlo.

VIII

La cuestión moral del facismo

Fué conocida en su día la sentencia oficial que los Tribunales italianos dieron por el asesinato de Matteoti. Uno de los inculpados, Dumini, convicto y confeso de haber dado muerte al diputado socialista, fué condenado a cinco años de presidio y beneficiado con cuatro años por razón de una amnistía; Volpi y Poverono siguieron la misma suerte de Dumini. Otros inculpados, Viola y Malagria, fueron absueltos. Como muchos de los presos en la primera hora y considerados como autores fueron después encarcelados y muchos de los señalados como inductores del atentado, no han sido requeridos por los jueces, quedó circunscrito el proceso a los cuatro apuntados. Y los cuatro están ya en libertad y glorificados como héroes merecedores del laurel por las camisas negras. "Ya no se hablará más de Matteoti!", ha dicho Mussolini, dignándose dar un tono blando, de burla, a los ángulos y visajes de su máscara cesárea.

¿Por qué no recordar el curso de este suceso de trascendencia histórica? Matteoti era uno de los diputados socialistas más abiertamente opuestos al fasciso. Su figura se destacaba por la tenacidad y la documentación de sus acusaciones. Un día, el 10 de junio de 1924, los fascistas se apoderaron de él en la calle y Matteoti desapareció; hasta que otro día, el 6 de agosto, pasados cerca de dos meses, fué descubierto, descuartizado y desnudo, su cadáver. ¿Ha de evocarse la emoción que se produjo en Italia y en el mundo? Matteoti era hombre joven, de magnífica palabra, de brillantísima posición personal. No era un político de los que atienden solamente a sus conveniencias privadas, ni un ortodoxo obscuro y fanático; era un soñador auroleado por su gesto desprendido y heroico. ¿No se explica que, en torno, sintiera el estímulo y el apoyo de la devoción popular? Inmediatamente se advirtió que era un crimen fascista y que las responsabilidades estaban en las alturas. Mussolini percibió el estado de opinión que de súbito se había producido y prometió con toda solemnidad que se lograría justicia. Fueron depuestos de sus cargos y destituídos los colaboradores más próximos a Mussolini: Bono, jefe de la policía; Alda Fruzi, subsecretario de Estado de Gobernación; Filippelli, inspirador del periódico portavoz del fascismo; Marinelli, tesorero del partido fascista; Cesare Rossi, director de la Oficina de Prensa de la presidencia

del Consejo. No se detuvo aquí Mussolini. Fué en ese momento de abatimiento del fascismo y de incorporación y solidaridad de las oposiciones cuando intentó la "normalización" del régimen garantida por una nueva ley electoral y por unas próximas elecciones. Yo me encontraba durante estos días en París. La muerte de Matteoti era el asunto del día: celebrábanse centenares de mítines para significar la protesta. París que, desde 1918, permanecía insensible a las inquietudes y a las injusticias porque pasaban otros pueblos europeos, vibraba como en sus horas de más delicada sensibilidad. "Europa vuelve a ser tribunal", recuerdo que escribí entonces. ¿Fué prematura la afirmación? Podrá juzgarse por la reacción que se produzca con motivo de la sentencia que acaba de dictarse en Chieti. ¿Chieti? ¿Qué pecado habrá cometido este pueblo italiano que ha sido condenado por Mussolini a llevar el estigma de la personalización de la injusticia?

Volvamos al momento de la muerte de Matteoti. Mussolini, quebrantado, intenta apartar el fascismo del gobierno y apartarse él. Es esa la hora difícil del fascismo; pero es la hora difícil, también, de las oposiciones. ¿Cómo han de conducirse? ¿Han de olvidar y perdonar, colaborando con Mussolini en la pacificación de los espíritus? ¿Han de contribuir de acuerdo con el dictador a la vuelta a la normalidad constitucional? Las oposiciones consideran esta ac-

titud de Mussolini no como un gesto de contricción sino como una expresión de debilidad. Y considerando que existe un problema moral, "el problema moral" que impide toda inteligencia con el *duce*, exponen esta realidad ante el país y marchan con propósitos revolucionarios e intransigentes al Aventino. Creíase que Mussolini no podría resistir esta hostilidad. Y en diciembre de 1924 parecía efectivamente que Mussolini estaba vencido. Pero lo habría estado si las oposiciones hubieran secundado con actos las palabras; si las oposiciones, en vez de esperar que el Poder ascendiera al Aventino, hubieran descendido del Aventino para conquistarlo. La revolución que se anuncia y no se produce, produce, en cambio, la contrarrevolución. Una revolución de la que todos hablan, que todos esperan y que no se realiza por faltar la voz y el gesto dantonianos que la acaudillen, acaba dando todas las posibilidades a la reacción. Este fenómeno que se ha dado en todos los países y en todas las épocas se dió en Italia. Mussolini, no viéndose arrollado, se irguió. Se desdijo de las promesas dadas, Absorbió todos los poderes. Exaltó el "fascismo". Respondió al memorial Rossi haciendo la apología de la fuerza. Nombró a Farinaci secretario general del Partido. Le pareció todo ello poco y asombró al país y al mundo con el anuncio del atentado Zaniboni preparado terroríficamente contra él y que iba a producirse en el momento en

que pronunciaba un discurso. Con la noticia de este atentado quería despertar la indignación del fascismo, soliviantarlo, irritarlo frente a las oposiciones, justificar las medidas de represión y de castigo más excepcionales. Estas medidas culminaron, al final, en la vista del proceso por la muerte de Matteoti en una población apartada y en la libertad y glorificación de los encartados.

¿Qué quiso probar con todo ello el Mussolini que consideraban débil las oposiciones? ¿Qué es fuerte y puede hacer lo que le salga del alma? ¿Que no existía en Italia, por la muerte de Matteoti, problema moral de ninguna clase? Ser fuerte no es tener arbitrio para proceder como se quiera, sino tener disciplina para proceder como se debe. Ser fuerte no es dar prueba estando en el Poder de ser señor de las leyes, sino conservarse dignamente con la máxima autoridad en el Poder, estando en las leyes el señorío. Es una victoria pírrica la triste victoria que alcanzó Mussolini. Hoy es más débil que nunca, porque hoy más que nunca existe el problema moral: problema moral que plantean los derechos de la justicia inmanente, y que no existe entre las oposiciones italianas y el fascismo, sino entre Europa y un régimen en el que sea posible la muerte de Matteoti y la impunidad de los matadores.

IX

Matteoti y Casalini

De nadie ha recibido tanto bien Mussolini en su vida como de ese degenerado Corvi, que le ha puesto en sus manos, como bandera de contraataque, de contraofensiva, el cadáver de Cassalini. Este asesinato le libra a Mussolini del peso de otro asesinato: el de Mateotti. Le pone en condiciones de desentenderse de hacer la justicia que le pedían. Le redime del apremio de los socialistas. Le salva del ambiente densamente hostil de la calle. Le vuelve a su lenguaje violento. Le acerca a Farinaci, el ultrafascista, predicador incansable de la "seconda ondata". Le emplaza al frente, otra vez, de aquellos extremistas del Sindicato de Roma enronquecían frente a la Presidencia del Consejo de Ministros, gritando: "Mussolini, desátanos las manos". Le fortalece, en fin, en su puesto de dictador.

Claro que del atentado contra Cassalini al atentado contra Matteoti va la diferencia de un mundo de intenciones y de realidades. A Cassalini lo mata un

hombre aislado, sin solidaridad con ningún grupo político, sin responder a ningún acuerdo colectivo ni a ningún designio oculto: Corvi, lo mismo pudo matar a Cassalini que a Turatti. No es lo mismo la muerte de Matteoti. Quienes mataron a Matteoti iban a matarle a él y a nadie más que a él. Y le iban a matar por las campañas que contra el fascismo había hecho y prometía hacer. Por el discurso de oposición que la víspera pronunció en el Parlamento, y por el discurso sobre concomitancias de miembros del Gobierno con casas de juego y casas de banca que iba a pronunciar al día siguiente del atentado que le arrancó la palabra para siempre. Quienes mataron a Matteoti estaban unidos al fascismo, respondían a sus mandatos, se sujetaban a su disciplina, constituían la banda del Viminal, y fueron autores directos o cómplices Aldo Truzi, subsecretario del Interior y comisario de la Aeronáutica; el general Bono, jefe de policía y generalísimo de las camisas negras; César Rossi, encargado del servicio de Prensa en la Presidencia del Consejo: Fillipelli, director del *Corriere italiano,* periódico de Roma que, teniendo el tiraje de un sapo, le permitía a Fillipelli tener cinco automóviles; Naldi, Domini, Volpi, Putati, figuras presidenciales enaltecidas y elevadas a primera fila por su intervención heroica en las razzias que antes y después de la marcha sobre Roma, constituyeron la característica simbólica del fascismo. Va un mundo

de intenciones y de realidades de un crimen a otro. En el cuerpo exánime de Cassalini se liquida una venganza, o un odio, o un agravio, o se satisface únicamente un bajo impulso criminal. En el cuerpo descuartizado, desmembrado, destripado, acribillado, acuchillado de Matteoti se perseguía una idea y a un hombre; una idea que encarnaba en un hombre, y un hombre que defendía una idea. Cassalini no puede aparejarse como muerto político a ningún otro muerto insigne, de emoción histórica; Matteoti, en el martirio, alcanza las cimas del dolor y honor que por su muerte y por su vida lograron Juárez, Liebnecht, Kurt Eisner, Layret. A Cassalini le mata un hombre cualquiera, indefenso, que no dispone de poder alguno. A Matteoti le mata una organización que, no sólo dispone del Poder, sino que es, en aquel momento, la voluntad activa del Poder. Sin la muerte de Matteoti, Cassalini no habría tenido trascendencia alguna; la de Matteoti la tuvo sin haber acontecido la de Cassalini. ¿No podrían extenderse hasta el infinito, distanciándose cada vez más, estas líneas divergentes?

Pero con todas estas reflexiones, el hecho indiscutible es éste: que el cadáver de Cassalini le ha quitado a Mussolini de delante, siquiera sea de momento, el cadáver de Matteoti. Indudablemente que el cadáver de Matteoti reaparecerá y, pasada la emoción que el nuevo crimen ha producido, quedará cada

hecho luminosamente demostrado y cada responsabilidad claramente definida; y que se advertirá que si un atentado es reprobable, lo cometa un hombre o un partido, es imperdonable cuando lo comete un Estado. Pero, de momento, Mussolini quedó en pie. Y es que la hora histórica es de una delicadeza extremada. Hay entre las bandas extremistas y violentas de una zona y de otra, de derecha y de izquierda, una inmensa corriente de opinión que desea evolucionar acomodando las instituciones y las leyes a las exigencias ideales y a las necesidades apremiantes de esa hora. No es de antiguo esta corriente de opinión: es actual. Lo antiguo y lo fuerte han sido las bandas extremistas; estas bandas extremistas que en un momento, unas, creyeron hacer la revolución, y otras, creyeron hacer la contrarrevolución; y pudieron hacer la revolución si los extremistas que la predicaban hubieran advertido que la revolución no era sólo violencia, sino elementos para edificar un orden nuevo; como pudieron hacer la contrarrevolución si los extremistas que la acaudillaban hubieran sabido que la contrarrevolución no era sólo dictadura, sino elementos para sostener y dignificar el orden viejo. La ineficacia de los dos intentos habría producido, en una hora histórica sin exigencias, una intensa y extensa depresión espiritual; en una hora como la que vivimos, ha producido esta corriente de opinión que ha recogido del movimiento revolucionario lo que

tiene de avance, y del contrarrevolucionario, lo que tiene de freno. Inglaterra y Francia señalan posiblemente como ninguna otra obra política este ritmo. Pero quedan en pie, a un lado y a otro, las dos bandas: la una, impulsando; la otra, conteniendo. Ante las multitudes simplistas, que son aún las que ocupan las nueve décimas partes del mundo, la táctica de estas bandas se caracteriza por sus desenfrenos; por su actuación por encima de la ley; por sus procedimientos cruentos. Y ésta es la característica psicológica: un atentado como el de Matteoti emociona, irrita la sensibilidad, agudiza el dolor de los que consideran sagrada la vida del hombre; pero no aumenta el volumen revolucionario de la corriente de opinión que corre entre las dos bandas extremas. Un atentado, en cambio, como el de Cassalini despertará los mismos sentimientos; pero aumentará, además el volumen contrarrevolucionario. Y es que, no sólo la violencia es más patrimonio de las derechas que de las izquierdas, sino que el miedo, que es uno de los más eficaces acicates de las multitudes, obra por reglas extrañas: no lleva a la izquierda, cuando un hombre de la izquierda cae muerto por una organización de derecha o por el Estado; pero lleva a la derecha cuando, por cualquier motivo o por cualquier encono, cae al suelo muerto un hombre de derecha. ¿Es que es aún más fuerte la contrarrevolución que la revolución? ¿Es que la violencia,

que puede abrir caminos nuevos, amedrenta más que la violencia que los cierra o que empuja hacia los caminos viejos? ¿Es que la violencia que defiende un régimen asusta menos que la violencia que quiere imponer otro régimen? Sean cuales sean las causas íntimas, los efectos son éstos. Efectos que son tal vez aquellas razones del corazón de que hablaba el filósofo: razones del corazón, que la razón no se explica.

En estas razones cordiales tan decisivas habrían de pensar en esta ocasión como en ninguna otra los partidarios de la violencia. Un acto de violencia puede malograr a veces mil posibilidades; éstas posibilidades que va edificando, rectificando y fecundando la Historia, cuando hay espíritus de visión y audacia políticas para aprovecharlas. El ejemplo de ese loco de Corvi es aleccionador como ningún otro. ¿Qué se proponía? ¿Quitar un amigo a Mussolini y un enemigo a las oposiciones? Lo ha hecho. Pero a Mussolini, con ese amigo, que no sumaba ni restaba, le ha quitado una legión de enemigos que no le dejaban vivir; y a las oposiciones, con ese enemigo, que no era lengua ni manos contra ellas, les ha quitado una avalancha de amigos que las empujaban. Más claro: a Mussolini le ha quitado delante el cadáver de Matteoti, y a las oposiciones les ha puesto delante el cadáver de Cassalini. Más claro aún: a Mussolini, que estaba derribado, lo ha puesto en pie, y a

las oposiciones, que estaban en pie, las ha derribado. ¿Es tal realidad la que se proponía? No es éste el primer caso en que los violentos logran, desconocedores del espíritu de su tiempo, todo lo contrario de lo que intentaban. No es el primero ni el único. Lo que sería de desear es que la lección valiera para que fuese el último.

X

Un atentado contra Mussolini.

¿El atentado contra Mussolini? Se ha razonado documentalmente la suposición de que ha sido un complot urdido por el gobierno para justificar y extremar la represión. No sorprenderá el hecho. Por una parte, porque Mussolini acuciado por los extremistas de su partido y llevado de sus propios ímpetus, se siente dispuesto a librarse el camino de adversarios. Es su táctica de hace algún tiempo. Mussolini, que, después del asesinato de Matteoti, daba la sensación de querer encauzar Italia por un régimen de normalidad jurídica, ha desistido de este propósito saludable llevando las violencias a límites de anuncio o de realidad insuperables. En sus profecías, como tantas otras veces, ha errado Cambó. Cambó, en su libro *En torno del fascismo*, profetizaba la evolución de Mussolini, pasando de la dictadura fuerte a la suave; de la absorción de poderes a la colaboración; de la colaboración a la vida parlamentaria.

Ha sido todo lo contrario. De la dictadura fuerte ha descendido a la desenfrenada para decir en voz alta: "en Italia sólo hay el Estado y en el Estado sólo hay el fascismo", y para emplear a derecha e izquierda el procedimiento de la mano fuerte. Un día son Orlando y Amendola, obligados a huir; otro día son las logias masónicas y los centros socialistas, forzados a claudicar; otro día son los periódicos de oposición, condenados a desaparecer; otro día, en fin, son hasta los políticos refugiados en el extranjero, que se ven amenazados de ser desposeídos de sus bienes y exonerados de todos sus derechos si en el exilio abren solamente la boca para ocuparse en bien o en mal de su país.

Por otra parte, Mussolini no sería el primer hombre representativo de un régimen de fuerza que acudiera a la simulación de un atentado para extremar las medidas de excepción. En la Rusia zarista, cuando cualquiera de los duques o príncipes que hoy venden cerillas y limpian botas—incapaces de realizar actividades más altas—en el barrio de Pera de Constantinopla, y que entonces rodeaban al emperador constituyendo su camarilla o su gobierno, necesitaba hacer una buena redada para la cárcel o para Siberia, valíase de la organización policíaca, adecuada para ello, y tramaba un complot; la noticia del complot, que se divulgaba dándole la mayor resonancia, era seguida de una explicable y violenta repre-

sión. En otros países de historia presente semejante a la Historia pasada de Rusia y posiblemente de historia futura semejante a la historia presente de Rusia, se conocen complots que han querido destacarse con tonos de espeluznante dramatismo y cuya finalidad íntima no ha sido otra que poder poner desembarazadamente entre rejas o hundir bajo tierra a hombres y organizaciones que estorbaban. Hoy mismo, en Cuba, de donde llega por distintos conductos el clamor que debería ser recogido por las "Ligas de los Derechos del Hombre", se ha dado publicidad a un plan macabro de eliminación de altos personajes políticos: todo ello ha ido seguido de la deportación de varias docenas de obreros caracterizados por su empeño de dar al proletariado de aquella Antilla, hasta hoy totalmente desarticulado, una organización moderna, conforme no con las tendencias extremas de la Tercera Internacional, sino con las normas conservadoras del obrerismo norteamericano que hasta su muerte acaudilló Gompers. Algún día habrá de emprenderse con serenidad y con autoridad un estudio de los movimientos terroristas, descubriendo el móvil de muchos atentados, de los brazos que los cometieron y de las personas que tras cortina, los alentaban, los dirigían y los pagaban. Este estudio nos descubriría que se fraguó en circunstancias una época de terror para aterrorizar a los fácilmente aterroriza-

bles, con un propósito: con el de poder subvertir las instituciones liberales y emplear desde el Poder procedimientos de fuerza que sin el terror pasado y el peligro de un terror futuro, no tendrían el apoyo de nadie. No sería en Italia ni ahora, donde los contrarrevolucionarios han simulado por primera vez una revolución violenta con el fin de traer y consolidar una contrarrevolución.

Pero en este caso del complot, advertido a tiempo, contra Mussolini, queremos desprendernos de todas las suposiciones maliciosas y aceptar la versión oficial de los hechos. Sí. Queremos creer que el diputado Zanibonni tenía en su habitación del Hotel Ristori un fusil de precisión que se dispararía contra el dictador cuando éste apareciera en el balcón del Palacio Chigi; queremos dar por inconcuso que el general Capello era quien recibía, administraba y distribuía el dinero que había de servir para que triunfara el intenso y desbordante movimiento político que se produciría después del atentado. Queremos creer en esta realidad para señalar dos advertencias en ella. Primera: el pánico que en los pueblos que han supuesto verídico el complot, ha causado la posible desaparición de Mussolini "Sin Mussolini, han dicho, no hay fascismo". Y es verdad. El fascismo es Mussolini: Mussolini es todo el Poder público de Italia. Caído dramáticamente Mussolini, la guerra civil en Italia, país encendido ahora

por los dos lados, llegaría a límites de violencia insospechada. Mussolini ha querido ser "el uno", el "sólo". Y ser el "uno", el "sólo", representa un peligro para la vida de los Estados modernos, que no pueden hacer que dependa su economía, la aplicación de la justicia, la interpretación de las leyes, la relación internacional, de la voluntad de un hombre; y que, mucho menos, pueden aceptar que la normal rotación de Poderes, subida de unos hombres con unas ideas y descenso de otros hombres con ideas opuestas, sea sustituída por una lucha encarnizada. Sólo un vesánico o un ególatra puede unir la suerte de un pueblo a la existencia de un hombre; los destinos históricos de un Estado a la mezquindad en tiempo de duración y en posibles accidentes de una vida humana. Este peligro real o fantástico que ha corrido Mussolini ha advertido, incluso a quienes tienen fe ciega en él, en la situación angustiosa que se ha creado Italia por haber dado Italia a un dictador.

Segunda advertencia que se descubre. La existencia del complot: la calidad de las personas que intervienen en él. No son sindicalistas exaltados pertenecientes a los grupos de acción; no son comunistas de los apuntados por su apelación constante a la violencia; no son bandas de hombres anónimos o de individuos buscados en la hez social y designados para disparar sus armas contra el pecho que se les indi-

que. No. Es Zanibonni, personaje de calificada jerarquía, perteneciente a un partido, el socialista unitario, que colaboró antes del fascismo con la monarquía y que se ha distinguido en el socialismo europeo, por el sentido conservador de su doctrina y la moderación de su táctica; es Capello, una alta figura del ejército, militar de insigne graduación, glorificado por su conducta en la guerra pasada; es, según las referencias de los jefes fascistas, otro general, Peppino Garibaldi, cuyo apellido constituye una ejecutoria. ¿Para qué más nombres? Ellos revelan a qué alturas ha llegado la ola de oposición al fascismo y descubren en qué espíritus ha prendido la protesta y el ademán que la protesta ha adoptado. Si en el complot sólo hubieran aparecido elementos extremistas del proletariado, Mussolini podría haber afirmado que él, como dictador, era una contención contra este peligro, que un día exteriorizaba su violencia contra él que personificaba la autoridad y otro día se desencadenaría contra otras personas o instituciones. Interviniendo en el complot las figuras apuntadas, Mussolini enseña a todo el mundo que el peligro es él. Porque cuando en una sociedad se producen hechos como éste que prueban hasta qué puntos se hallan subvertidos los intereses y los ideales, el peligro no está en los elementos de la sociedad que por la fuerza aspira al derecho, sino en la autoridad que por excluir el derecho de la

vida pública ha obligado a apelar a la fuerza aún a los elementos que más le repugnan.

¿Qué rumbo seguirá la nave en que Mussolini ha embarcado a Italia? No se sabe. Lo que sí se teme es que sea una nave que, envuelta ya de tiempo por el temporal, se estrelle catastróficamente. ¿Quién será de la catástrofe el responsable? Castelar afirmaba: "que no pueden ni deben levantarse instituciones que no resistan el oleaje de las ideas". El fascismo es una de estas instituciones teratológicas. No puede con el oleaje de las ideas, Menos podrá con el de aquellas pasiones que nacen y se desencadenan tumultuosamente, ascendiendo a las cumbres en los ambientes donde las ideas no son permitidas.

XI

Los puños contra Europa

Ha entrado el fascismo en una nueva fase, posiblemente la más dramática de todas. ¿Por qué no hemos de detenernos en seguir la órbita de esta fuerza política que ha entrado en el sistema de la política europea como un astro de ímpetu y luminosidad desconocidos? El fascismo apareció en Italia en un momento en que Italia sentía un incontenible anhelo de autoridad. Periódico tan caracterizado como el *Corriere della Sera* declaró entonces que "lamentando el eclipse momentáneo de las libertades parlamentarias, debía aplaudirse el gesto de Mussolini que había salvado a Italia del peligro socialista". Este juicio del diario del senador Albertini compartíanlo buen número de liberales y de populistas que se disponían a ser colaboradores del fascismo. En este momento inicial, es el fascismo una esperanza para ciertas gentes. Mussolini, sin embargo, se aparta de su órbita. Se siente dictador, césar. Quiere él ser el Estado, como Luis XIV. El asesinato de Matteoti

señala el segundo momento. Mussolini que se había desviado quiere reentrar en el camino. Y reentrar en el camino equivale para él volver al derecho, aceptar la solidaridad con otras fuerzas políticas, evolucionar nuevamente hacia el Estado liberal. Cambó, en su libro sobre el fascismo, escrito en Italia, profetizaba la permanencia de Mussolini en esta actitud y, por consiguiente, la próxima vuelta de Italia a la normalidad constitucional. El actual momento nos advierte la nueva desviación del fascismo y el fracaso de los profetas optimistas.

De todos los momentos, éste es el más grave. Grave por la guerra civil que desencadena en Italia, y por la amenaza constante de guerra que lanza contra Europa. Mussolini, alegando las exigencias desmedidas que después del asesinato de Matteoti formulaban las oposiciones, se desentiende inopinadamente de sus compromisos con ellas y de los métodos de transigencia que pregonaba, y se lanza en brazos de los extremistas fascistas que, por boca de Farinacci, reclamaban métodos de intolerancia y la conversión al fascismo de todos los instrumentos y órganos del Estado. Para responder a esta nueva actitud, encarga a sus nuevos Catones la redacción del nuevo Código constitucional de la Natio fascista; se pronuncia frente a cuantos no acepten el fascio como régimen indiscutible y termina, declarándose él propio, como el soberano, inviolable. ¿El atentado contra Mus

solini? El *Times* duda de su existencia; sospechaban igualmente de su verosimilitud cuantos informadores imparciales han podido exponer su criterio en la Prensa extranjera. Queremos aceptarlo nosotros para advertir el trastorno que el fascismo ha representado en Italia, donde se resuelven a atentar contra la vida del jefe del gobierno, no las bandas armadas de los partidos extremos, sino dos hombres de la categoría de Zanibonni y Capello, diputado de categoría el uno, general de limpia historia militar el otro. El atentado ha servido, sin embargo, a Mussolini para llevar adelante las medidas que anunciaba de tiempo y que no se atrevía a dictar porque no hallaba razón pública que las justificase. La confirmación de estas medidas han tenido lugar en el Parlamento abierto únicamente para representar en él este nuevo acto teatral del fascismo. ¿Qué ha sucedido en el Parlamento? Los diputados del Aventino no acudieron. *Cremona Nuova* anunciaba la víspera de la apertura que si se atrevían a ir, en la plaza de Montecitorio recibirían la prueba de su osadía; el *Popolo d'Italia,* redactado por el hermano de Mussolini, decía textualmente que no debía permitirse a los diputados de la oposición ocupar sus escaños. Tuvieron pecho únicamente para arrostrar estas amenazas dos o tres diputados comunistas. Uno de ellos, intentó contestar a Mussolini cuando éste terminó su discurso. Pero apenas pudo pronunciar una palabra.

Los camisas negras se lanzaron sobre él y lo arrojaron violentamente, no sólo de su puesto sino del edificio del Congreso. ¿Qué más? Para demostrar el fascismo que sus amenazas no son infundadas, el Parlamento sin oposición ha dictado la ley que determina la confiscación de los bienes y la pérdida de la nacionalidad del italiano residenciado en el extranjero que no reconozca el fascismo o que lo discuta. Ha disuelto las entidades del partido socialista, ha clausurado todas las logias masónicas y ha suspendido *El Popolo*, órgano del partido popular católico, dirigido por Don Sturzo; el *Mondo* y el *Resorgimento* han sido secuestrados; el *Avanti*, la *Città*, la *Justicia*, la *Voce Republicana*, han sido prohibidos; la *Stampa*, propiedad de Giolitti y el *Corriere*, portavoz del senador Albertini, han tenido que cambiar de orientación si querían ser respetados. El propio órgano del Vaticano se ha visto obligado a desaparecer antes de que violentamente le exigieran la desaparición. ¿No advierte esta realidad que el problema del cambio político de Italia es ya un problema de fuerza y que frente a las camisas negras armadas contra la libertad habrán de resucitarse las camisas rojas armadas por la libertad? El fascismo que vino para contener ante la burguesía italiana el peligro del socialismo, ha alzado ante esta misma burguesía un peligro mayor que el del socialismo: el del fascismo. El del socialismo podía ser combatido con

ideas: el fascismo no tolera las ideas que lo combatan.

Pero Mussolini no es hoy solamente el caudillo de uno de los bandos en guerra dentro de Italia; es el jefe de gobierno que, en nombre de Italia, amenaza a los países que aceptan en su territorio la crítica del fascismo El discurso de Mussolini en el Parlamento es terminante. "No es a vosotros solos a quien hablo—dice—hablo al mundo entero". Ataca con brío en la palabra y en el ademán "a los grupos políticos del extranjero" que han concebido la idea absurda de establecer una red moral de *fils barbelés* alrededor de la Italia fascista. "Dos millones de hombres a mis órdenes pueden saltar la frontera e imponer silencio." En este momento del discurso, un diputado de los más adictos a Mussolini, el *onorevole* Guiunta, se volvió hacia la tribuna diplomática y con el puño en alto, dijo a Mussolini: "Haced comprender esto a esos señores. ¡No estamos en Adua!" Mussolini, no sólo no rectificó el ademán temerario, sino que lo rubricó con estas palabras finales: "No es una amenaza, pero es una advertencia. Pensad que el siglo XX ha de ser el siglo de la política italiana". La atención que en Inglaterra y en Francia, principalmente, se ha concedido a este acto, señala el peligro que entraña. El fascismo demostró en Corfú las acometividades a que se puede lanzar para resolver un problema exterior. Ello fué ya un indicio. Ha

sido, recientemente, otro, la agresión que las camisas negras realizaron en Génova contra unos Cónsules americanos; lo ha sido hace poco la imposibilidad en determinados consulados franceses de celebrar la fiesta del armisticio por temor a una protesta del fascismo ¿Permite el ambiente internacional tonos de voz y ademanes como los de Mussolini? ¿Está tan libre de electricidad la atmósfera que no hay el riesgo en ella de ninguna explosión? No. Posiblemente nunca como ahora se ha sujetado tanto a la ley los desmanes insolidarios de los pueblos y se ha procurado tanto evitar las contingencias de una nueva guerra. Pero nunca como ahora, todo aún en el aire, puede una actitud audaz y destructora desencadenar tan rápidamente una conflagración.

La órbita del fascismo. Nació para acabar con el socialismo, que era el peligro. Han pasado los años. El socialismo ha ido puliendo sus aristas, aclimatándose, limitándose, adaptándose. ¿Quién considera hoy ya al socialismo como se consideraba en 1923? Hoy el peligro para una Europa de articulación democrática, constituída meramente en unidad de civilización, está más en los gritos descompasados e histéricos de Italia, que en la obra lenta, firme y evolutiva de Rusia. En 1923, Rusia era una incógnita y el fascismo necesitaba ser una norma. En 1925, Rusia es ya la norma y la incógnita ha venido a ser el fascismo.

XII

El facismo, peligroso para la paz

La opinión que fuera de Italia había bien visto el fascismo, ha comenzado a inquietarse cuando ha oído que uno de los propósitos de Mussolini es convertir Italia en un Imperio. Esta inquietud se ha exteriorizado sobre todo en Francia. ¿Un Imperio? Cuando un Estado abriga afanes imperiales es que más que en su política interior piensa en su político exterior; más que en fortalecerse dentro de sus fronteras tiende a extenderse por encima de ellas. No ha de sorprender esta actitud del dictador italiano. Viene exteriorizándola desde tiempo. ¿Quién no recuerda su discurso en el Parlamento hace breves meses anunciando que el siglo XX sería el siglo de la potencialidad italiana, y el ademán significativo de uno de sus correligionarios más adictos amenazando a la tribuna diplomática, colmada de representantes extranjeros, cuando estas palabras retadoras se pronunciaban?

La expansión italiana puede tomar distintas orien-

taciones. Una de ellas hacia la Europa Central. Esta era fácil, inmediatamente después de la guerra. Hoy, va dejando de serlo. La Checoeslovaquia y la Yugoeslavia han adquirido ya fuertes raíces y no es hacedero mermarlas; Austria va estabilizándose; Alemania ha alzado su cabeza, y el pacto de Locarno, la convierte en una aliada de Inglaterra y Francia. Por la Europa Central no es, pues, accesible la expansión italiana; se han cerrado para ello en el espacio de pocos años muchos caminos y muchas posibilidades. ¿Expansión por el Mediterráneo? No es más fácil pero es menos difícil. *El Popolo de Italia,* bien autorizado, es el que apunta al anunciar que, por la asociación de Francia y de Italia podría constituirse un imperio romano que se extendería del Atlántico al Mediterráneo. No es, de todas maneras, la lógica la que inspira los actos de los conductores de pueblos o de los pueblos que como Italia y su conductor actual han perdido la cabeza y se creen llamados a fantásticos destinos históricos. No es tampoco una ponderación de los medios humanos con que se cuentan para realizar los sueños, la medida que tiene en cuenta quien se propone convertir sus sueños en realidad. Es mucho menos todavía el respeto a las normas jurídicas constituídas lo que puede contener sus ímpetus. Nada detuvo a Alemania en 1914. Nada detuvo a la misma Italia cuando, formando parte de la Sociedad de Naciones,

enfiló sus cañones a Corfú y disparó. ¿Se comprende bien la inquietud que, en Francia principalmente, ha suscitado el último gesto del caudillo de las camisas negras?

Lo que no se comprende es que, por un sólo momento, en Francia se haya considerado como un bien el advenimiento del fascismo al Poder. ¿Qué razones alegaban para satisfacerse periódicos tan representativos de una opinión como *Le Temps?* Esta, fundamental: que el fascismo había evitado el bolchevismo. Efectivamente. En Italia, antes de surgir el fascismo, se habían producido huelgas, algunas de ellas de tanta importancia como la del 21 que puso ya en manos de los obreros muchos instrumentos de producción. Pero este hecho no evidenciaba sino una fuerte potencialidad del proletariado que, en Italia, como garantía de su actuación contaba, como en pocos países, con un personal dirigente de gran austeridad y de gran inteligencia, y con una organización bien trabada, como lo evidencia el número de diputados y de Ayuntamientos socialistas y la red de cooperativas que se extendían ya por todo el país. ¿Es que en vez del bolchevismo no habría sido posible en Italia, si la ola proletaria hubiera ido en aumento, una intervención de los socialistas en el Poder como la de los laboristas en Inglaterra? El respeto que en todas las clases sociales inspiraba entonces la casa de

Saboya y el carácter personal del rey inducen a pensar que sí; no era, por otra parte, la puerta del Quirinal nueva para los jefes socialistas; alguno de ellos la había ya transpuesto sin que por ello se le considerase claudicante. ¿El bolchevismo? Pudo producirse, como en otros países. Pero el remedio no estaba en el fascismo que agravaba el problema de la existencia de una fuerza revolucionaria con la de una fuerza contrarrevolucionaria. El bolchevismo se cortaba con leyes sociales nuevas; con actuación clara y honesta del Parlamento; con reformas económicas que cortaran las irritantes desigualdades que en impuestos, en distribución y función de la propiedad, existían en Italia. ¿Con el fascismo? Con el fascismo, se lograría de momento, encadenar, insolidarizar, desviar, acorralar y amedrentar todas las fuerzas que podían llevar a un cambio o una revolución del régimen. ¿Pero y después? ¿Después de un período de dictadura; de permitir a los de arriba que saltaran la ley y no tolerara los de abajo que se acogieran a ella; de establecer privilegios y realizar injusticias; de privar de la libertad a todos; después de un período teratológico así, ¿no existe un peligro mayor que el que el bolchevismo pudiera significar? No se sabe dónde iba Italia en 1921; tal vez a un socialismo conservador, tal vez a un socialismo radical. Lo que sí se sabe es que hoy va a un régimen cimentado sobre radicalismos ilimitados. Un régi-

men del que no se salvará ninguna de las instituciones que tácita o expresamente han convivido con el fascismo. Esta impresión comienza a tenerla ya, incluso los elementos que en el extranjero fueron en un principio los apoyos del fascismo. Y es que no de ahora, ni de Italia, sino de siempre y de todos los países, un gobierno de fuerza ha sido muy bueno para empezar, muy malo para acabar y ha venido, sin excepción de tiempo ni lugar, a hundir lo mismo que quiso poner en pie.

Una Italia con Giolitti y Nitti era una buena colaboradora en la obra de unificación espiritual de Europa. Su colaboración habría sido de mayor eficacia con una Italia regida por Turatti, el caudillo socialista de más alta jerarquía. Con el fascismo, Italia ha dejado ya de colaborar, privando a Europa de uno de sus más egregios factores constitutivos. Con el imperio italiano, no sólo deja de colaborar, sino que es ya un elemento de honda perturbación económica, social y política. ¿Habría logrado Italia constituir este peligro si la Sociedad de Naciones se hubiera creído en el deber de influir sobre la vida jurídica de cada país, y si naciones como Inglaterra y Francia, más Francia que Inglaterra, se hubieran considerado obligadas a intervenir en aquellos países donde se había planteado un problema de libertad? Si en vez de tomar en broma la aparición de

Mussolini sobre Italia, se hubiera tomado en serio la situación de Italia bajo Mussolini, el fascismo no habría llegado a ser lo que es hoy: uno de los obstáculos mayores para reconquistar la unidad moral y el prestigio histórico de Europa.

XIII

Mussolini, Trotsky y Itamirano

En el espacio de breves días se produjeron en las más diversas zonas del mundo y en las personas de los nombres de características más opuestas, tres hechos que tienen, en sus raíces, una clara y firme equivalencia. Uno de ellos, es el discurso de Mussolini en Montecitorio; el segundo, es la deposición de Trotsky; el último, es el derrumbamiento del general Altamirano, en Chile. Un hecho, acontece en Rusia, en esta Rusia que, más que el oriente de Europa, es el occidente de Asia; otro hecho, se dá en la entraña de la Europa latina; el postrero, tiene por teatro las tierras americanas. El de Rusia, lo encarna un dictador rojo; el de Italia, un dictador blanco; el de América, un dictador incoloro. No pueden estar más distantes las escenas, ni pueden ser más distintos los protagonistas: el drama, sin embargo, es el mismo.

¿El discurso de Mussolini? Cualquiera diría que

es un discurso todo él contra las oposiciones del Aventino. Nada de esto. De Mussolini se habían apartado los antiguos combatientes que fueron los elementos que dieron mayor impulso al fascismo; estaban contra Mussolini los extremistas, partidarios de la violencia intransigente o de la intransigencia violenta, que reconocen por caudillo a Farinacci, el ras de Cremona; frente a Mussolini se habían significado Rossi, con su documento formidablemente acusatorio; alejados de Mussolini estaban los hombres de relieve intelectual, que al principio se habían acercado a él... El discurso de Mussolini, retador, agresivo, no iba dirigido a las oposiciones que recibían estoicamente la amenaza, sino a los extremistas de Farinacci, que se le escapaban de las filas. Las promesas de permanecer en el Gobierno; de no ir a las elecciones; las repetidas declaraciones de considerarse fuerte y poderoso, lanzadas como un desafío a las huestes adversas, no iban, en esencia, hacia ellas, sino hacia las huestes amigas, de día en día más indisciplinadas, más deprimidas, más caídas; perdiendo de momento en momento la fe que tuvieron; la fe que no puede retenerse en el alma cuando del alma se va, y que no puede alumbrarse nuevamente en el alma cuando el alma se ha apagado del todo. El discurso de Mussolini no era para sus enemigos, sino para los amigos, que hoy le pesan a él más que sus enemigos peores. Acaba con Mussolini

el empuje constante, tenaz, articulado de sus adversarios; pero acaba con él más rápidamente la desbandada y la crítica airada de sus adeptos. Sus adeptos son el lobo que ha de tener por la oreja. *Lupum se auri bus tenere.* Si suelta al lobo, el lobo se arroja sobre él y lo devora. Llegará, sin embargo, un momento en que Mussolini no tendrá fuerzas para sujetar al lobo, y el lobo le devorará. El mismo lobo que él desencadenó, poniéndolo en marcha triunfal por las históricas y sagradas avenidas romanas.

¿La deposición de Trotsky? No es Koltchak ni Wrangel quienes le han derribado. No es una conjura de las potencias que en el Universo respetan y aceptan aún el poder del capitalismo lo que le ha minado la autoridad. No es un nuevo bloqueo del occidente europeo. No es la solidaridad de los ejércitos de una moderna santa alianza que pudiera haberse articulado contra Rusia. No es una contrarrevolución promovida por los partidarios del Zar, deseosos de restaurar el viejo régimen, o por los partidarios de Kerensky, anhelantes de convertir el socialismo en un régimen de principios y procedimientos democráticos. Nada de lo que podría ser para explicarse lógicamente la caída de Trotsky ha sido. Trotsky ha sido depuesto por los suyos. (Es de justicia, en un paréntesis obligado, aplaudir los progresos de la vida política en el antiguo imperio moscovita, que

ofrece el espectáculo, a la muerte de Lenín, de ser sustituído éste sin ningún trastorno violento producido por los que pudieron creerse con derecho a la sucesión, y que ahora puede deponer a Trotsky, dictador máximo y jefe del Ejército rojo, sin que la deposición haya de realizarse por las armas, sino bastando para ello el acuerdo sereno y severo de una Asamblea.) ¿Es que Trotsky aspiraba a simular las glorias de Napoleón? ¿Es que intentaba alzarse contra los postulados del leninismo? ¿Es que entraba en sus propósitos quebrantar la disciplina del comunismo y orientar el régimen de los soviets por un rumbo distinto al que hoy sigue? No importan los motivos. Lo que importa es consignar que Trotsky abandona el insigne puesto que ocupó porque sus adictos, alzados contra él, le fuerzan a tal decisión.

¿El derrumbamiento del general Altamirano? Los parlamentarios chilenos determinaron un buen día asignarse una buena remuneración. Tomaron tal acuerdo de manera sigilosa y subrepticia y en hora en que el presupuesto del Estado se saldaba con déficit y en que los funcionarios del Estado no recibían puntualmente sus soldadas. ¿Estaba la política de Chile en manos de hombres venales, de hombres incompetentes? ¿Se desenvolvía la política de Chile sin ambiente público, y ello hacía que fueran fáciles los comentarios comineros adversos a los políticos,

y que éstos, por su parte, sin control de opinión y sin responsabilidad ante una opinión que no existía, no anduvieran siempre en línea recta? ¿Es el pueblo de Chile un pueblo a quien le place, más que ser gran actor en una historia de gran horizonte, ser espectador de deleznables episodios históricos? Lo que sea. Lo evidente es que la resolución crematística de los diputados dió motivo al golpe de Estado. El presidente Alessandri, embarcó para Europa. El general Altamirano se encargó del Poder. No es fácil desde aquí seguir y comentar las incidencias de la política chilena—que este nuevo régimen equivalía también a una forma política—. ¿Es que el general Altamirano ha defraudado las esperanzas que se fundaron en él? ¿Es que no le ha sido posible al general suplir con su mucha voluntad su poca inteligencia? ¿Es que han despertado más ambiciones? ¿Es que se ha sentido el afán de un nuevo espectáculo? Habría de vivirse en Chile para ir dando respuesta a estas interrogantes. Lo indudable es que si la vieja política, simbolizada en el presidente Alessandri, no fué derribada por un movimiento de opinión popular, el general Altamirano no ha sido derribado por el empuje de la opinión tampoco. Un grupo de oficiales jóvenes es el que ha tomado con el general Altamirano la misma resolución que el general Altamirano tomó con el Presidente Alessandri.

¿No se percibe, emplazado en distintas escenas y encarnados en distintos héroes, el mismo drama? Es el drama que ya anunciaran las Sagradas Escrituras a los hombres, cuando les dijeron: "Los martillos que destruirán el templo, se forjarán dentro del templo mismo".

XIV

¿Qué has hecho de Italia?

En la vida de todo hombre político se perfilan con magnífica claridad tres frases: cuando, el político es una esperanza; cuando, en la cumbre del Poder, es una realidad, y cuando, en el Poder o ausente de él, es ya un desencanto. En esta tercera fase, el período más abrumador para el político es aquel en que cuantos le rodean sólo se preocupan de analizar lo que el político hizo. Es la prueba de que se piensa que ya nada puede hacer, y que lo que haga será sin la opinión y forzando o torciendo el curso de la Historia. Mussolini ha entrado en esta tercera fase y en el período más grave de ella. No son sólo sus adversarios, en mayor número cada día, sino aun sus adictos, cada día en número más disminuido, quienes vuelven los ojos al pasado para presentarle un balance de su obra y preguntarle: "¿Qué has hecho de Italia?"

Difícilmente, nadie podrá contestar a esta pregun-

ta. Ni el propio Mussolini. ¡Qué sabe él lo que ha hecho de Italia! ¡Qué sabe él qué caminos ha abierto y qué caminos ha cerrado! ¡Qué afanes ha muerto y qué pasiones ha resucitado! ¡Qué energías ha estrangulado y a qué audacias ha dado vida y campo libre! ¡Qué sabe él lo que ha hecho de la Italia que era y de la Italia que podía ser! Lo indudable es que ha separado a Italia de la unidad política europea, y que ha convertido el ritmo político italiano en una guerra civil. ¿Que no se respetaba a los ex-combatientes? Menos los respeta él ahora. Pero aunque él los hubiera respetado, el imponer este respeto a la colectividad no justificaba una dictadura. ¿Que peligraban las instituciones del Estado histórico? Peligraban en Italia como en todos los países donde el Estado histórico, evolucionando la sociedad, persiste ciegamente sobre sus primitivas bases; peligraban en Italia, como en todos los países donde se sintió la sacudida de la guerra europea. Pero ahora, después de Mussolini, peligran más que peligraban antes de Mussolini. ¿Que había el riesgo de caer en el comunismo? Es riesgo por el que pasan Francia e Inglaterra, y que salvarán, no con el absolutismo, sino democratizando el régimen de la propiedad. Es riesgo que pudo borrarse en las preocupaciones o prevenciones italianas cuando, después de la desconcertada experiencia de Turín, se vió a los propios comunistas batirse en retirada. ¿Que las clases con-

servadoras sentían pavor, y Mussolini sentía anhelos de volar a las alturas, y Mussolini y las clases conservadoras se entendían? Les fué fácil entenderse y triunfar, no encontrando resistencia donde pudo haberla. La marcha sobre Roma, por ejemplo, pudo hacerse sin el obstáculo de un "carabineri" y con las tropas acuarteladas. Posiblemente, el pavor de las clases conservadoras es ahora mayor, y la tragedia de Mussolini, por poco dispuesta que encuentre su responsabilidad personal y su conciencia histórica, está, no en permanecer en las alturas, sino en el medio de descender de ellas.

¿Una dictadura? Lo ha sido la de Lenín, coincidente en el tiempo con la de Mussolini. Pero la de Lenín ha dejado una obra ¿Buena? ¿Mala? Una obra. Ha servido la dictadura de Lenín para cambiar de raíz las instituciones del Estado, para revolucionar el sistema de la propiedad, para cambiar totalmente de rumbo la vida del ruso en su tierra y de Rusia en el mundo. Podrá ensalzarse o vituperarse la obra de Lenín; pero deja una obra; obra que no habría sido posible con la celeridad que se ha producido sin una dictadura. Costa, nuestro Costa, propugnaba una dictadura. ¿Con qué fin? ¿Con el fin de amparar los poderes endebles, de apuntalar las instituciones ruinosas, de satisfacer vanidades personales? No. Con el fin de que un hombre, que reuniera condiciones excepcionales, el cirujano de hierro,

mezcla espiritual de San Francisco de Asis y de Bismarck, pudiera cumplir libre y rápidamente su cometido. ¿Cuál era éste? Reconstituir y europeizar España. Reconstituír, primero, que equivalía a rectificar la articulación que dieron a España los Reyes Católicos; europeizar, después, que era lo mismo que decir que el hombre y la tierra dieran su máximo rendimiento. Costa señalaba todo un programa de gobierno, que comenzaba en el peón caminero y acababa en el jefe del Estado; que llegaba del subsuelo más profundo al cerebro del hombre. La dictadura debía durar el tiempo mínimo para realizar esta obra máxima. ¿Ha sido como la efectiva de Lenín o como la soñada de Costa la dictadura de Mussolini? Italia, después de dos años de dictador, no es más rica, ni es más culta, ni es más fuerte que era. Todo lo contrario. Es más pobre: lo prueba su balanza comercial; es menos culta: lo evidencia la incivilidad de sus luchas políticas; es más débil: lo testimonia el hecho de que ha tenido que constituir junto al ejército del Estado, la milicia fascista y la inseguridad de su porvenir histórico. ¿Ha sido una dictadura para acreditar la posición de Italia en el exterior? Menos aún. Italia, formaba, después de la guerra, con los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, la cuarta potencia. Había ascendido en categoría. Su voz era voz de cuantía; su voto no se contaba como un voto cualquiera, sino que se pesaba como

un voto de calidad. Tenía Italia en la dinámica europea un valor superior al que nunca tuvo. Llegó a adquirir en el orbe latino la egregia jerarquía de ser patria espiritual de muchos hombres. ¿Qué conserva de todo ello? Italia es hoy el fascismo, y el fascismo en Europa es considerado más por su comicidad que por su gravedad. Y la comicidad es la característica más dolorosa con que un Estado puede aparecer en la Historia.

"¿Qué has hecho de Italia?" Esta es la pregunta que se le formulaba a Mussolini desde el Aventino: "¿Qué has hecho de Italia?" Mussolini no puede contestar enseñando una obra interior: ésta no se ve en la Universidad, ni en la Escuela, ni en la Administración de Justicia, ni en el Ejército, ni en la estructura de la economía nacional. Mussolini no puede contestar, mucho menos aún señalando su obra en política exterior. En el interior y en el exterior; el balance de la obra tiene más cifras en contra que en favor de Mussolini. "He impuesto la paz en las contiendas, he restablecido el orden, he garantizado la permanencia de las instituciones del Estado", dirá, posiblemente, Mussolini, justificando en estos hechos sus merecimientos y su derecho a ocupar el Poder. ¿La paz en las contiendas? Ha de dilucidarse si la paz en las contiendas es la quietud, y si la quietud daña o beneficia al desenvolvimiento de un país. La quietud, a veces, es el con-

formismo en el mal, es el embrutecimiento, es la decadencia. ¿Restablecimiento del orden? El orden por la fuerza sólo es, en muchas ocasiones, el más disolvente y corruptor de los desórdenes. ¿La permanencia de las instituciones? Las instituciones sólo tienen derecho a permanecer cuando responden al fin social para que fueron creadas, y obligarlas a permanecer cuando su objeto no puede ya cumplirse, es más un daño que un bien para las instituciones, que han de prevalecer sin el concurso de la opinión, y para la opinión, que ha de sostener instituciones que repugna. Todo esto dando por bueno que los propósitos de Mussolini se hayan cumplido. Porque, ¿creé él, en conciencia, que en Italia la paz, el orden y las instituciones tienen más firmeza que cuando él se apoderó violentamente del Poder para garantirlas? Mussolini no sabe a ciencia cierta qué es lo que ha hecho de Italia. Pero el que puedan preguntárselo evidencia, sin ninguna duda, que lo que ha hecho de Italia no es para Italia ningún bien.

XV

¿En nombre de qué?

En un sugestivo libro titulado *L'Italie fasciste ou l'autre danger,* un escritor francés de nombre, Ludovic Naudeau, estudia el fascismo y la influencia que un régimen político puede ejercer, en definitiva, sobre la estabilidad y solidaridad de Europa. No es este libro superior al de Prezzolini, posiblemente el texto más documentado y profundo sobre Mussolini y su obra; no es superior, tampoco, al reciente de Pierre Dominique, *Les fills de le Louve,* en el que se demuestra, con profusión de hechos y episodios anecdóticos, el ambiente de guerra—imperialismo, expansión, napoleonismo—que se vive en Italia. De todas maneras el libro de Naudeau es prolijo en observaciones y reflexiones sobre uno de los más perturbadores y teratológicos morbos que la guerra ha dejado en el cuerpo empobrecido y ensangrentado de Europa.

Un filósofo italiano—Naudeau escribe su nombre—, le pregunta al autor del libro: "¿En nombre

de qué, de qué gran obra, de qué formidable empresa, se le puede imponer a un pueblo civilizado la disminución de dignidad que nosotros sufrimos? ¿De qué manera justificaría Mussolini ante la razón humana que, más pronto o más tarde, le pedirá cuentas, el régimen de obediencia pasiva a que ha sometido y tiene sometida a la Nación italiana?" Este es el problema. El fascismo ha suprimido el Parlamento; ha borrado todas las libertades: la de la Prensa, la de la reunión, la de expresión del pensamiento. Ha rebajado con ello la dignidad ciudadana; ha humillado la categoría humana. El hombre del siglo XX, soberano, regido por su entendimiento; fruto magnífico de dos revoluciones históricas: la de América y la de Francia; ha sido retrotraído al siervo de edades pretéritas, cosa pasiva más que espíritu activo, medio más que fin. Todo ello, ¿en nombre de qué?, ¿para qué? ¿En nombre de la dinastía reinante en Italia y para salvarla de las embestidas revolucionarias? La dinastía de Saboya era una de las más firmes de Europa: había aceptado la colaboración de los socialistas; no tenía frente a ella una opinión republicana. El rey era popular, liberal. Podía comparársele con el rey de Inglaterra y el de Bélgica. Seguramente habrían llegado los socialistas al Poder en Italia como llegaron los laboristas en Inglaterra, respetando la monarquía. ¿Ha arraigado o ha debilitado este crédito el fascismo? ¿Ha

acercado o ha distanciado la Nación de sus instituciones históricas? Sin ninguna duda: ha producido el fascismo a la monarquía un fuerte quebranto. Existe hoy en Italia una posibilidad de republicanismo desconocida antes del fascismo. Y es que, actualmente, las autocracias sólo tienen un medio de subsistir: siendo democráticas. Por no enterarse de ello, cuando constituyeron en 1800 la Santa Alianza se sostuvieron un período de tiempo: 1870 liquidó la de Francia; la guerra europea ha dado cuenta de casi todas ellas. En Asia y en Africa, la corriente es todavía más impetuosa que en Europa. ¿Se han suspendido los derechos de la ciudadanía en nombre del orden? Orden material, no es orden moral. Orden que necesita de deportaciones, de procesos sumarísimos, de exoneración de la nacionalidad, de imponer por la fuerza el silencio y la quietud no es orden. "Poner orden es el síntoma supremo del gran político—escribe José Ortega Gasset en un magnífico estudio sobre Mussolini—. Poner orden en el buen sentido de la palabra, que excluye como ingredientes policía y bayonetas. Orden no es una presión que desde fuera se ejerce sobre la sociedad, sino un equilibrio que se siente en su interior". Mussolini ha perturbado, pues, el orden porque ha imposibilitado para mucho tiempo el equilibrio interior de Italia. ¿Se han derogado todas las libertades para responder a las conveniencias de la política internacio-

nal o para cumplir en el mundo una obra trascendente? El interés de todo estadista europeo debe ser éste: recrear la paz. Volver a dar la paz a Europa. Posibilitar los Estados Unidos europeos. Mussolini no sólo no es colaborador de esta obra sino que la dificulta. Italia, por otra parte, que en 1918 constituía con Inglaterra, Norteamérica y Francia, la cuarta potencia, llamadas para trazar el nuevo Estatuto que había de regir a Europa y determinar la relación de Europa con el mundo, hoy ha quedado postergada. No se cuenta con ella. Ha perdido su categoría de maestra. ¿Se han suspendido, en definitiva, las prerrogativas de la ciudadanía para atender a los intereses? La lira es una de las monedas depreciadas; la vida es en Italia más cara que en ninguna otra parte; la crisis de muchas industrias—la de tejidos, en comarcas enteras; y la de automóviles—es evidente. Los yanquis, a cuenta de los empréstitos que hace a Italia, se apoderan de sus más saneadas fuentes de ingresos...

¿En nombre de qué, entonces, se ha disminuído la dignidad del hombre? ¿Para imponerle políticos honestos? El memorial depositado por el profesor Salvemini en Londres, relatando todo el proceso Matteoti, evidencia la corrupción escandalosa de las más destacadas figuras del fascismo. ¿Para realizar prestamente las acciones de gobierno? No importa la presteza, sino la justicia y la firmeza en las obras

de gobierno. Y justicia y firmeza sólo puede haber colaborando todos los ciudadanos en ella y consintiendo todos en su realización. Parlamento hay en Francia; y ha resuelto el problema de Marruecos, el de la revalorización del franco, el del presupuesto, el de las relaciones con Alemania, el de la misión a cumplir en la Sociedad de Naciones... Parlamento hay en Inglaterra; y ha convertido un Imperio con Dominios en una Federación de Naciones. Parlamento hay en Alemania: y ha conseguido con él dar autoridad a las nuevas constituciones, enjuiciar a la Reichswehr, dar al marco una formidable solvencia económica, unirse a Francia, entrar en la Sociedad de Naciones. Parlamento hay en Suiza, en los Estados Unidos, en Checoeslovaquia. ¿Qué obra puede haber realizado Mussolini que supere a la de esos pueblos en donde no ha sido necesaria discusión la dignidad del hombre y la jerarquía histórica del Estado para resolver los problemas que la necesidad y las necesarias ilusiones y exigencias ideales de la ciudadanía, de una ciudadanía activa y soberana, les planteaba? Los derechos de los pueblos son depósitos sagrados en los que, sólo para enaltecerlos o purificarlos, puede ponerse la mano. Contrae por ello, una imponderable responsabilidad histórica quien creyéndose César y contando con medios u oportunidades para imponerse momentáneamente, deja estos derechos reducidos a la nada.

XVI

Una nave pilotada por un loco

Se sabía hacia adónde, con su política, iba Poincaré: a revalorizar y estabilizar el franco. Y hacia donde van Briand y Stresseman: a fortalecer la Sociedad de Naciones y garantir la paz. Y hacia dónde iba Calles: a conseguir el prevalecimiento de la Constitución sobre todos los intereses y poderes que le deben estar sometidos. ¿Quién sabe hacia dónde va Mussolini? En un hombre de Estado, lo fundamental es este atributo: claridad en su orientación. Orientación inspirada en principios reiteradamente declarados y mantenida por actos en absoluta congruencia con los principios.

No se sabe hacia dónde va Mussolini. Postula la extensión del fascismo por el mundo en el mismo tono olímpico y agresivo con que Trotsky habla de la revolución universal. Pero Trotsky, lógico con este propósito, se pronuncia contra la Sociedad de Naciones. Mussolini, en cambio, sostiene a Italia dentro de esta institución. Y tan pronto aboga por la

paz, reputándose uno de sus más firmes sostenedores, como, desentendiéndose de todo árbitro, dispone los cañones contra Corfú o las palabras, anuncio de los cañones, contra las potencias europeas que supone adversas a Italia. Guillermo II era una orientación clara: repetía lo de la "pólvora seca", lo del "porvenir de Alemania está en el mar", y, al mismo tiempo, daba a entender sus planes de guerra. Fijos los oídos y los ojos en Guillermo II, Inglaterra y Francia se preparaban para la pugna, que, como estaba anunciada, se produjo. ¿En qué se diferencia el lenguaje de Mussolini del de Guillermo II? En los términos, no; y menos aún en el tono de los términos; y menos todavía en el aire con que los términos se invertían. La diferencia está en el escenario europeo. En la Europa de 1914, con el Zarismo en Rusia, el Kaiserismo en Alemania y la Monarquía en Austria, le fué posible a un autócrata de farándula imponer su voluntad. En la Europa de 1928 no es esto posible. Y si uno de los contados autócratas que en Europa quedan lograra que, por transponer bélicamente la linde de una Nación o por cualquier otro alarde guerrero, la pugna se reprodujese, ella no sería como en 1914—las Naciones alistándose sumisa o entusiastamente a las órdenes de los Estados—: sería Europa entera encendida en guerra civil, uniéndose por encima de todas las fronteras estatales los hombres que comulgaran con emoción en las

mismas ideas. El resultado podría ser éste: iniciar, por ejemplo, la guerra Mussolini y terminar la guerra habiéndose realizado plenamente en ella el ideal de Trotsky. Nadie sabe lo que ya sería de Europa—de esa Europa sagrada y magnífica a la que dieron figura clásica el Renacimiento, independencia espiritual la Reforma y dignidad política la Revolución—nadie sabe lo que ya sería de Europa si en cualquier rincón de ella volviera a disparar un soldado su fusil. Se puede afirmar que este fusil no se disparará en Francia, ni en Alemania, ni en Inglaterra, ni en Checoeslovaquia, ni en Suiza, ni en Bélgica... ¿Puede afirmarse tan sólidamente lo mismo de esta Italia que Mussolini ha querido encadenar a las fantasías o a las exigencias de una minoría política violenta?

Menos claro que en el orden internacional es aún Mussolini en el orden nacional. Se sabe que Poincaré defendía el Parlamento y el sufragio y que los comunistas que gobiernan en Rusia se pronuncian contra estas instituciones democráticas; y que Poincaré y los comunistas proceden en consonancia estrecha con sus respectivas posiciones ideológicas. ¿Mussolini? ¿Qué no habrá dicho contra el Estado liberal? Los términos más despectivos le han parecido adecuados; las actitudes más audaces frente a él las ha considerado justas. Pero ahora acaba de abrirse el Senado—el Senado que conserva el nombre y

la función que le caracterizan en el Estado liberal—: y en el Senado se ha presentado el proyecto de ley sobre la reforma parlamentaria que fué aprobado ya por el Congreso--conserva igualmente su denominativo—en 16 de marzo de este año. Este proyecto de ley va precedido de un *rapport* cuya redacción se debe íntegramente a Mussolini. ¿Qué dice? "Se ha podido creer en el extranjero que la lógica de la doctrina fascista—escribe letra por letra—había de conducir directamente a la abolición de la segunda Cámara y de toda otra forma de elección". ¿No descubre este párrafo la obscuridad del fascismo? El mismo fascismo niega la lógica que supone establecida entre sus doctrinas y sus instituciones. "Una tal consecuencia—sigue escribiendo—no responde en hecho a la concepción fascista del Estado moderno. Combatiendo la degeneración del parlamentarismo, afirmando la necesidad de un Estado fuerte, el fascismo no ha pensado nunca en instaurar de nuevo el régimen absolutista y en reconstruír sobre las ruinas del Estado demo-liberal un Estado de policía". En Italia, el parlamentarismo no había degenerado, por la sencilla razón de que no se había creado el Parlamento sobre la base de un sufragio universal plenamente garantizado. El sufragio universal era en Italia una ficción: y, por consecuencia, era una ficción el Parlamento. Como en otros países donde, constitucionalmente, se había establecido un pacto entre

el absolutismo decadente y la democracia naciente, el absolutismo seguía en Italia siendo más poderoso que la democracia y burlaba el convenio sagrado de la Constitución manteniendo las ficciones y envileciéndolas. Y para que la democracia no se impusiera y borrara las ficciones convirtiéndolas en realidades, el absolutismo convirtió para sostenerlo el Estado demo-liberal en el Estado-policía. Estado-policía era el Estado demo-liberal en Alemania, en Austria, en Rusia. Y en Italia. Terminada la guerra, en Alemania, en Austria y en Rusia estalló la Revolución. En Italia, amenazaba con venir abajo el Estado-policía y nacer con la autoridad que tienen hoy en Inglaterra y en Francia el régimen parlamentario. Surgió en este momento Mussolini y de acuerdo con quienes veían el derrumbamiento del absolutismo produjo su marcha sobre Roma. Vino, pues, Mussolini, no a acabar con el parlamentarismo degenerado, sino a impedir que el Parlamento se impusiera con todos los atributos de su personalidad jurídica. ¿No es desorientador que Mussolini cuya actitud queda expuesta, siga diciendo en este *rapport* "que precisa un Parlamento compuesto de hombres, que por su origen y el modo de su designación sean los intérpretes de las ideas dominantes en los distintos sectores de que se compone una nación, y, al mismo tiempo, los órganos conscientes de los grandes intereses históricos del país. Este Parlamento—termi-

na—debe tener un lugar entre los órganos constitucionales del Estado como uno de los más útiles colaboradores del Gobierno". ¿Quién entiende a Mussolini? Destruye el Parlamento y aboga por él; se pronuncia contra el sufragio y defiende la elección; abomina del Estado-policía y convierte en policías armados a todos sus partidarios; reniega del absolutismo y lo instaura.

Un hombre de Estado ha de ser una línea clara desde sus inicios hasta su meta: línea en que los principios y los actos coincidan plenamente. Un hombre de Estado en el que esta cualidad cardinal no exista es, en todos los tiempos y en todos los pueblos, un peligro. El peligro que representa entregar lo porvenir a lo desconocido, por estar en lo desconocido el presente. Y ya escribió Séneca que solo garantizan el porvenir quienes mirando como porvenir el presente cuidaban afanosamente de él.

EL FASCISMO EN LA PENDIENTE

I

El fascismo y los antiguos políticos.

La figura de Giolitti, antes de su muerte, adquirió en la escena política de Italia un extraordinario relieve. Se le consideraba como profetizaba el cardenal Gasparri, el sustituto de Mussolini, cuando éste, maltrecho, abatido, abandonado, desacreditado se apartase o le apartaran del Poder. La figura de Giolitti ascendió en jerarquía durante esos largos y turbulentos meses del fascismo. Y es que el fascismo ha tenido esta virtud: él, que, retóricamente, vino a acabar con los antiguos partidos y los hombres que los representaban, en esta hora de declinación observa cómo los antiguos partidos y sus hombres son lo que tal vez no soñaron nunca ser, lo que no fueron nunca: una esperanza. El rey de Italia, por otra parte—pruebas de inteligencia y de lealtad, características de la casa de Saboya—no difamó y no permitió que fueran difamados por Mussolini esos estadistas, que habían sido elegidos reiteradamente por él para sus consejeros. "Si son responsables ellos,

soy responsable yo que les otorgué el Gobierno— dijo en cierta ocasión al *duce*—; el castigo que se les imponga a ellos me debe ser impuesto a mí de la misma manera". Esta actitud del rey permite, en principio, que el abatimiento de Mussolini y el afianzamiento de Giolitti no signifiquen una imposibilidad de solución por incompatibilidad entre Giolitti y el rey. El rey de Italia no quemó sus naves cuando saltó de ellas y se cogió del brazo de Mussolini. No las incendió. Las dejó en el puerto y las cuidó. Por esto le es fácil, sin violencias para nadie, saltar nuevamente a ellas y seguir navegando. El desencanto lo habría sufrido el rey si Giolitti hubiera sido Poder. Porque se salga como se salga de una aventura como la del fascismo, lo evidente es que ella representa la liquidación de un sistema. Y si al rey de Italia no le era fácil retener en el Gobierno a los hombres que elegía, cuando el Parlamento funcionaba constitucionalmente y no había otras armas que las del ejército, y el ejército estaba sometido a disciplina y sobre el rey no prevalecía ninguna voluntad, ¿qué fuerza y qué autoridad tendrá para retener en el Gobierno a los hombres que de él fueron violentamente desposeídos, ahora que el Parlamento ha sido desacatado, y las armas no son las del ejército, y el ejército ha sido minado en su disciplina, y sobre la voluntad del rey se ha destacado subversivamente la voluntad del dictador? Pudo Giolitti volver; pero Gio-

litti no se habría sostenido como no se sostendrá nada que represente el ritmo antiguo. Mussolini es hoy el primer convencido de la ruina de los dos valores que él pretendió salvar: el orden y la monarquía. Y es que ni el orden ni la monarquía se salvan con un régimen de fuerza y absolutismo, sino con todo lo contrario. El Poder se salva con el progreso, y la monarquía se sostiene convirtiendo la institución monárquica en una República parlamentaria. Es el caso de Inglaterra, la única monarquía estable, donde el rey Jorge V tiene muchos menos poderes que el presidente de la República francesa.

Giolitti cometió en estos últimos tiempos un error: el de afianzar el fascismo. La inmensa mayoría que se produjo en el último Congreso de Livorno contra esta actitud del caudillo liberal, debió advertirle a éste de su yerro. Un elemento de espíritu democrático no debió apoyar nunca a otro elemento que, no sólo no poseía este espíritu, sino que le era abiertamente hostil. No sólo no debía apoyarle, sino que no podía permanecer pasivamente; el silencio, la inmovilidad, equivalen en estos casos a una aquiescencia, a un sometimiento inconsciente, a una tácita y eficaz colaboración. El recurso de ir esperando el descrédito del enemigo y fundamentar en este descrédito el crédito propio, no logra otra cosa sino la fugacidad y la fragilidad de todos los créditos. Quien busca su crédito en el descrédito de otro, no

podrá sostenerse en pie largo tiempo con este crédito que le ha venido de rechazo, cuando el descrédito haya arribado a quien estaba en pie frente a él. El crédito político ha de cimentarse sobre una base más sólida: la base formada por una organización disciplinada y resuelta; por una opinión convencida, enterada, sensible a sus responsabilidades; por la austeridad, la inteligencia, la voluntad y la emoción histórica de los caudillos; por estar cada momento en su puesto y llenar cumplidamente el deber de cada hora. El crédito, en fin, ha de buscarse en los merecimientos propios, no en los desmerecimientos ajenos. Sólo un crédito logrado así consigue que el turno de fuerzas políticas en el Poder, no sea un bajo juego de rivalidades y concupiscencias, sino una doble alternativa de principios y procedimientos de Gobierno. ¿Lo comprendió así Giolitti? Seguramente, al principio de su aproximación al fascismo se lo hicieron comprender los mejores de sus correligionarios, los que alzaron la voz en el Congreso de Livorno y con su voto se pronunciaron contra ésta actitud que adoptó Giolitti en las horas dramáticas del asesinato de Mateotti, en que las palabras angustiadas y los clamores de Mussolini hacían esperar de él una rápida retirada; seguramente, al final ha sido el mismo Giolitti quien lo ha comprendido, entrándole por los ojos la realidad. Evidencia esta suposición uno de los últimos discursos pronun-

ciados por el valetudinario político italiano. Fué en el Parlamento italiano y con motivo de la discusión de la política exterior del Gobierno. Giolitti combatió a Mussolini por el decreto que limita la libertad de la Prensa; por su propósito de modificar la Constitución; por las violencias del fascismo contra los excombatientes; por el trato dado a los Ayuntamientos, privándoles de su representación popular, incluso aquellos que eran administrados tan austeramente como el de Turin. Las palabras finales de Giolitti son lapidarias: "El juicio de vuestra obra —le dijo a Mussolini—lo emitirá la historia. Pero, por el amor a la patria, por el prestigio de Italia, os pido, presidente, que no tratéis al pueblo italiano como si no fuese digno de poseer la libertad". ¿Puede enjuiciarse más severamente a un hombre y a un régimen de gobierno? El daño mayor que ha recibido Italia no se lo ha causado la batalla del Caporetto—todos los ejércitos han tenido derrotas afrentosas—; no se lo han producido las violencias comunistas—estas violencias tienen ya características universales, y no son, en muchos casos, sino síntomas de vitalidad—; no lo ha recibido de una política a base de oligarcas y caciques—estos elementos existen en todas las zonas del planeta, y sólo una fuerte salud intelectual y una amplísima libertad logran expelerlas definitivamente—; el daño mayor se lo ha inferido quien la ha presentado ante el mun-

do como un pueblo incapaz de gobernarse a si mismo y necesitado de limitación de derechos y de extensión de tutelas. El mal lo recibe siempre un pueblo, no de quien lo desencadena para que elija con plena responsabilidad su Gobierno responsable, sino de quien, declarándolo insolvente de su responsabilidad, lo encadena para poderlo gobernar irresponsablemente.

II

Mussolini y su tropa

¿Quién queda ya en Italia junto a Mussolini, apoyándole, colaborando con él? Los intelectuales, no; las dos figuras más universales del mundo cultural italiano, Croce y Papini, se han pronunciado en términos de irrefrenable e insuperable desdén contra el *duce* y su política. La Prensa, no; casi unánimemente ha significado su apartamiento de los métodos, tendencias y hombres del fascismo, y lo ha significado con palabras tan claras y tan duras, que han lanzado al dictador a tomar contra ella insólitas medidas de restricción y persecución. Los católicos, no; porque católicos son los populares que siguen a don Sturzo, y éstos acaban de pactar con los socialistas una alianza para luchar, como dice De Gesperi, secretario del partido popular católico, "por la libertad legal, por la libertad tal como está regulada en las leyes y garantida en la Constitución". El Ejército, no se sabe; el Ejército permanece en los cuarteles, pasivo, inmune a las batallas políticas, prudente-

mente apartado de las emociones y pasiones de la calle; nadie quiere hacer bandera de él; el mismo jefe del Gobierno actual duda de lo que acontecería si lo movilizara para que le defendiese. Los socialistas, los republicanos, los comunistas, muchos de los antiguos monárquicos, no; todos ellos están en abierta y declarada oposición contra el dictador. ¿Quién queda, pues, ya en Italia junto a Mussolini?

La milicia de las camisas negras, se responderá. Los arditi que avanzaron sobre Roma; las escuadras que, asaltando Cooperativas y Casas del Pueblo, se apoderaron de los Municipios y del Poder. ¿Es verdad que le queda esta milicia a Mussolini, devotamente adicta, o es verdad que esta milicia es hoy para Mussolini la más intensa preocupación? Veamos. Indudablemente, uno de los propósitos del dictador, intensificado después del asesinato de Mateotti, era traer su partido al respeto de las normas constitucionales, consiguiendo así que el Estado-italiano dejara de ser el Estado-partido, con guerra civil latente en el territorio nacional y con crédito decreciente en la convivencia internacional.

Este propósito se ha frustrado nuevamente. La milicia fascista quiere vivir como ha nacido; quiere ser en lo futuro lo que fué en lo pasado. Así lo ha declarado tumultuosamente ella misma en uno de los últimos Congresos que acaban de celebrarse. ¿No

significa este hecho que no es Mussolini dueño de esa milicia, sino que es la milicia fascista dueña de Mussolini? Es lógico este final. ¿Qué pensaba Mussolini? ¿Que podía desencadenar un movimiento contra el Parlamento y pedir después que el régimen parlamentario fuese respetado? ¿Que podía alzarse contra Giolitti, Orlando, Niccola y exigir, antes de un año, que estos hombres fueran reverenciados? ¿Que podía predicarse la violencia como norma política y ante un acto violento que produce la protesta nacional, exonerar y encarcelar a sus colaboradores dilectos, a sus instrumentos preferidos y predicar inmediatamente una norma política totalmente opuesta a la que se consideraba fundamental en el partido? La milicia fascista no entiende de conveniencias de gobierno, ni exigencias legales, ni de diplomacias de cámara, ni de secretos de antecámara. Simplista como toda milicia, rectilínea como toda multitud, sólo sabe por qué se creó y por qué luchó, y a ello se atiene. ¿Respeto al *duce?* "Sí—decía uno de sus cónsules en el Congreso último—; respeto al *duce* mientras el *duce* se respete a sí mismo, respete su palabra y nos respete a nosotros. Si todas estas condiciones no se dan, no". Y estas palabras tajantes, hallaron tan clamorosa ovación, que "Il Corriere della Sera", al comentarlas, escribía una de las palabras españolas localizada ya en todos los idiomas del mundo: "pronunciamiento". La milicia fascista

quiere ser una milicia de partido y quiere que el partido responda a sus ideales primitivos. Ni se presta a desmovilizar, ni se aviene a fundirse con la milicia nacional, ni se resigna a servir caudillos que hayan torcido el rumbo. ¿Puede decir Mussolini—que no cuenta con los intelectuales, ni con la Prensa, ni con los católicos, ni con las izquierdas— que cuenta para sostenerse con los camisas negras? Indudablemente, de todas las fuerzas que hoy se discuten, la que más le preocupa no es la que está enfrente, sino la que está al lado; no la que grita por fuera, sino la que barrena por dentro. Si Mussolini pudiera lograr hoy una fuerte opinión en torno, si tuviera la seguridad del Ejército, seguramente iniciaría una nueva marcha sobre Roma sin otra finalidad que acabar en ella la milicia fascista. La milicia fascista es hoy, en el fondo, el mayor enemigo que tiene Mussolini; es la gente que habla contra él en voz baja, murmurando, rezongando constantemente; es el adicto que no alaba, que daña más que el adversario que censura; es la fuerza amiga que se distiende, que se desarticula, que duele más que la solidaridad y articulación de la fuerza enemiga; es el leal que considera la deslealtad, que mina más que el apiñamiento de los leales opuestos. ¿La milicia fascista? Si pudiera desaparecer como Matteoti, desaparecería más fulminantemente que Matteoti desapareció.

¿Qué será de Italia, hundida hoy en este caos político? ¿Qué será de Mussolini, que ha hundido a Italia en el caos? Un hombre de alta autoridad personal, Labriola, ha pronunciado unas palabras proféticas: "Hoy la solución está en manos de los partidos de izquierda; mañana, la solución, tal vez sólo pueda estar en Moscú. Que la burguesía moderada piense seriamente en ello".

III

La extensión del antifascismo

El fascismo se empeñaba en dar la sensación de que él era el Estado y que el Estado era así porque era así toda la nación. Como si los disidentes italianos constituyeran una expresión minórica tan mínima que no hubiese otra para expresarla; el propio Mussolini hace unos días, erguido en su tribuna del Senado, exclamaba: "Actualmente, quien no esté con el Estado no puede reivindicar por sí mismo sino la soledad y la arena del desierto".

¿Tan poderoso es el fascismo? ¿Tan unánime es la opinión italiana en la adhesión y el acatamiento? Para quienes no supieran ver la verdad a través de los periódicos suspendidos, de los italianos expulsados, de la oposición de Mussolini a aceptar unas elecciones en que el sufragio universal fuera austeramente garantido, habrán de verla en las personalidades con asiento en el Senado que han votado contra la reforma electoral, de Mussolini, o se han inhibido de votar en favor de ella. Entre los opositores decla-

rados ha habido sabios como Croce, Paterna, Volterra, Eyuandi y antiguos *irridenti* como el general Zupelli, ministro de la Guerra cuando en 1915 se unió Italia a la Entente. Entre los inhibidos, que ascienden a un centenar, se encuentran los siguientes: el Príncipe de Trabia, jefe de la casa ducal de los Lanza—la más aristocrática familia de Sicilia—padre del joven Príncipe de Scordia; el Príncipe de Scalea; el de Sonmiro; D. Próspero Coloma, antiguo síndico y presidente del Círculo más calificado de Roma; el conde Gerristón, cuñado del príncipe Pío de Saboya; Conti, el rey de la electricidad en Italia; el marqués de Bossarelli, antiguo subsecretario de Estado en el Gobierno del barón Sonnino; el marqués de Salurzzo, jefe de una casa antes soberana, antiguo subsecretario de Estado con el conde Sparza; Contarini, leal amigo de Francia y ex secretario general de Estado con el mismo Mussolini; el general Giardino y el mariscal Caviglia, antiguos comandantes de destacamento durante la guerra; el mariscal conde Cadorna y el general conde Pavia, jefes supremos del ejército italiano durante los tres primeros años de la guerra; el general Petitti di Roreto, antiguo comandante de "carabinieri" uno de estos autócratas del viejo Raimonti que no tienen más que un ideal: la fidelidad al rey, fidelidad que el general Petitti di Roreto ha llevado a tal extremo que le ha permitido ser el hombre de confianza del rey;

el marqués Imperiali, embajador en Londres durante la guerra; el marqués de la Torretta, antiguo embajador en San Petersburgo; el marqués Sarroni, antiguo embajador en Constantinopla; Kassati, antiguo embajador en Berlín; el duque de Bolea, gran chambelán y el conde Matholi, ministro de la Casa Real, los dos grandes dignatarios en la corte... ¿Es que es esta ley votada una ley a la que Mussolini no concedía trascendencia y no le eran, por consiguiente, tomadas en cuenta las disidencias o las abstenciones? No. Mussolini llevó a tal exigencia la demanda de presencia y de voto favorable que, solemnemente, declaró que consideraría como enemigo del fascismo y votando personalmente contra el *duce* a quien en esta ocasión no estuviera de una manera pública y expresa con él.

El fascismo, pues, su cualidad y calidad, tiene enemigos. Y no dentro del comunismo o del socialismo, o del republicanismo—potencialmente reclutados y vigorosos en Italia como nunca—: sino dentro del ejército, de la diplomacia y de la aristocracia. Y dentro de Palacio. Estos enemigos palatinos incitan al investigador de las raíces y los frutos del fascismo a juzgar imparcialmente la conducta del rey de Italia. ¿Es hóstil al fascismo, y, por consiguiente, un prisionero del movimiento regresivo? Así puede hacerlo creer la tradición de la casa de Saboya, dinastía ungida de fe liberal; que más que ninguna otra dinastía euro-

pea ha representado la evolución democrática de las autocracias y ha aceptado la cosoberanía del trono con la Nación. Puede hacerlo creer, también, esta ausencia de los militares y dignatarios de la corte en esta sesión del Senado que Mussolini juzgaba definitiva para el fascismo. ¿Pero es efectivamente prisionero de Mussolini el rey de Italia? A mi juicio, no. Mussolini y el rey, son prisioneros del porvenir que han entenebrecido. Ninguno de ellos, lo es del otro. De quien habría de considerarse, sobre todo, prisionero, el rey es del juramento que prestó y le obligó a mantener con la estructura que la constitución establece las instituciones estatuídas por la Constitución. Ejemplo coetáneo de cómo este juramento se cumple se lo han dado al rey de Italia tres jefes de Estado. Uno de ellos, Conduriotis, presidente de la República de Grecia, cuando surgió Pangalos, Conduriotis no se sometió al hecho de fuerza y dimitió; dimitió sin dar lugar a que pudiera ser discutida, retenida o revocada su dimisión. Otro jefe de Estado, es Wojcechowski, presidente de la República de Polonia. Cuando irrumpió Pilsudski, desencadenó la guerra civil y se erigió en dictador Wojcechowski, que pudo conservar su puesto, en el que le respetaba y acataba Pilsudski, se apresuró, sin embargo a renunciar: "Imposibilitándome la situación actual— escribió en un documento histórico y ejemplar— ejercer mis funciones de conformidad con el jura-

mento que he prestado..." Bernardino Machado, presidente de la República portuguesa, es el tercer jefe de Estado, cuya conducta puede señalarse al rey de Italia. En Portugal, como en Italia, se produjo el hecho de fuerza: un militar de modesta categoría hizo sobre Lisboa la misma marcha que Mussolini sobre Roma. Bernardino Machado tiene en Portugal el valor de una dinastía. Su apellido pesa en Portugal tanto como el de Saboya en Italia. ¿Conservó el cargo y se desentendió del juramento? No. Atendió el juramento y viéndose imposibilitado de cumplirlo, se desentendió del cargo. ¿No ha podido el rey de Italia magnificar su nombre y el nombre de su casa con un gesto así? Si lo hubiera hecho, y Mussolini hubiera mantenido su poder personal, ese rey en el destierro, caudillo de un movimiento liberal, habría adquirido una categoría simbólica. En torno suyo habrían formado todos los italianos descontentos y más pronto o más tarde, el trono hubiera logrado una restauración apoteósica. Pero nuestra época parece llamada a descubrirnos que los reyes están desposeídos de toda cualidad heroica. Grande parecía Guillermo II en el Poder; en la huída, en el exilio ha demostrado la miserable endeblez de su espíritu. Grandes parecían los monarcas de Austria, de Alemania y de los reinos balcánicos: cayeron todos sin un ademán que justificara su progenie mayestática. Si algunos jefes de Estado han sabido manifes-

tarse con la dignidad de su magistratura, han sido estos tres presidentes de República, que cuando han visto el Derecho conculcado por la fuerza y no les ha sido posible ser guardadores del Derecho no se han avenido a ser servidores serviles de la Fuerza. Y han descendido... Han descendido en categoría oficial; han ascendido en categoría histórica.

IV

La Nación inhibida

Con motivo de la discusión del Presupuesto del Ministerio del Interior, Mussolini ha pronunciado un discurso. El discurso, pronunciado en el Congreso, a pesar de su extensión, puede sintetizarse en estas palabras del propio Mussolini: "Todo en el Estado; nada contra el Estado; nada fuera del Estado".

Es decir: para Mussolini, lo fundamental no es el hombre, ni la Nación: es el Estado. Es el Estado hasta el punto de que lo que se sitúa fuera de él, se sitúa igualmente fuera de los derechos que el hombre y la Nación tienen. Claro que él habla del vigor del pueblo italiano; de la protección a la maternidad y a la infancia; del porvenir histórico de Italia: pero ello queda condicionado a la existencia superior del Estado. Y no de un Estado que edifique la voluntad colectiva, sino del Estado concebido por Mussolini; y tampoco de un Estado que puede plegarse sin catástrofe a las evoluciones de la Nación, sino del Estado fascista cristalizado y eterno. Claro que el sos-

tiene, también, que el Estado fascista cuenta con el consentimiento del pueblo y "con el apoyo de un millón de individuos, de otro millón de jóvenes y de millones y millones de italianos"; pero rechaza, del mismo modo, por ser "las ideas aborrecibles y decadentes del siglo XIX", los medios en que el consentimiento y el apoyo pueden significarse con sinceridad: la tribuna libre, la Prensa sin limitación en sus juicios, el sufragio universal.

Sincrónico a este discurso de Mussolini es un estudio de José Ortega Gasset, titulado: "La política por excelencia". Si el estudio de Ortega Gasset pudiera expresarse en una síntesis estudiada, ésta sería así: "Todo en la Nación; nada contra la Nación; nada fuera de la Nación." Para Ortega Gasset, lo fundamental es la Nación. "El Estado, escribe, no es más que una máquina situada dentro de la Nación para servir a ésta. La realidad histórica efectiva es la Nación y no el Estado. El gran político ve siempre los problemas del Estado al través y en función de los nacionales. Sabe que aquél es tan sólo un instrumento para la vida nacional. Inversamente, el pequeño político, como se encuentra con el Estado entre las manos, tiende a tomarlo demasiado en serio, a darle un valor absoluto, a desconocer su sentido puramente instrumental". La obsesión del Estado no es, pues, de gran estadista, sino de estadista minúsculo: el gran estadista mira a la Nación y lo

que procura es acentuar sus actividades, las más diversas, las más encontradas, para conectarlas armónicamente en una entidad jurídica que no sea inconmovible y hermética. El Estado ha de existir, pero no por encima de la Nación, no como un órgano artificial que ahogue las energías vivas y accesorias de la Nación, sino como una representación de ésta y a su obediencia. ¿Está el problema, para Ortega Gasset, en crear en España un Estado lo más perfecto que se puede imaginar? No. "La perfección del Estado—responde—se halla fuera de él, en la perfección del cuerpo nacional". El problema está en la forma en que debe organizarse el Estado para que la Nación se perfeccione "En la Historia—sentencia definitivamente—triunfa la vitalidad de las Naciones, no la perfección personal de los Estados. La gran política se reduce a situar al cuerpo nacional en forma que pueda *fare da se*".

¿Cuál de las dos tendencias orienta al mundo en la hora actual? Indudablemente existe una poderosa corriente en el sentido de fortalecer el Estado y perfeccionarlo. Las Naciones han salido deprimidas de la guerra, cansadas. Anhelarían inhibirse de las responsabilidades colectivas encomendando éstas a un órgano que fuera garantía de orden, de permanencia y de libertad. Produce en las Naciones esta depresión otro hecho: el presentimiento de la incapacidad biológica para servir inmediatamente los idea-

les y las necesidades que inflaman y envuelven, ahogándola, la vida humana; de ser, más en concreto, inferiores los medios a las exigencias. Esas ráfagas de meridionismo que, en momentos, parecen arrastrar las almas más claras y seguras de la soberanía, no son otra cosa que una confesión pública de impotencia y el renunciamiento consiguiente a toda acción política. ¿Qué es este entusiasmo exaltante de los fascistas en torno de un hombre, sino expresión de la incapacidad de Italia para la soberanía? ¿Qué es esta entrega a un hombre de todos los Poderes, sin la inseguridad de las manos que se desprenden de ellos? Un Estado fuerte, si la nación no es señora de él, no evidencia sino la debilidad de la Nación. Pero ya hemos dicho la modalidad espiritual de las Naciones en esta trasguerra, tan prometedora en las horas en que los hombres morían en las trincheras, y tan pródiga en desencantos actualmente. Las Naciones están empobrecidas, mortecinas, abatidas... Por ésto, se rinden al Estado. ¿Debería ser, sin embargo, en estas circunstancias, la preocupación de los grandes políticos, el perfeccionamiento del Estado? No. Si hay, en esta desgana temporal de las Naciones, una corriente favorable a la absorción por el Estado de todos los atributos, habría de haber desde el Estado, en los grandes políticos, una acción dispuesta a poner en pie las Naciones caídas. Los grandes políticos más que los captadores de la voluntad

nacional, más que los fomentadores de este renovamiento, habrían de ser en excelso sentido de su función, lo que Sócrates fué para Atenas: la espuela. La espuela hiriente que desgarrara las carnes flácidas y llegase con el aguijón hasta el alma para encenderla y obligarla a marchar al galope.

V

Por encima de lo «pasado» y de la «anarquía»

En uno de esos discursos que, de fecha en fecha, pronuncia Mussolini, mirando más al mundo que a Italia, ha dicho: "Soy insustituíble. Si abandonara el Poder, volvería lo pasado o vendría la anarquía". Con esta afirmación concisa, categórica, Mussolini ha querido significar la existencia de tres males: el pasado, la anarquía y el fascismo. El fascismo, también. Porque si el fascismo no lo considera él mismo como un mal, no lo señalaría como un gobierno transitorio justificado únicamente por el peligro de producirse dos males peores. Si el fascismo fuera reputado por Mussolini como un bien no le opondría como valores comparativos dos males, ni justificaría su paso por el Poder público italiano, como un medio de cortar males, sino como un instrumento para realizar bienes. No quisiera ser un dique, sino un organismo. No se resignaría a ser barrera, sino que se dispondría a ser un cauce.

Todas las dictaduras han empleado el lenguaje de Mussolini. Para sostenerse han tenido que hablar de los peligros que evitaban, no de las obras que estaban en condiciones de realizar. ¿El pasado? ¿La anarquía? ¿Qué es el pasado para Mussolini? El pasado para Mussolini es el gobierno formado por personas incompetentes; la corrupción electoral; la venalidad de los políticos; el disgusto del ejército; la desconsideración de Italia en el mundo. Esto es el pasado y este pasado es el que viene a impedir el fascismo que resucite. ¿Pero es que el pasado no ha reencarnado en el mismo fascismo? Veamos. Incompetentes eran, tal vez, Giolitti, Nitti, Orlando y Salandra. ¿Presenta Mussolini, frente a ellos, un gobierno de competencias? De los hombres que forman el Consejo con Mussolini no se sabe sino que son fascistas entusiastas. Nada más. Persona tan imparcial con el fascismo como Prezzolini, en su estudio sobre el movimiento político—uno de los más objetivos y desapasionados que se han escrito—afirma, que a excepción de Stefani, los demás son "gente salida de la nada, sin cultura y sin educación, sin preparación de ninguna clase". ¿La corrupción electoral? Unas solas elecciones ha hecho Mussolini y ellas han dejado tal testimonio de impudicia por parte del gobierno y sus agentes que ni las épocas de mayor desenfreno de Giolitti, el político representativo del caciquismo italiano, han podido serle com-

paradas. La corrupción electoral no está, además, en no respetar, violentar o envilecer el sufragio popular. Está en no elegir bien desde el gobierno; en no elegir desde el gobierno por los caminos debidos. La elección de Farinacci, el *ras* de Cremona, fascista que él mismo se llama "salvaje", y partidario como nuestro alcalde Ronquillo, de la aplicación sistemática de la pena de muerte; la elección de Farinacci para la Secretaría de Gobernación, es una prueba del límite, no alcanzado en ninguna época pretérita, de esta corrupción. ¿La venalidad de los políticos? Cuando se acusa a los políticos de venales, no debe injuriárseles con adjetivos, sino que con testimonios irrecusables, debe condenárseles. No puede desde el Poder llamarse ladrón a un político y dejarle andar libremente, mientras el mismo Poder castiga por hurto y por robo al delincuente común. Si el político se ha apropiado de lo que no es suyo, debe enjuiciársele como se enjuiciaría por igual motivo a cualquier ciudadano. No se sabe hoy si eran venales los viejos políticos italianos porque ni uno de ellos está sometido a procedimiento judicial; ni aun Nitti. De quienes sí se sabe que son venales son Rossi, Dumini, Bonno, todos los que constituían la plana mayor del fascismo antes del asesinato de Matteoti y "cuyas cenas del restaurant Biecche—como escribe Prezzolini—han llegado a ser famosas en las crónicas penalitivas". Se sabe, además, que el fascismo acepta do-

nativos y cantidades de las personas o empresas que reciben un beneficio del Estado. Así, por ejemplo, el diputado Tarre, Comisario de Ferrocarriles, ha declarado haber pedido a un individuo con el que el Estado había cancelado un negocio, la cantidad de 1.400,000 liras para subvenir a los gastos que la marcha sobre Roma había costado al Partido. No es de extrañar, sabiendo ésto, que la autoridad judicial cuando con motivo del asesinato de Matteoti hizo un registro en la caja del Partido que administraba Marinelli, encontrara en ella una fuerte suma de millones. ¿El disgusto del ejército? Nunca ha sido tan hondo como en la Italia fascista. Se ve postergado, suprimido, por el ejército del fascio. Se encuentra con otro ejército paralelo a él y con casos como el de muchos oficiales del ejército regular que pasan al fascismo para ascender en cuatro días a las más altas jerarquías militares. Balbo era teniente en la guerra; hoy es general. Es tan intenso el descontento del ejército, que él constituye hoy una de las mayores preocupaciones de Mussolini. ¿La desconsideración de Italia en el mundo? Con Nitti y con Orlando y con Giolitti y con Salandra, Italia formaba en Versalles y en Wáshington el consejo de los cuatro. Tenía categoría de primera potencia. Pesaba tanto en las decisiones y debates como Inglaterra y Francia. Constituía ya uno de los ejes de Europa. ¿Qué es hoy? Es una preocupación de Europa, no

una dirección de ella; es un nuevo problema a resolver, no un factor capital para resolver los problemas europeos. ¿No viene a decir todo ello que en el fascismo el pasado—este pasado que tanto se repudia—se ha agudizado extremadamente? ¿Qué el fascismo es más herencia de lo pasado que el giolittismo que ha conservado su característica más definida?

Cuando Mussolini habla de la jerarquía no se refiere a esta doctrina que tiene sus evangelistas, sus apóstoles, sus creyentes y sus mártires. Habla en tono vulgar del sentido despectivo que se da a esta palabra cuando con ella quiere significarse un momento en un país o un hecho producidos y desenvueltos sin orden ni freno de ninguna clase. Anarquía no es, para él, la renuncia de autoridad oficial por haber llegado a constituir cada hombre, en una perfección excelsa, su autoridad propia, sino el régimen en donde ha desaparecido toda autoridad, la del individuo sobre sí mismo y la del Estado sobre el individuo; el régimen donde nada se rige con sujeción a la ley. ¿No se sabe, pues, que significa el anuncio de que vendría la anarquía si él abandonaba el Poder? Vendría un régimen sin autoridad en el cual ni las personas ni las cosas estarían garantidas. Cuando habla así Mussolini olvida el paso del fascismo por el Poder; la clausura e incendios de cooperativas; la ocupación de cargos por quien no ha tenido más derecho que la fuerza; la suspensión violenta de perió-

dicos; la deportación de personas; la actuación irregular y anormal de instituciones tan fundamentales en la estructura del Estado italiano como el Parlamento. ¿Dónde está en el fascismo la autoridad, legalmente elegida, legalmente controlada y legalmente sustituible? La inexistencia de esta autoridad es la anarquía en los términos que Mussolini la concibe. ¿Por qué amenaza, pues, Mussolini, con peligros que el fascismo representa más que ningún otro acontecimiento político que en Italia, después del fascismo, pudiera producirse?

No. No debe hablarse del daño que representaría volver a lo pasado o entrar en la anarquía, cuando lo pasado y la anarquía están embebidos en lo presente. Cuando lo presente, por su nacimiento y su desenvolvimiento es más "pasado" que lo "pasado" y más "anarquía" que lo considerado anárquico. ¿Por qué se empeña Mussolini, que no ha podido superar el "pasado" con ejemplaridades de austeridad, de inteligencia y de acción fecunda; que no ha podido cortar la "anarquía" con un ejercicio escrupuloso de la legalidad; por qué se empeña Mussolini, en no ver, entre el "pasado" y la "anarquía" una posibilidad de gobierno nuevo que no sea el "pasado" ni la "anarquía", ni el fascismo, que es el "pasado" y la "anarquía" en un solo cuerpo? Esta posición de Mussolini, considerándose el mal menor entre dos males mayores es insincera. Tan insincera como

será la acción de los adversarios del fascismo mientras esta opinión que Caillaux en una frase gráfica llamó "opinión silenciosa" no se convenza que entre los tres males, ellos pueden ser el único bien. Y ser el único bien es equivalente a dar con otro organismo político la impresión de ser lo que no fué el pasado, ni sería la anarquía ni es el fascismo: la autoridad en la libertad. La máxima autoridad en el Estado con la máxima libertad en el individuo.

VI

Categorías de pueblos

Como en los países donde sólo adquiere publicidad la verdad oficial, es difícil saber la verdad, ignórase a ciencia cierta lejos de Italia si es exacta la existencia de esta multitud, copiosa y apasionada, que sigue ciegamente a Mussolini. Tal multitud podría ser un número fantástico que figurara en las declaraciones del gobierno; no sería el primer caso. Podría ser también la muchedumbre de devotos a sueldo. Para vindicación de Italia, quienes por afinidad histórica y étnica, nos sentimos unidos a ella, desearíamos que la verdad oficial no coincidiera con la verdad real y que Mussolini, solo, necesitase de una fuerza construyente para imponerse.

Los pueblos se califican por su actividad ante sus respectivos gobiernos. Es un pueblo vil el que apoya con exaltante entusiasmo a una tiranía. Justamente ha sido libelada aquella plebe gregárea, que en tiempo de Fernando VII, se uncía voluntariamente al carro del autócrata gritando: "¡Vivan las cadenas!" Mussolini no es un estadista demócrata; no es un hombre que respete la libertad; no es un Poder sujeto a la ley constituída. Su partido ha de vivir con las armas en la mano; los enemigos en doctrina se ven perseguidos, encarcelados, desposeídos de sus derechos, empujados a la muerte. ¿No es un tirano ese gobernante así? Sin ninguna duda. No sorprende una tiranía en esta época convulsa, en que los hombres se debaten en busca de la autoridad; en que se halla como nunca, en crisis el Estado histórico. Lo que sorprende es que exista un territorio de civilización donde la tiranía sea exaltada. La única justificación de la Nación en una época de tiranía es que la tiranía se mantenga como la de Cisneros con los nobles: con una escolta de cañones. Italia, que conoce la blusa roja de Garibaldi que con su *resorgimento* se incorporó con egregia jerarquía en la Historia Universal, no puede ser el pueblo que en el siglo XX asorde a Europa gritando: "¡Vivan las cadenas!" Si la verdad oficial fuera la verdad real, no sería

Mussolini la excepción dolorosa: la excepción dolorosa sería Italia.

Es un pueblo que se alza sobre el que acepta alegremente la tiranía, aquel otro que se acomoda resignadamente a ella. No es muy superior: pero no es igual, ni inferior. La resignación puede deberse a muchas causas: una de ellas, la impotencia. Si la tiranía está armada y el pueblo desarmado, ¿cómo el pueblo va a pensar en la eficacia de su rebelión? Otra de ellas, la insolidaridad social. Es posible repudiar cada individuo como sujeto de derecho, la tiranía que le limita o le suprime el derecho, pero por falta de cultura, por incompatibilidad en una misma obra histórica, por extraña estructura de los elementos que integran una Nación, sentirse la imposibilidad de erguirse contra la tiranía y, por consecuencia, inclinar la cabeza ante ella. Otra de las causas, puede ser debida a insensibilidad. Hay pueblos que por cansancio, por cruzar una fase histórica de escepticismo, por lo que sea, no reaccionan ante ningún atentado contra ellos, ni ante ningún estímulo interno. Ni el deber es un imperativo; ni el derecho es un patrimonio. Estos pueblos resignados se justificaban en tiempo de los poderes absolutos en que el Estado era Luis XIV. Después de la Revolución francesa en que el hombre por su intervención en las fun-

ciones del Estado ha adquirido categoría de soberano, la resignación ante la tiranía no es otra cosa sino incapacidad para la soberanía. No es tan vil soportar la tiranía como exaltarla. Pero el pueblo que la soporta es también un pueblo inferior. En una hora de interdependencia de Naciones, de colaboración de Estados, en una obra universal, el tirano, cuando no es un peligro es un estorbo; cuando no es un estorbo es un factor negativo. Un peligro, un estorbo o un factor negativo el pueblo que de grado o por fuerza sostiene al tirano.

Los pueblos que adquieren categoría insigne son dos: el que constituye un Estado que corresponda al tono más avanzado de la civilización, y el que destruye el Estado que no corresponde al tono de civilización adecuado. El primero, es el pueblo atento, en evolución y en actuación constantes. Elige y controla en todos los momentos y en todos los problemas pronuncia su palabra y emite su voto. El Estado es la forma jurídica de la ciencia popular, porque es el pueblo quien lo nutre, quien lo entiende, quien lo mueve. En un Estado así todas las ideas son permitidas, aun las que más se opongan al Estado; todas las oposiciones son toleradas; todas las autoridades son responsables. El pueblo es celoso cuidador de su Estado, la política en un Estado así no ha des-

cendido a ser un bajo oficio, sino que se ha elevado a ser la más alta función del ciudadano. El segundo, es el pueblo en revolución. El pueblo, que encontrándose empequeñecido, desminuído en su dignidad humana, dentro del Estado, e imposibilitado de influir en éste o de renovarlo, en un ademán de heroísmo histórico, decide destruirlo. El Estado que precipita la revolución por no permitir la evolución es un peligro nacional; pero es la mayor jerarquía nacional que puede alcanzarse la de la Nación que devora la evolución y por no poder realizar esta evolución se lanza a la revolución. Grande es la Inglaterra de Mac Donald, pero superior es la Inglaterra de Cromwell; grande es la Francia de Gambetta y Herriot pero superior es la Francia de Danton; grande es la América de Alvear, de Obregón y de Estrada Cabrera, pero superior es la América de Bolívar, de Morelos y de Martí. En estos dos pueblos cumbres, grande es el pueblo que es maestro de su Estado, pero superior es el pueblo que ha sido destructor del Estado viejo y escultor del Estado nuevo.

Sinteticemos: grado inferior: el pueblo que exalta la tiranía. Grande, superior: el pueblo que derriba la tiranía y el pueblo que construye una democracia actuando en ella. Grado medio: el pueblo que soporta la tiranía. Para precisar si este pueblo está

más cerca del inferior que del superior, ha de advertirse el tiempo que soporta la tiranía y si en este tiempo intenta los esfuerzos necesarios para librarse de ella o si llega a encontrar en ella una aplaciente complacencia.

Concesionario exclusivo para la venta en librerías:

Precio: 5 pesetas

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
000000476611